

Miss Hueso

Daniela Gonzalez

Image not found.

Capítulo 1

Daniela González Miss Hueso
Daniela González © Daniela González 1ra Edición
- 50 ejemplares.

Diseño, diagramación y Edición: EDITORIAL UTOPIAS de Jorge Navone Ushuaia - Tierra del Fuego www.editorialutopias.com.ar
Diseño de tapa: Jorge Navone
Todos los derechos reservados
I.S.B.N: 978-987-3767-05-0
Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda estrictamente prohibida, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes pertinentes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

González, Daniela Miss hueso. - 1a ed. - Ushuaia : Utopías, 2014.

156 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-3767-05-0 1.

Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título CDD A863
Me quedo contigo y me quedo con quien puedo ser yo misma, en toda mi esencia, y con total libertad.

Gracias por formar parte de mi sueño. iss Hueso 7
CÁPITULO PRIMERO
Cada mañana era costumbre levantarse a las ocho de la mañana a desayunar. Le complacía hacerlo, ya que en la mesa se colmaba de delicias.

Solía ser un placer ver aquella mesa colorida.

Su madre era una persona de tipo consentidora. Siempre trataba de ser perfecta. Su padre tenía una actitud Campeche, un lector empedernido por las novelas de amor, pero sobre todo un buen padre.

Margaret una adolescente de aspecto corporal normal. Nunca se había quejado por su cuerpo. Lo que podía ser hereditario a futuro era el aspecto rellenito que poseían sus padres. En cuanto a sus hermanos, eran igualitos a ella. Una gota de agua caída repetidamente; eran dos, Marcos y Mario.

Una familia incólume que se notaba ser feliz.

Era el segundo semestre de Margaret en el colegio. Se levantó a los saltos de la cama con la alarma estrepitosa sonando en su cabecera. Solía conllevar aquellos sueños profundos en los cuales despertarse es todo un

sacrilegio. Se bañó, vistió y fue directo a la mesa.

En ella solía platicarse de economía, es decir, sobre el trabajo que el padre ejercía y como sustentar con los recursos necesitados por la empresa que cargaba a sus espaldas. Ya no estaba produciendo lo mismo años anteriores y era una lástima ver menguar aquella máquina de chocolate.

Su padre no era un tipo jactancioso ni nada por el estilo, pero esa mañana se le notó demasiada la preocupación. Sus manos temblaban al agarrar los cubiertos, y su voz parecía derretirse al compás de la mantequilla.

Gaide, su esposa, trató de disuadir sus pensamientos, pero fue en vano.

Fue más fuerte su ira, y aumentó más aún al enterarse que uno de sus anielas González Miss Hueso8 9empleados había desviado una suma de dinero importante, y se encontraba entre la espada y la pared sin saber qué hacer. Pues ese empleado era su mejor amigo. Era tan ingenuo.

Esa mañana los chicos no hablaron. Era chocante para Margaret tener que escuchar la voz de su padre. Parecía ametrallar sus oídos.

Al terminar de desayunar, el mismo llevó a sus hermanos y a ella a la escuela, eso no era extraño en su persona, siempre lo hacía.

Ese silencio de pasmo y de dolor.

Nasar, siempre les dejaba dinero, sólo que esta vez les dejó menos de lo habitual.

Exasperada, ingresó al salón sin decir palabra alguna, ni siquiera advirtió que había alumnos nuevos, al parecer de intercambio.

Su grupo de amistades solía encontrarse en un ventanal que se encontraba al lado del escritorio del profesor, era un grupo reducido de tres chicos: Álvaro, Gabito, y morena.

-Hola Margaret-habló, trabando su mirada en ella por un instante.

- Hola chicos. ¿Cómo están?

- Bien, bien- declararon Álvaro y Gabito. Morena se había quedado muda.

- ¿y vos Morena?

- Estoy mal, les comentaba a los chicos que tuve problemas con mi novio; creo que debo terminar con él.

Margaret estaba acostumbrada a los enfados de cualquier cosa de sus amigos. Morena era su amiga hacía dos años, y se había puesto de novia no menos que un mes, con un chico que según las lenguas mal habladas se drogaba por las noches. Lo único que pudo decir fue < que="" mal="">>. La conversación siguió su curso al menos cinco minutos más, el timbre lo arruinó todo. Tuvo tiempo suficiente para narrar el problema por el que atravesaba su padre.

Sus amigos siempre tenían las palabras adecuadas para calmarla. Morena esa mañana tenía un inconveniente también; en un papel escrito pasó a Margaret por debajo de las mesas y contó que su pretendiente la estaba obligando a tener relaciones.

Era una muchacha exaltada, de un habla diestro en los temas científicos y un humor desvarío. Al final acabó por tener relaciones con él un par de semanas después; la fatalidad tocó su puerta, Morena había quedado encinta.

Cuando se reveló, la mitad del colegio no podía creer aquel acto tan obscuro, como se decía por ahí. Es más inventaron la fama de "meretriz".

Por más de una semana recorrió solo esa primicia, recorriendo todos los rincones de la escuela. Creo que jamás morena volvió a ser la de siempre.

Margaret quedó consternada, a pesar de todo la apoyó íntegramente.

Todos los problemas acumulados en su cabeza la agobiaban y su apetito se volvía en contra de ella, en contra de su voluntad; pues era el motivo para aliviar sus tempestades. Los chocolates pudieron salvarla de caer en una depresión.

Llegaba a su casa cansada de todo.

Un día al llegar se escuchó los gritos de sus padres, los alaridos excedían las paredes de la habitación. Al entrar en la cocina, percató la ausencia de todo tipo de comida, el almuerzo no estaba servido como solía estar siempre.

Todas las cosas estaban desparramadas por todos los rincones, como si un huracán hubiese arrastrado todo a su paso.

Se apresuró subiendo a su cuarto. Lanzó la mochila con destreza y por un instante quedó pasmada frente a la puerta pensando si bajar sería lo correcto, pero si no lo hacía de ningún modo se podría enterar de lo que

estaba pasando.

Bajó.

Arregló todo, vasos, cubiertos, todo lo destrozado. La negligencia de sus padres le causaba asco horror. Acomodaba todo tan despacio como si el mundo acabara allí, intentando poder escuchar lo que fuese para poder ordenar el rompecabezas.

No conseguía interpretar el por qué de la discusión, jamás habían tenido ningún tipo de discrepancia, es más, no tenían. Eran de esos amantes a los cuales el amor nunca se les termina.

Al dejar de escucharse los bramidos vio salir a su padre de la habitación cogiendo dos libros de Neruda y apenas teniendo el valor de golpear fornido la puerta. La miró con tristeza. *aniela González Miss Hueso* 10
11 Ella salió como tiro de bala hacía la recámara de su madre. Su adjetivo de cizañero salió a la luz.

¿Que pasó mama?, oí los gritos.

Gaide lloraba con apagada energía.

-T u padre quiere... - su voz se tornó quebrarse- quiere divorciarse.

Hubo un silencio cuando dejó de hablar.

-Pero, ¿Por qué?, ¿Qué ha pasado?

-Cuando seas grande lo entenderás.

Ver sollozar a su madre y ni siquiera entender la volvía histérica. Se abrazaron y sin darse cuenta se quedaron dormidas. Margaret estaba de por sí cansada, en cambio su madre tardó en conciliar el sueño. Se despertaron a la tarde, y con hambre. Margaret notó la ausencia de su madre en la cama. Aquel olor que invernaba la habitación no pudo pasar de ser percibido. Eran tostadas, esas que su mamá solía hacer por las mañanas, típico que con solo ver se te llena de agua la boca. Como era frecuente, no pudo resistirse a la tentación, la angustia de algún modo se comunicaba y llamaba al hambre.

Comía vertiginosamente, ni siquiera se daba cuenta de lo que llevaba a la boca.

-Hija... come despacio- habló Gaide tomando entre sus dedos al plato de

Margaret.

Ella la miró y disminuyó su ansia

-Es por tu salud. Últimamente no ha sido la adecuada... creo que...Sin que ella terminase de hablar se escuchó un zumbido en la puerta del frente; dejaron de hablar ojeando la entrada.

Era Nasar, venía a llevarse todas sus pertenencias.

Quedó un silencio en aquel recinto. La atónita mirada de su padre atravesó las barreras para contemplar a su madre y atinar a decir < mañana="" traerá="" los="" documentos="" de="" manumisión="">>.

No tuvo consideración para notar que su hija estaba allí contemplándolo todo. Entró a la habitación, tomando con enajenación a Gaide; y le gritó a Margaret que fuese a la casa de sus amigas, que esa conversación no debía escuchar.

Indignada tuvo que irse, pero tenía en claro que aquello no iba a ser una conversación, sino gritos.Así fue.

Caminaba por las calles concentrándose en todo lo que pasaba, un examen rondaba en su cabeza y el sólo hecho de razonar con un libro y justo ese día la despistaba peor aun cuando llegó a la esquina de la casa de su amiga, la vio pero ella no. Salía del comercio con una bolsa repleta de pañales descartables.

Le gritó con tanta fuerza que unos pares de pájaros que posaban en un árbol tendieron a volar. No le dio el menor artículo, tuvo el descaro de salir corriendo.

Sudaba frio.

Quedó parada contemplando su huida, no se precipitó tras ella pues llevaba una vida entre sus entrañas y si le sucedía algo sería plenamente culpable.

Volteó de rumbo, dirigiéndose al café que se encontraba en la esquina de su casa. Se sentó junto a un hombre, al lado de un veterano. Estaba leyendo a Walter Riso.

Parecía perderse entre líneas, entre un mundo en el que él solamente encajaba. Sus ojos no voltearon de la lectura, ella la miraba impávida tratando de buscar respuestas en los ojos de cualquiera que pasase por el café.

Entonces fue allí donde giró, clavando profundamente su mirada en la joven; esta desvió la vista tratando de disimular la ardua inspección.

-¿Buscas a alguien chiquilla? – formuló la pregunta sosegada, y tremulosamente sostenía el libro.

Ya no pudo camuflarse ante aquella pregunta; era la única que estaba sentada a su lado.

-Lo observaba por su exquisito amor a la lectura. Con ese amor sostiene mi padre a los libros ¿sabe? El apartó la mirada

-El amor a la lectura es un sentimiento sobrenatural. Muy bello-carraspeó- ¿Quieres compartir conmigo alguna de tus tristezas?Volvió a mirarla.aniela González Miss Hueso12 13

-¿Cómo sabe que me siento así?

- Soy viejo, y fui en algún remoto tiempo adolescente, adolecí como tú.

Anda, tal vez tenga la capacidad de darte un senil consejo.

Ella le sonrió con pesar.

-Mis padres van a separarse, y no tengo ni la menor remota idea del porqué.

-Los adultos muchas veces tienden a ocultar esos porqués de la vida. No debes preocuparte, tal vez sea lo mejor que se separen a que estén juntos y sin amarse.

-Puede que tenga usted razón. Pero y los motivos...Un viento frío se escabulló entre ellos, haciendo que los cabellos de Margaret se desarmaran.

-Los motivos pueden ser miles, el hecho de separarse de alguien tiene que ser por un motivo de peso- sus manos se apoyaron sobre la mesa, con intenciones de levantarse- Bueno, debo irme chaparrita. Un gusto el haber entablado una conversación con vos.

Margaret se lamió los labios secos.

-¿Tan pronto debe irse?

- He estado aquí toda la mañana, debo ir a terminar mi novela.

-¿Que novela? Su rostro mostró una tenue sonrisa.

-Hasta pronto.

El anciano se despidió perdiéndose entre la cantidad de autos en la avenida.

Por más que intente llevar en su mente aquel consejo, no podía dejar de pensar siquiera sobre los motivos de defección de sus padres. Quedó en el café, solitaria, comiendo pastel de chocolate, una de las tantas delicias que marta solía preparar. Ella era la mejor pastelera del barrio, sin descalificar los esfuerzos de Gaide que hacía lo suyo en el área salado.

Sin darse cuenta la hora pasó volando y se había olvidado por completo de la escuela; de la maqueta a presentar, sin olvidarse del examen no estudiado.

Eran exactamente las siete de la tarde cuando el reloj dio su aviso, el aviso de un descuido prematuro.

Terminó por no entregar el trabajo al día siguiente. Cuando la profesora preguntó porque no había hecho el trabajo no puso pretexto alguno.

Quedó callada ante la mirada de todos sus compañeros.

En cuanto a Morena, ella sacó diez con la excelente presentación.

A pesar de todo, la profesora no la reprobó, Margaret era una estudiante ejemplar. Un alivio menos en la tormenta.

La escuela era una de las cosas que le gustaba, su negligencia no le permitió dejar de avanzar. Poseía una gran capacidad de aprendizaje. Era de ese tipo de personas que con sólo pasar una leída a los apuntes diez minutos antes ya bastaba para pasar el examen.

Cuando sonó el timbre del recreo, se deslumbró al ver a un chico pasar por la biblioteca llevando consigo tres libros. Era moreno, de una mirada misteriosa e indiferente, atrajo la atención de muchas muchachas incluyendo la de ella que siguió sus pasos hasta que entró a la biblioteca.

El destino tenía en sus planes una casualidad esa mañana. Ella se dirigía a la biblioteca por unos manuales que la profesora le había encargado, pero se detuvo a ajustar sus agujetas.

Eva, que era la encargada estaba atendiendo al chico misterioso. La bibliotecaria era una persona dulce y tierna, con una inteligencia suprema;

nunca supo más de ella pues era una mujer reservada en sus asuntos.

Por los corredores recorría que había sido bailarina de un cabaret, y lo dejó cuando se había enterado que estaba encinta. Sólo chimentos que la multitud inventa para arruinar la reputación de otros.

El rechinar de la puerta despertó la curiosidad de todos los que estaban dentro, sobre todo la del chico.

-Necesito un libro- musitó entre dientes. Él volteó a verla.

Sus ojos tenían una terminación diferente, parecía ser un adulto con aire de príncipe.

Eva le hizo esperar unos minutos, ya que su atención estaba en él, en el extraño. Al salir, ni siquiera saludó.

Margaret tuvo el descaro de preguntarle a Eva quién era él, y ella sólo sabía que era un profesor nuevo y que daría clases en uno de los salones de tercer año. Sin pensarlo Margaret no se dio cuenta que ella iba a tercero del secundario. Salió de la biblioteca con unos libros de física, tan gordos y anielá González Miss Hueso¹⁴ 15 pesados que a duras penas lo podía llevar; Alfredo, el extraño, la vio y salió tras su encuentro y ayudó con la carga.

-Puede hacerte daño a tu columna- dijo sin más preámbulo llevando todos los libros; tenía una fuerza increíble. Mientras, ella, señalaba el salón al que debía llevar. No paró de observarlo.

Margarte no resistió y le preguntó:

-¿Tienes padres?, digo, de tener tienes, pero... ¿quiénes son?

-¿Porque deseas saberlo?- Margaret quedó helada frente al salón sin saber que decir. Un nudo en la garganta anuló el paso de cualquier palabra.

Si le decía que él le hacía recordar a un anciano se ofendería.-Es sólo curiosidad.

-La curiosidad mató al gato...

-Espero que la pregunta no me mate. Bueno, tengo algo a mi favor, los gatos tienen siete vidas... o al menos eso dicen.

El apartó la mirada.

-En ese caso, ya sólo te quedan seis vidas.

Largaron a reír exentos, sin pensar ni darse cuenta que la portera pasó por su lado e hizo un gesto tripulante. Era una mujer de al menos unos 50 años, amargada y apática, que trabajaba por el hecho de ser hostil y juzgadora con el personal docente y el alumnado, sólo una vieja acidular.

Al ingresar al salón se dio cuenta que en todo el recinto había adheridos a la pared carteles en miniatura que indicaban la división y al curso al que estaba entrando. En voz alta recitó lo que estaba pensando, como lo hace cualquiera debajo de la ducha cantando su canción favorita, <éste es="" data-block-id="1D6248">>.

Lo miró con plena curiosidad; los ojos del extraño dieron vuelta todo el salón observando cada rincón sin decir palabra alguna. De repente entran por la puerta Morena y Luis parloteando y riendo a carcajadas. Al ver a Margaret con una persona que jamás habían visto – ni por casualidad– quedaron mudos, ocultando su conversación. Fueron al aula por un libro, por lo que parecía ser, de anatomía. Margaret lo reconoció al instante, pues era su libro, el cual nunca se dignaron a devolverle.

< prestar="" un="" libro="" de="" corazón="" y="" que="" después="" ni="" siquiera="" te="" puedan="" mirar="" al="" rostro...="" bien="" dice="" el="" dicho:="" "al="" final="" desaparecen="" dos="" cosas="" el="" comprador="" y="" la="" plata="">> Pensó Salió al paso del profesor nuevo, casi pisándolo los talones, viviendo un déjá vu de aquella ocasión, hasta que por fin de sus labios brotaron < se="" parece="" al="" hombre,="" ese="" del="" café="">>, él la miró y dijo, < puede="" haber="" personas="" idénticas,="" al="" fin="" y="" al="" cabo="" el="" mundo="" es="" chico="" y="" al="" de="" arriba="" le="" quedan="" pocos="" moldes="">>.

Recuerda aquella fría mañana de Julio en la que fue a aquel kiosco chiquito y acogedor, donde tenían todo lo que uno buscaba. Adele se encargaba de sacar de una caja mágica lo que deseabas, desde una pastilla para el dolor de cabeza hasta el yogurt de fruta que solía preparar mamá.

Necesitaba y con urgencia comer una barra de chocolate, al menos era una amiga fiel.

Cuando regresó al salón notó que todas sus cosas habían desaparecido, no estaban en su banca. Su mochila completa e incluso su abrigo habían desaparecido; todos en el salón parecían sospechosos y peor aun cuando

sus miradas se entrelazaban una con la otra llevando como confidente una risa hipócrita.

Salió del salón usando la máscara que usaba para guardar su enfermedad; no sabía qué hacer ni a quién acudir en un momento así. Se sentó en el mástil, alejada de los puritanos aquellos, tenía bien en claro quiénes eran los autores.

Pasaron los diez minutos pertenecientes al solaz juvenil y sabía que debía volver, otra alternativa no quedaba. Esa mañana el zapato se volvió pesado como una roca, el humor de Margaret ayudaba un poco.

Al volver limpió el salón con la mirada, escabulléndose en todos los rincones posibles, jamás imaginando que sus pertenencias se encontrarían en el ventanal junto al escritorio del profesor.

Vaciló antes de tomar en sus manos las cosas; mientras le lanzaba una ojeada a los que se sentaban junto a la ventana.

De un momento a otro la directora asoma la cabeza, dejando libre esa maraña cabellera y una voz de inefable de < buenos="" días="" alumnos="">>, pasmando a cualquiera que la oyese. Traía un comunicado, y esa vez no era Aníela González Miss Hueso para llamarle a la atención por haber rayado todos los bancos y paredes.

Sino que la noticia desvarió a todos < tendrían="" un="" profesor="" nuevo="">>.

Las ganas de llegar a casa le carcomían el alma en plena clase de literatura.

Sintió el tedio en las palabras de la profesora.

Lo bueno de todo eso fue pensar que la situación económica de su padre mejoraría una semana después de hacer un negocio con Canadá por un año; y en cuanto al futuro de su inverosímil amigo sería predestinado a la cárcel después de un grácil juicio, al menos esa era su idea. A pesar de todo, Nasar jamás recuperó todo lo que había perdido.

Entró a casa abnegándose a toda palabra. El silencio era el único consuelo que tanto ella como Gaide habían adoptado. Se encontraba llorando en la oscuridad. La incertidumbre la agobiaba.

Se acercó tomándole del hombro y mirándola con pena, ella saltó del susto que le había provocado.

Espantada sollozó:

-¡Me espantaste Margaret! Ella no pudo comprender los motivos, pero tenía la sospecha indomable de que el divorcio sería la causante del llanto. Sin hacer pregunta alguna en aquel silencio interminable y egocéntrico Gaide lanzó tres palabras al viento tragándose sus propias lágrimas.

-Le han asaltado.

-¿De qué hablas?

-Hablo de tu padre Escupió las palabras como si fuera una obscenidad.

-¿Qué dices?, ¿Qué ha sucedido con él? Apartó sus manos de ella.

Su madre conteniendo las lágrimas explicó que unos malandrines ingresaron a la empresa y robaron todo el dinero que había en la caja destinada a Canadá. No les había alcanzado llevarse todo, sino que lo golpearon brutalmente.

-Lo golpearon por dinero- murmuró desolada por la situación.

Se encontraba internado en el hospital S. Kiara. Mezquinamente se tomaba con las manos la cabeza, haciendo notar la preocupación veleidosa de no saber qué hacer en una situación así.

-Tengo que ir para allá, ¿Me llevas? ¡Llévame! ¡Te lo pido! – su mirada demandaba piedad. Gaide insinuaba un no de respuesta, secándose las lágrimas otra alternativa no quedaba. Tuvo un pequeño percance al no conseguir por más de quince minutos un taxi que las llevase al hospital, aquel día el diluvio se ponía peor aún. Margaret no podía contener el llanto, cada movimiento de brazo en el cordón parecía pedir ayuda en todo. Tan sólo pensar que su padre se estaba muriendo a causa de unos malditos delincuentes; su vida se estaba turbando poco a poco y en sigilo.

Al tomar por fin el taxi, el chofer del mismo notó la preocupación de las dos extrañas. Podía acompañarlas en su dolor a través de un sucio retrovisor.

Sabía lo que el dolor significaba. Pues su vida había pasado por momentos críticos aquellos días...

-¿A dónde las llevo señoritas?-dijo, mirando fijo a uno de los retrovisores que contenía el vehículo.

De la avidez que cargaban se habían olvidado de indicar el lugar hacía donde iban.

-Al hospital S. Kiara por favor.

Al nombrar ese hospital el conductor giró su cabeza dejando a la deriva el vehículo, las miró y musitó con tono de desolación, < ¿a="" ese="" hospital?="">>.

Margaret lo miraba atónita ante su inusual descuido.

-Sí a ese por favor.

Volteó su testa nuevamente.

-Y rápido – gritó Margaret.

Conduciendo no pudo evitar preguntar, < que="" sucedía,="" que="" era="" lo="" que="" las="" atormentaba="">>.

Gaide contó todo lo sucedido tomando como psicólogo al conductor; desde afuera podía notarse que las lágrimas eran su mejor consuelo y por un momento su voz se quebró como si estuviera relatando algún obscuro y asqueroso pecado.

Demoraron 20 minutos en llegar. La avenida Pueyrredón se encontraba colapsada. Margaret estalló en llanto, acompañando esas lagrimas con palabras ridículas.

El conductor amablemente no cobró un mísero centavo por haberlas llevado, su benevolencia fue aceptada por Gaide después de unos exiguos anielas González Miss Hueso18 19ruegos. Su rostro se caía de vergüenza ya que ni siquiera el nombre del taxista sabía, ni la línea de taxis al que pertenecía. No sabía nada de él.

La clínica era anteriormente un colegio privado, linda por dentro, una ciénaga de los años xx por fuera. Por más que intente descalificar al hospital sabía que su padre estaba adentro y a punto de la muerte. Correr por el pasillo estaba prohibido, ellas lo hicieron igual y una de las enfermeras egoísta le llamó la atención, no le hicieron el mínimo caso, en un momento así nada importaba.

Margaret llegó a la puerta, la entrada de donde su padre estaba postrado, quedó parada contemplando la cerradura e hipnotizada por el presentimiento que llevaba por dentro. Al girar la cabeza su mirada se posó en una niña... en realidad, una adolescente totalmente flaca, apenas si podía sostenerse por ella misma. No entendía lo que estaba viendo. Su cabeza trataba de poner todo en orden, debía entrar en aquella habitación y sin decir palabra alguna. Gaide yacía dentro sin notar siquiera su ausencia.

Cuando al fin decidió pasar, quedó impresionada con la cantidad de aparatos que tenía inyectado en su cuerpo, de todos los colores existentes y hasta una bolsa de agua que tiempo después escuchó de una de las enfermeras que era el famoso suero. Su padre tendido en la cama ni siquiera podía abrir los ojos, estaba pálido como una hoja de papel. Se acercó a y cuando le tomó de la mano sintió una fuerza, Nasar respondía bien a los aparatos.

Una enfermera entrometida ingresó al cuarto y rompió toda la magia hija-padre. Era una señorita esbelta, unos ojos brillosos como piedras recién lavadas. Su voz estremeció a Margaret:

-Hola, disculpen. ¿Ustedes son de la familia del paciente?

-Sí señorita, es mi esposo- pareció quedarse sin energías al hablar-.

¿Cómo ha evolucionado?

-Todo bien señora- la enfermera aprovechó ese momento para introducirse por completo por la puerta- El único inconveniente es que necesitaremos una transfusión de sangre, donativa para la institución, ya que se han ocupado todas en él. ¿Usted es compatible? Gaide miró a su marido sintiendo pena.

-No doctora- contestó con amargura.

-¿Ella es hija del paciente?- preguntó señalando bruscamente con el dedo índice a Margaret.

-Sí, es su hija. Pero...

-Bueno, ella podrá donar.

-¡No!, ¡No!- inquirió levantando la voz.

Margaret la miró con desconcierto-Es mejor que busque a mi suegra.

-Es sólo un pinchazo, no sucederá nada. No tiene por qué preocuparse.

La enfermera trató en todos los modos posibles convencerla; Gaide por su parte estaba ineludible a decir que sí. No sabía que contestar a las preguntas de su hija, cuando interrogaba: < ¿qué="" pasó="" mamá?="">>, < ¿por="" qué="" no="" quieres="" que="" done?="">>. La calló con que era muy chica para que se entrometiera en esto, y otras excusas inverosímiles para asimilar la calma.

Pasaron varios días en el hospital esperando respuestas del personal médico. La espera se hacía cada vez más agobiante.

Margaret llevaba en la cabeza pensamientos que la torturaban... aquella niña que había visto el primer día al ingresar no podía olvidársela. No había asistido al colegio esos días, y todos ya estaban "preocupándose" por su desaparición repentina.

Sentada en el corredor junto a su madre le pregunta... < ¿cuánto="" tiempo="" estaremos="" aquí?="">> -Lo suficiente.

Era preciso que fabricara un futuro para arrancarlo de esta muerte precipitada. Un futuro viéndolo como el empresario de chocolates número uno existente, un futuro de padre e hija. En la penumbra de un hospital tan mediocre y con extrañezas jamás vistas, que veías recorrer por el pasillo del crepúsculo, se hacía necesario jugar juegos de superstición engañando al propio destino, como contar las baldosas calculando a ojo el número que había en una hilera y luego se decía

Margaret jugando con un destino incierto le pidió a su madre que la acompañe al baño. En ese momento Gaide la quiso tomar de la mano, pero esta se quitó con un temperamento asqueroso. aniela González Miss Hueso20 21Al encontrar el baño, o los baños, Margaret quedó exhorta al notar que una niña salió del lavadero con un estado de marasmo terrible. Recordaba haber estudiado a los chicos que son sometidos a la esclavitud en África, y aquella niña removi6 y aliment6 ese recuerdo.

Al ingresar qued6 reflejada en uno de dos espejos de aquel recinto maloliente; vio la gordura que llevaba en cada parte de su cuerpo. Ese tejido adiposo formaba y resaltaba una cadera de pocos cuidados. Había engordado tanto en los últimos días.

Una lágrima se le resbaló, sus sentimientos se aflojaron. La espera para con su madre no le interesó en lo más mínimo.

Una señora entró por la puerta, la cual se estaba cayendo de la antigüedad que llevaba encima, la pintura no alcanzaba a cubrir ese pequeño detalle.

Era la portera de allí; una señora de unos 50 años, que entraba y salía con total despreocupación que ni siquiera vio que Margaret se encontraba dentro, cerrando la puerta. Ella gritó para llamar a la atención. Se secó las lágrimas y salió de allí como el viento. Patricia, hizo una mueca típica de todo lo que ya había visto antes.

Gaide mientras la esperaba salir, contemplaba unos carteles en la pared; para su mala suerte eran carteles sobre una nueva inyección para combatir la vejez, al parecer hechas a base de medusas. Explotan y transportan tanto a la naturaleza para la "belleza" del ser humano que ni siquiera las medusas pueden salvarse de algo así, cuanto menos propiedades tengas para la ciencia... es mucho mejor. Mirándola los años empezaban a notárseles como ciruelas maltratadas por el sol, ojos apagados y todo disminuido por los signos de una vejez injusta.

-¿Sucedió algo?- atinó a decir, desviando su mirada de los carteles.

-No sucedió nada.

-Tus ojos están rojos como si hubieras...

-¿Llorado?- la interrumpió-. Ni lo pienses; no te preocupes. Sin querer me penetró jabón en los ojos.

Aunque ella lo niegue, su mamá sabía lo que estaba sucediendo.

Al retomar el camino de regreso pensaba en una única cosa

El pasillo era tan, tan largo... que en un momento recorrerlo se volvió tedioso. Cada paso le recordaba; volvía a su mente aquella remota imagen.

No pudo resistir preguntar a su madre si había notado la presencia de aquella niña.

-¿Viste?- preguntó disimulando incredulidad

-¿Ver que, Margaret?

-Aquella niña que salía del baño.

-ha... estás hablando de la niña que sufre de anorexia.

-Espera, espera... que sufre ¿Qué?

-De anorexia. Una enfermedad que tiene que ver con la forma en la que te alimentas.

-¿Entonces sería un parecido a aquellos chicos del África?

-Digamos que algo por el estilo. Pero no exactamente; un anoréxico no quiere alimentarse por voluntad propia y los chicos del África de los que hablas, ellos por falta de recursos no se alimentan bien.

-Bueno, ¿Aquí los ayudan con el ano... aní...?

-Con la anorexia- río. Sí, aquí le dan tanto como atención de psicólogos y médicos especializados en ello, y una alimentación adecuada.

-Aquella niña era flaquita, y yo... - su voz disminuyó- una gorda grasa- susurró entre dientes.

-¿Qué dices?

-Ahora ya sé porque todos me han dejado de lado. Soy gorda, los burgueses no aceptarían jamás una cosa como yo- su mirada bajó, vacilante de un llanto repetido.

-Hija, Margaret- con su mano le levanto el rostro tomándola de la pera- No estás gorda- su mirada se clavó en ella, suicidamente.

-Si lo estoy- se sacó de la mano de ella-. Vos no te atreves a decírmelo, pues al fin y al cabo soy tu hija. Ahora sé porque todos me han dejado de lado.

La soltó despiadadamente y por completo, sin decir palabra alguna. En aniel González Miss Hueso22 23sigilo se escurrió por la cortina que

cubría donde se encontraba su marido.

Lentamente y a través de la luz que le daba en la cara dejándola ciega, lloraba en silencio.

Margaret quedó en el pasillo, pensó

Las respuestas que no precisaban el estímulo de las preguntas para saltar y hacerse añicos, estallaban frente a sus ojos, junto a sus oídos

Pasaron varios minutos en los que no pudo mirar más que el suelo sucio y a un par de moscas que hacían el amor entre papeles de caramelos debajo de una banca. Al levantar la mirada vio a sus hermanos < mario="" y="" marcos="">>, sus rostros eran cómplices de una desvelada bien merecida y una beodez petrificante, jamás habían tomado y mucho menos desvelarse.

Eran buenos chicos, uno de ellos era abanderado del colegio, el otro por tener tantas faltas, a donde se iba quien sabe dónde, no fue escolta dos años antes.

-¿Y mamá?- preguntaron sin escrúpulos.

-Está dentro- respondió Margaret señalando la habitación contigua a la de la farmacia.

-¿Alguna novedad sobre su estado?- preguntó Marcos.

-Está recuperándose, ya salió de estado crítico.

-¿Y ustedes en donde andaban?- interrogó ella poniendo una mueca de desprecio.

-No tenemos que darte explicaciones, eres solo una mocosa.

Su ofensa le dolió pero no contestó, pues sabía que su madre actuaría y los pondría en su lugar.

Al entrar: -¡Madre! No hemos venido, pues tanto Marcos y yo estábamos

demasiado deprimidos y...

-No hijo, lo último que querría su padre es que terminen de ese modo.

Véanse, ni siquiera han tomado un baño

Salieron de la habitación y charlaron como una hora. Una conversación basada en sermones que Gaide estaba acostumbrada a dar. Margaret no opinaba en ninguna cosa; echando el ojo una vez en cuando a su mamá, disimulando con la mirada sus disculpas. Al fin y al cabo, uno de esos temas era por qué la falta al colegio de sus hermanos y ella ya tenía una semana completita de faltas. Al ver partir a sus hermanos quedaron solas, el silencio se adueñó del aire no dejando pasar siquiera una palabra. Margaret viendo que Marcos pisó un chicle mascado se quedó callada, sin avisarle que llevaba en su zapatilla de última marca una asquerosa y repulsiva goma de mascar.

Gaide entró a la habitación y se quedó allí jugando al ajedrez de una sola mano, es decir, un absurdo.

Al caer la noche el estómago de Margaret pedía a gritos que consumiese algún bocado. Seguía sentada en aquella banca de hospital, viendo pasar toda la tarde gente de aquí para allá, enfermos con todo tipo de dolencias existentes, doctores de todas las áreas, y unas cuantas vulgares enfermeras que trataban de levantarse uno que otro doctor obsceno.

Su madre salió de la habitación y le dice

Su preocupación era volver a comer frituras, Gaide tenía esa costumbre.

Una mala dieta. La vida que ella quería comenzar no permitía comer cosas mal- sanas.

Se puso de pie para caminar un poco, estar tanto tiempo sentada había entumecido sus piernas, al levantarse sintió un breve calambre que recorrió todo su cuerpo. El caminar por aquel pasillo interminable ablandó su cerebro para reconstruir recuerdos; recordar el fallecimiento de su abuelo en aquel centro médico. Un viejito que le había enseñado tanto, desde la primera guerra mundial hasta como eliminar a las moscas. Pensar en su ausencia le hizo derramar una que otra lágrima chillona. La noche se preparaba para una velada a plena, tal vez desvelada. Volvió a recordar a aquella niña que había visto unas horas antes, aunque hacía frío esa noche el terror logró darle un poco de calor, sus manos sudaban. La incertidumbre era irremediable. Pronto saldría de allí y tal vez jamás

vuelva a pisar ese hospital.

Al final del pasillo una voz femenina logró captar su atención.

-¡Doctor!, ¡Doctor!, repórtese a la sala 3.

Había escuchado la voz tan nítida que pensó que era el hambre que le aníela González Miss Hueso^{24 25} estaba jugando chueco. Era la habitación de su padre. La habitación de Nasar.

Salió corriendo, dejando caer las llaves del auto que su mamá le había encargado.

Sin sobresaltos preguntó < ¿qué="" ha="" pasado="" enfermera?="">>, < ¿usted="" es="" familiar="" del="" paciente?="">>, < sí="" soy,="" soy="" su="" hija="">>.

Su rostro había decaído al enterarse que su padre había sufrido un ataque cardíaco. Todo indicaba que Nasar era alérgico a uno de los medicamentos que le habían inyectado. Toda una falta de ingenio por parte del cuerpo médico al no analizar el cuerpo de su padre, si era o no alérgico.

La matrona no parecía muy segura de sus palabras.

-¿No me estas mintiendo?

-No tengo porque hacerlo- respondió bajo esa mirada húmeda y legañosa, llena de insomnios.

Al girar la cabeza por la puerta principal vio acercarse a Gaide, impávida de todo lo sucedido, parecía un niño recién nacido que se encuentra en la punta de una azotea

-¡Madre! ¡Madre!- gritó frenéticamente que hizo eco en todo el silencioso hospital.

-¿Qué pasó?El silencio se hizo rotundo y sospechoso. Darle esa noticia a la persona más débil de la familia era lo segundo en la lista de peores cosas de Margaret.

-Papá sufrió un ataque- manifestó balbuceando y mirando por alguna silla

que esté más acerca, por si se desmayaba.

-¿Qué?, habla claro Margaret.

-¡Papá sufrió de un ataque!

-¿Cómo dices?

-Oye enfermera, ¿qué le sucedió a mi esposo?, hace un momento estaba tan bien. ¡hablé! ¡diga algo!>>

-Lo lamento mucho... Pero la pequeña tiene razón, su marido sufrió de un ataque. Como le había explicado a ella hace un minuto, su marido al parecer era alérgico a uno de los medicamentos suministrados.

Margaret se hecho sin desaire hacía los brazos de su madre, lloraba con el consuelo de un

Se esperanzaban sólo con palabras. Margaret consoló a su madre toda la noche, unida a un hambre de mil demonios que la perseguía y no pudo contenerse al comer un trozo de pastel recargado con un tradicional dulce de leche. Cansada de tantos problemas recibió una noticia que deterioraba el ambiente, < el haberle avisado que si la otra semana no entregaba el reportaje para el área de historia reprobaría el trimestre>>; el ser buena para todas las materias no la salvaría desgraciadamente. Últimamente la apatía ganaba en todo con respecto al colegio.

Al llegar el alba se despertó con un susto, una araña había interrumpido su sueño. Era chiquita, pero capaz de ahuyentar cualquier sueño y terminar en una pesadilla. Gaide ya no estaba allí, junto a ella. Al mirar a su alrededor no vio a nadie, nadie pasaba por el corredor, todo era muy extraño. Se sentó en aquella silla en un santiamén, notando que no había pasado una buena noche, toda la espalda le dolía.

Se dirigió al baño, se lavó el rostro, lamentaba tener que lavarse con aquella agua los dientes, pero no le quedaba otra salida. Llegó a sospechar que esa agua tenía más cloro que lo debido, pero al final si los del hospital no se intoxicaban, ella no lo haría.

Azorada Gaide llega al baño, pegando un grito que causaba más terror

que emoción al verla.

-Hija, ¡Aquí estas! Te busqué por todos lados- dijo pasándose una mano por la frente; sudaba frío.

-¿Qué dices mamá?, si a vos no te gusta caminar... (Por eso estás así) - murmuró entre dientes.

-¿Cómo? ¿Qué has dicho?

-Nada madre. ¿Dónde estabas vos?aniela González Miss Hueso26 27

-Estaba en la panadería de la vuelta. Te traje unos biscochos de chocolate, los que tanto te gustan.

Fue un golpe bajo para Margaret. Comenzar una dieta estricta y rigurosa con chocolates no era lo conveniente. Se bebió todo el café tan despacio para que Gaide no se diera cuenta de lo que intentaba hacer. Ella guardó los biscochos en un recipiente, por si Margaret deseaba comerlos más tarde y volvió al cuarto donde yacía postrado y sin signos de vida.

Al pasar un momento...

-¡Doctores!, ¡Doctores! Repórtense inmediatamente a sala 3.

Otra vez la sala de su padre. De la tranquilidad que reinaba en el hospital esa mañana, estalló en un boom. En un segundo la sala estaba repleta de doctores y enfermeras por todos los rincones. Gaide que estaba dentro tuvo que salir a fuerza mayor, la corrieron de adentro. Santiguando y desconcertada de todo, pegando gritos como < ¿qué="" está="" pasando?="" ¿qué="" pasa?=""> y otras palabras obscenas para su boca.

Para reniego, Margaret no estaba afuera. Con los ojos hinchados la buscó por todo el hospital, sin encontrarla. Ella había ido a casa, a buscar a sus hermanos. Su madre estaba tan agobiada, los doctores ocultaban la verdad tras una "alergia" que ni ellos mismos se la creían; y ahora Margaret había desaparecido del hospital. Decidió llamarla y gracias a Dios contestó, quedó un poco más mitigada, una carga menos en el calvario.

Estar allí, en ese hospital tan escalofriante se hacía eterno, la soledad la mataba. Iba a ser una semana que estaba allí.

Pasó una hora, y no tenía noticias de nada, absolutamente nada.

Hasta que por fin una de las enfermeras abrió la puerta diciendo con cara

petrificante y lánguida hasta en los poros

-Sí, sí. Dígame enfermera ¿cómo está mi marido?- dijo agarrándola del brazo. La enfermera clavó sus ojos en un punto imaginario en la oscuridad del teléfono que estaba a sus espaldas, tal vez buscando un tipo de salida desconocido para ella.

-Lo lamento mucho.

Gaide la soltó, haciendo mueca de incredulidad.

-No... está bromeando- se pasó la mano por la frente, ese era su símbolo de nerviosismo-. Ya somos grandes señorita.

-Lo siento. Su corazón dejó de latir. No resistió. La enfermedad más los golpes llevaron solo a acabar con su vida.

La mujer quedó completamente destrozada, sus lágrimas en el silencio eran la única salida. Esa mañana los recuerdos atormentaban a cada paso. Amaba a aquel hombre... lo amaba tanto.

Margaret acababa de llegar con Mario y Marcos. Se dieron un abrazo como si estuvieran al tanto de todo. Para Gaide no era fácil tener que confesar algo así cuando tres horas antes estaba en perfectas condiciones de salud. A quemarropa y entre balbuceos dijo:

-Su padre ha muerto.

Como era de esperarse, su reacción, la trataron de todo menos de que decía la verdad.

-¿Qué le pasó?

-Tuvo otro ataque. Es lo único que me dijeron.

-¡Doctora!, ¡Me puede explicar que le pasó a mi padre!

-¿Ustedes son familiares del fallecido?

-No, no. Usted no habla en serio. ¿Cómo que falleció?, si hace unas horas estaba bien. Mi padre estaba bien- levantó su voz-. Mi padre está bien, ¡Te digo! ¡Dímelo maldición!

-Lo lamento, la información es restringida, sólo le podemos explicar a su madre.

Esas palabras hicieron estallar el subconsciente de Marcos para lanzarse encima de ella y abofetearla. Y sin darse cuenta; pasó toda la noche en la delegación.

Tanto Mario como Margaret acompañaron a su madre en el hospital.

La última noche. La última de caminar por aquel pasillo interminable, pero peor aún, la última noche que vería a aquella niña, sinónimo de una felicidad aguada.

Gaide no dejó de llorar en toda la tarde y noche de aquel día, suplicando que la muerte de Nasar no fuera cierta que haya sido solo una broma aniel González Miss Hueso28 29pesada. Margaret y Mario eran tan fuertes que el llorar no era una salida justa para ellos.

Pero al llegar el alba, sintieron esa tristeza, esa que sientes cuando algo te falta, esa nostalgia de salir y ver esconderse las estrellas una por una y saber perfectamente que allí siempre estarán. La pérdida de su padre fue una de las tantas tragedias que la familia Watson debía vivir.

Al otro día terminó de hacer todos los trámites para el entierro, mientras sus dos hijos desayunaban, o al menos uno de ellos lo hacía. Margaret no quiso probar bocado, usando la máscara de dolor.

-Vámonos, no quiero pasar otro segundo aquí- dijo desolada, haciendo un tipo de sonido extraño con la boca.

-Está bien, ¿Estás segura que quieres caminar?- replicó Mario.

-Tienes razón, es mejor ir en el auto.

Cuando lo nombraron, Margaret revisó su bolsillo del pantalón no encontrando rastros de la llave, su corazón latía tan rápido que para que se olviden de ir en auto dijo

-¿Y las llaves Margaret?, te la había encargado a ti.

-¿Hablas de las llaves?

-Sí, las llaves del auto.

El rostro de ella había pasado de color piel a un rojo tomate, execrable.

Gaide no iba a tolerar ponerse mal por unas llaves. Se dio cuenta con solo observar los ojos de su hija que no lo había hecho al propósito, sino que fue un descuido. Buscaron por medio hospital, no tropezaron con las llaves, en cambio Margaret había descubierto un cuarto lleno de comidas y dulces dietéticos, ignoró todo excepto lo de dietético.

Se marcharon caminando. Nadie habló durante el recorrido. Primero pasaron a buscar a Marcos en el cuartelillo; este estaba completamente destrozado, estar allí era más que una ciénaga, era poder saciar todo su dolor en esas cuatro paredes y como era de esperarse sus recuerdos junto a su padre brotaron a flor de piel y una que otra lágrima se le escapó esa fría noche, pasar junto a los otros presos fue tal vez la mejor comunión de toda su vida. Acudieron a él con todas las atenciones y amablemente uno a uno le daba sus más sinceros pésames a pesar de que más de uno había asesinado por mano propia a algunos de sus familiares, pero esa ya es otra historia. Al abandonar a aquel guarro cuartel, Gaide armó una maraña de palabras incapaces de ser discutibles.

Lo regañaron, pero Marcos no se interpuso en todo el camino.

-Marcos, ¡Estuvo mal lo que hiciste!, es una mujer y una mujer no se la toca ni con el pétalo de una rosa. Hijo... sé que estamos pasando por una turbadora situación, pero sé que juntos podemos superarlo-dejó que su voz se fuera apagando-. Háblame, aquí estamos tus hermanos y yo para escucharte.

La benevolencia de su madre se tornó por un momento molesta. El mundo que giraba a su alrededor no existía; perder a su padre fue un golpe por la espalda.

La muerte esta tan segura de su victoriaQue nos da toda una vida de ventajaAnónimo iss Hueso31CAPÍTULO SEGUNDOPasaron tres días y la vida de los Watson modificó.

Tres días después hallaron las llaves del auto; una de las enfermeras

-conocida de Mario- tenía en su poder, para suerte de Margaret.

Como dije, fue modificándose... Marcos había entrado a clases de taekwondo, Mauro había dejado de entrenar con el equipo de futbol para entrar a un grupo que en toda la casa no quería que se nombre, él anhelaba ser actor, pero su madre no la apoyaba con esa decisión, pues para ella era un empleo mediocre. En tanto a lo que se le refiere a

Margaret, ella siguió en sus clases de danzas.

En una de sus clases la dejaron bien atrás, la maestra no toleraba a las "rellenitas" delante de las "escuálidas"; así solían tornarse sus clases últimamente. No le gustaba tener que estar última en la fila, aguantando el olor a cigarrillos que salían de los baños y mucho menos aguantar a un viejo repugnante que la molestaba con mi gordita asesina, todo un asco.

Decidió ponerse las pilas y bajar de peso, cueste lo que cueste, dejándose llevar por internet buscando consejos de chicas que hayan pasado por la misma situación, encontró lo que buscaba...

Ese lunes... otro día tan gris, como los anteriores. Comer todos los días solo naranja era y se volvía sólo surrealista, pero luchaba por esa aceptación.

Aceptada por una profesora, una cruel, patética, de danzas. Nadie en toda la casa había notado que había puesto en su plato dos rodajas de naranjas.

Nadie notaba nada. aniel González Miss Hueso 32 33 El caminar por el pasillo de la escuela la llevó a los recuerdos, la remontó a aquel corredor tan extenso, la transportó a aquella arcaica noche en la que la beodez de tristeza la atrapó. Observar como los demás la miraban le causaba asco, estar allí se tornaba aburrido, inerme. Pero recién era lunes, una semana nulamente efímera.

Cuando ya estaba llegando a su salón, se topó con aquel profesor de física. Con el guapísimo Alfredo. Su mirada fulgurosa no había cambiado con su ausencia, sin embargo ella estaba destrozada para notarlo.

Se acercó, le dio sus más sinceros pésames y se marchó.

La cara de "entusiasmo" de Margaret al hablar corría a todos. Con la muerte de su padre había olvidado que lo tendría como profesor y lo miró desconcertada cuando le dijo

Al pasar los diez minutos correspondientes al timbre, vio como una ráfaga que el profesor se asomaba por el pasillo. Un tipo muy joven no más de 25 años. Lentes y barba. Tenía además, unos ojos de vivacidad, de los que no era posible desprenderse así nomás. Difícil saber si se trataba de un ingenuo, o de alguien dispuesto a estrangular a un niño con una

sonrisa de beatitud.

Sin pestañear Margaret ingresó al curso. Estaba fuera sólo con la compañía del par de nubes que arriba de ella se preparaba para una breve llovizna, sus tres amigos le dejaron de hablar sin razón alguna, y los demás apenas si el saludo daba. Al entrar todos la miraban como bicho feo; o al menos así contaba. Los segundos que tuvo que caminar hasta llegar a su banca fueron interminables, y otra vez el recuerdo de aquel pasillo... pero la clase había comenzado, dos horas que estaría en ese lugar inhospitalario, pero sin darse cuenta la hora había acabado. Esa tarde pudo darse cuenta de algo, el ser humano puede cargar con muchas penas hasta que termina por morir o de última estallar. En cuanto a aquel profesor no tuvo el suficiente coraje para decirle palabra alguna, volver a hablarle sería retroceder el tiempo y era exactamente eso lo que quería olvidar

Se sentía atraída por él, esa enajenación se tornaba dudosa pues no era un galán, todo lo contrario, lo recordaba diez años después.

Pasó una semana completa para que algo pase, fuera de lo común.

El trabajo que debía a entregar, lo entregó, pero con una nota más baja.

Margaret solía ser la mejor en las clases, poco a poco ese título lo fue cambiando.

Un martes, al llegar a casa fue directamente a su habitación con la absurda idea de verse "toda", es decir ver su cuerpo completo, irruptor, virgen, tras el desasosiego de saber si la dieta de la naranja había actuado.

Ese día, como los anteriores, se llevó una gran desilusión. No le había servido de nada lo que estaba haciendo, su cuerpo parecía que aumentaba cada vez más, en vez de disminuir, esa inescrutable respuesta rondaba por toda la habitación.

En un momento...

-¡Hija! Ven, está el almuerzo.

Toda la semana puso excusas de que tenía trabajos, de que la apatía le ganaba o que simplemente la somnolencia era su amiga, justo en la hora en la que todos compartían la mesa. Ese día no podía pensar en nada, su mente se había reducido al tamaño de un maní, la desesperación la agobiaba, sabía que si no contestaba su madre subiría y si la viese en paños menores sospecharía barbaridades que ni ella misma podría creerse

luego.

-Espera un momento, ya bajo- replicó rezongando.

-Bueno, no te preocupes que la mesa ya está lista.

Se vistió y bajo, siendo cómplice de una gordura que no parecía ser de ella, extraviada. El ruido que cualquiera haga en aquella casa podía sentirse, azorar a cualquier persona que entre allí, entonces trató de escabullirse por las escaleras lo más silenciosamente posible.

El viento fúnebre que entraba últimamente, era frío... las sonrisas eran retratos anticuados. Gaide tenía ese aire mortuorio, una máscara. Trataba poder demostrar un mundo que pudo superar el daño; Margaret sabía que todas las noches lloraba en la cama, lloraba por el desconcierto de la muerte, pues eso era, un desconcierto que no se pudo disuadir.

Al sentarse a la mesa notó el abandono de sus hermanos, y le pregunto a Gaide < ¿hoy="" comemos="" solas?="">> ,

Fue la chispa que hizo explotar en definitiva a Gaide. El silencio rotundo mató la conversación. En toda la comida no se habló. Margaret probó solo dos bocados y se retiró de la mesa con impunidad. Al encontrarse encerrada, inocua, frágil a la tristeza, le surgió la repentina idea de mirarse una y otra vez su cuerpo. Y así fue. No le gustaba lo que veía reflejado, entonces fue un pensamiento que brotó de su ya casi escuálido cerebro.

Vomitara. Someterse a la tortura de poder meterse los dedos en la garganta.

No pudo hacerlo, el pudor la dominaba. Dejó el baño evacuando por completo esa idea surrealista, al fin y al cabo no iba a poder hacerlo ya que su cuerpo estaba cansado de tantas actividades y no recibir nada a cambio.

Su madre empezó a golpear la puerta, a pedir disculpas por su torpeza, por perder los estribos. No hubo contestación detrás de la puerta; Margaret había caído en un sueño profundo. Se alejó con la esperanza de que al salir del cuarto fuese al suyo para hablar. No pudo evitar sentirse afligida, pensar que por un desvarío de su mente pudo gritarle a alguien que no tenía culpa alguna.

Al otro día Margaret apenas abría sus ojos; se había quedado dormida toda la siesta e incluso la tarde. Resultaba ser otro día de la dieta naranja, otro día que debía aguantar las delirantes ganas de comerse un chocolate

o una hamburguesa, o peor aún, otro día que debía usar la máscara para ocultar lo que pasaba. Inmediatamente pasó de estar acostada a dar un salto de la cama, rechinando los resortes cómplices de lo que poco a poco se iría reduciendo. Había dormido sólo en ropa interior, para que cuando se levante súbitamente se viese en el espejo y pueda notar si hubo algún cambio. El aire no cambiaba, al igual que esos rollitos que se hacían cada vez que se ponía alguna playera ajustada o un pantalón que sólo lo limite a eso, a verse gorda.

-¿Vas a bajar a desayunar Margaret?

-Sí, ya voy.

-Bueno, te espero debajo.

Ese día no tenía excusas, las anteriores tenían fecha de caducidad y lastimosamente habían expirado. Se vistió con ropa suelta, quería evitar poder reflejarse en algún lugar. Bajó. Su madre la esperaba en la mesa, solitaria, ocupando el primer lugar.

Miró hacia todos los alrededores, algo había cambiado en el orden de todas las cosas, no solamente la muerte de su padre. Eso lo fue superando y aceptándolo, pero sabía que su madre jamás lo haría. Hasta hoy vive como que si el mundo se hubiera acabado allí.

-Siéntate hija, necesito hablar contigo. Ayer... ayer por la tarde fui a tu habitación para poder explicarte. Sé que estas en todo tu derecho de estar enfadada conmigo ¿pero me podrías disculpar?- expresó Gaide en tono desolador, mirando a un vacío detrás de ella.

-Sí, no te preocupes. Sé por lo que estás pasando; pero madre, el tiempo sigue con él o sin él, debemos mirar hacia delante, esos son tan sólo obstáculos de la vida.

-¿T e parece que la muerte de una persona es un obstáculo?-replicó Gaide

-Eso creo...

-Una vez escuché, que si una persona afirma y luego sólo tiene dudas, pues... está arruinado.

-Yo no lo estoy, solamente... -carraspeó-. Supéralo madre, aquí estoy para ayudarte a hacerlo.

-Gracias hija.

-¿Y Marcos y Mario?... ¿Dónde están?

-No llegaron a dormir anoche. Los llamé y me dijeron que tenían muchos trabajos pendientes para hacer.

-¿Te puedo decir algo madre?, pero prométeme que no volverás a regañarme.

-Te lo prometo. Habla.

-¿No te parece sospechoso que Mario se empiece a preocupar por el estudio cuando antes no lo hacía?... ¿Y qué Marcos siempre haya hecho los trabajos en casa y últimamente ni siquiera llega a la hora del desayuno?

-Sí, sé que es sospechoso pero ya son grandes-La edad no hace a la persona.

-Tú crees que debo...

-Sí, debes buscarlos y hablar con ellos, con lo que ha pasado pienso que deben estar en una situación impetuosa.

aniela González Miss Hueso36 37

-Bueno, voy a ir. Dentro tienes todo lo que necesites.

-Si quieres o necesitas algo me llamas.

-Sí, no te preocupes.

Otro día que pudo zafar de la comida. Salió victoriosa impactando la duda de sus hermanos a Gaide. Otra vez la "Orange diet" pudo superar todo.

Se quedó sentada en la cocina, viendo todas las delicias que su madre acostumbraba a preparar y recordaba aquellos remotos días en los que comía todo sin prevenir las calorías, ni siquiera pensaba en eso, no podía detenerse a contarlas. Podía imaginar aquella mesa en la que la familia se reunía. Desde la muerte de su padre, toda esa rutina se renovó.

Desde la puerta se escuchó un ruido fuerte, veleidoso; salió corriendo de la mesa como aquellas campeonas olímpicas, llevándose una gran sorpresa; su hermano Marcos tirado al frente de la puerta todo sucio,

golpeado y con una botella de alcohol en la mano derecha.

Sus palabras parecían tener un tono particular. Su estilo menos pulcro, incluso descendía una que otra puteada.

-¡Quiero morirme!-decía con fervor.

-Marcos, ¡Caramba! ¿Qué te ha pasado hermano? Ve como estas. Todo sucio, encima con esa beodez encima.

-Qué más da Margarte, para que seguir viviendo.

-Tanto Mario, mama y yo te necesitamos. Te amamos.

El silencio que brotó lo condenaba. Marcos no podía ni sostenerse por sí mismo. Tenía el brazo izquierdo bañado en sangre. Había peleado o al menos así lo recuerda.

-¿Qué ha pasado?, Háblame Marcos

-A Mario... En ese momento llega Marta, una de las tías pidiendo a gritos que vaya al hospital S.Kiara. Ver a uno de sus sobrinos tirado en el suelo con signos de moribundo no la espantó, lo miró como anticipando alguna cosa peor.

Margaret replicó con un < ¿qué?="">.

Entonces la miró, no porque no había entendido, sino porque lo que había entendido era un poco extraño.

Ella no entendía la desesperación de su tía, pero debía sacar fuerzas de donde sea para cargar a su hermano a una de las habitaciones. Se sentía cansada, frustrada por no tener fuerzas.

La tía cargó con él; era una mujer fornida llena de vida, amante de los deportes (su favorito tenis). Sin pensarlo Margaret tomó entre sus mano una galleta y lo devoró sin esperanzas. Cuando Marcos estaba, lo limpió y le dio de beber, pero esta vez una inodora, incolora e insípida agua de canilla.

-Gracias Margaret- murmuró Marcos

-No me lo agradezcas, eres mi hermano.

-A Mario lo golpearon- se llevó la mano a la boca, una pequeña herida en los labios inferiores le dolía- Incluso más que mí.

-¿Qué? Pero... ¿Qué 'pasó?

-Fueron unos patoteros de la zona sur;

-Pero, ¿Por qué lo golpearon?, ¿Cuál fue el motivo?

-Fue por mi culpa, yo debía estar allí, en ese hospital tirado, lívido

-¿Entonces es él quien está en Kiara?-Sí.

Dejó caer la cubeta que llevaba a duras penas y salió de la habitación.

Con el ruido modoso y negligente provocado por la puerta al cerrarse hasta los vecinos se dieron cuenta del horror que esa familia estaba pasando. Al pisar la calle la mitad del vecindario estaba chismoseando hacia su casa, ver que noticias podían recaudar. No le interesó, agarró una de las bicicletas que había y se fue.

Y otro recuerdo... su padre siempre la llevaba a todos lados, sin evitar parsimonias, sin evitar sus relajos de domingo por las tardes, él siempre la acompañaba, la niña de sus ojos. Lo añoraba, pero no podía, no podía dejar que eso la turbara, estaba decidida a llegar a ese hospital sin haber dejado caer gota alguna. Para su mala suerte la bicicleta estaba desinflada, hacía tanto tiempo ya que nadie la ocupaba y pues nadie se tomaría el tiempo de inflarla. El calor que estaba empezando a sentirse era infernal, había rozado los 35° esa mañana. El hospital quedaba a unas ochos cuadras de su casa, haciéndose para ella, el doble en llegar.

Al llegar se dio cuenta que se había olvidado el candado para asegurar la existencia de la bici consigo. Al lado, contiguo, había otra muy bonita que aniel González Miss Hueso 38 39ya tenía candado, entonces la recostó por ella, para al menos disimular un poco. Fuera del hospital estaba una pareja, joven, disfrutando del milagro de amar; no se dieron cuenta de la presencia de Margaret, las manos del chiquillo eran manos ágiles para introducirse en zonas riesgosas. Sin importancia.

Pasar esa puerta era volver el pasado. Pero... ¿Qué significaba el pasado?, para ella... nada. Todas las caras pasaban de ser más conocidas aún, tuvo agallas de preguntar a una de las enfermeras sobre el paradero de su madre; lastimosamente ésta no tenía idea, no la había visto. Decidió seguir caminando y otra vez ese pasillo interminable, egocéntrico, se volvió a topar con ella, con la única intención de robar atención, no fue lo único que pudo atrapar su atención ya que había pasado por un cuarto

que llevaba un nombre extraño. Causaba en ella curiosidad fatua, estólida.

Pero siguió, viendo a su madre llorando desoladamente como lo había hecho dos semanas antes. Le volvió a explicar lo mismo que Marcos. Con la mínima discrepancia de que se había peleado con el hijo de una cantina, tema de polleras, y que éste le advirtió es más lo amenazó que si volvía lo mandaría a matar; y que Mario había entrado en coma a causa de los feroces golpes en la cabeza.

Se abrazaron. Sus lágrimas eran conjuntas y sin sosiego.

Margaret estaba cada vez más debilitada y con la tristeza auestas peor aún. Habían llorado como una criatura, sin molestarse siquiera por enjugar sus lágrimas. El tiempo corría, tenía que volver a su casa, ver a su hermano, tenía que ver al otro desgraciado. No pudo evitar pasar por aquella habitación, topándose con aquella niña. Aquella tan flaca hasta los huesos, entrando por aquella puerta. La observó de reojo tratando de que ella no captase su atención; la ojeó con la mirada. Su anhelo por estar así, se tornaba desmesurado, era consiente de querer eliminar su gordura.

Sin darse cuenta yacía una semana que puso en marcha la dieta naranja, y su peso había reducido a un límite fuera de control. Tener que volver a recorrer ese camino tedioso y dibujado con un sol tedioso que quemaba hasta los cabellos, parecía eterno sobrepasar 8 cuerdas, o 16. Cuando llegó fue directo a ver a su hermano, totalmente dormido. Le midió la temperatura, todo parecía normal en él. Lo que no era normal era que Margaret moría de hambre; su ímpetu la condujo hacia la cocina donde vio una enorme galleta de chocolate, a medio comer, preparada por Gaide. Una de las reporteras más adiestradas de la ciudad en aquel entonces. Devoro la galleta en menos de un segundo y sin darse cuenta ya había tomado otra entre sus manos. No la comió, la eludió asquerosamente. La culpa empezó a flotar, molestándola. Tenía que elegir; entre una chica gorda y dejada por todos o ser la chica flaca, esquelética a las que todos adoran. Pues ella ya había elegido y no podía darse vuelta atrás.

Se encarceló en su habitación, llorando sin consuelo y dirigiéndose al baño. Comenzó a meterse los dedos en la garganta, estando como tres minutos y no teniendo respuesta; el deseo de vomitar era peor aún. Sentir como la comida escapaba desde sus entrañas, brotaba de su boca y sus ojos desmesuradamente contemplaban, eso era inmundo, repugnante.

Cuando acabó, tiró la cadena del inodoro, es decir, tiró la cadena de su destino. Una bazofia tirando a otra. Cerró la puerta. Sus fuerzas debilitan cada vez más. Sus ojos mostraban falsos indicios de llanto, los dos estaban hinchados y rojos.

Se recostó, durmió hasta el otro día, ni siquiera se aferró a la ilusión de asistir al colegio y ver a aquel profesor, todo lo contrario, tenía un sueño que aferraba y más a su cuerpo.

Su hermano por la noche se había levantado. Su andrajoso y moribundo estado no pudo detener el hambre suicida que llevaba a cuestas.

El alba tocó a Margaret de sorpresa, observando restos de comida sobre la mesa, tirados y esparcidos por el suelo. Si en algo se distinguía Mario era por gula. Tuvo que llevar a cuestas la casa, ser ama y señora, y lo primero que tenía que hacer es limpiar. Limpiar a fondo y lo suficientemente rápido. Pues debía ir a la escuela dos horas después.

Amante de los poemas y más de aquellos que eran costumbre en las anielas González Miss Hueso40 41 tardes que compartía con su abuela; aquellos domingos que hacían endurecer las venas.

Cuando partió de su casa, tuvo la mala racha de olvidar uno de los trabajos de presentación, últimamente había cambiado. Su aspecto iba deformándose, demacrándose. Su capacidad memorista disminuía a pasos agigantados y sin olvidar a aquel humor ávido y rencoroso. Ese día en el colegio fue efímero, no por no haber llevado el trabajo, sino porque se había dado cuenta que se había enamorado. Enamorado por primera vez.

Al salir de la escuela ya siendo las doce del mediodía debía ir y preparar la comida y luego ir a ver a Marcos. Toda una dueña y señora de casa.

Tanto su angustia y tristeza cesaron por su hermano, por los dos. Gaide había avisado que no se preocuparan que Marcos estuviera bien. Y Mario al parecer lo hizo, porque de su cuarto venía música, música funesta, vulgar.

La sensación de dejar todo la atrapaba, enervando los sentidos toscamente.

No quería cocina y tener que someterse al hambre atacante por la espalda, un intruso que acechaba su delgadez. Su figura. Debiendo

vomitara como lo hizo anteriormente. Pero sabía que el inconveniente era su hermano, él estaba allí, y era ella la que debía asumir el rol de madre, ser la responsable de un error jactancioso, presumiendo de algo que ella no hizo.

Al entrar en la cocina abarcó en ella el deseo de abstinencia hacia la comida. Su debilidad a lo dulce fue efímera. Se contuvo. Cocinó unos filetes que había encontrado congelados en el refrigerador.

A medida que cocinaba resistía a la tentación de picar con el dedo. En cuanto había acabado subió a la recámara de su hermano para que éste probara bocado. Se cansó de golpear la puerta, tuvo que bajar en busca de sus llaves y en cuanto entró, notó la absoluta ausencia de su hermano. Se enfureció. No se había tomado la absurda molestia de avisar que saldría.

Bajó y se quedó sola en el comedor. Aspecto fantasmal tomó aquel recinto, su melancolía parecía falsa, llenando de lágrimas su aspecto. Lanzó en llanto. Se encontraba sola, tan sola.

Con su rostro cubierto de lágrimas fue hasta la cocina y entre sus flácidas manos un cuchillo. Lo sostuvo unos segundos, contemplaba el cabo, no limitándose en saber lo que estaba provocando. Se cortó. Se cortó en la muñeca izquierda. Mantenía la vives, sabía que ella no era zurda al escribir. Su flagelación sangró mucho, pero la cortadura no fue profunda.

-Margaret...- habló detrás de la puerta, haciendo notar aquella voz de empática que a veces le brotaba-. Debemos hablar.

Cuando Margaret escuchó el primer golpe en la puerta dio un salto, retrocediendo y manchando su blusa con sangre.

-¡Espera un momento!, ¿No sabes que una mujer en el baño tarda demasiado?- agregó con amargura Margaret.

-Sí, claro que lo sé. Pero tenía entendido que tardan en tema de belleza... como maquillaje, labiales. No que tardaban lavándose una cortadura.

-Ven, quiero que hablemos. No estás sola hermana. Por favor Margaret, cuéntame- dijo, con apagada energía-. Eres mi hermanita, si algo te sucediera, te juro que me muero.

El ruido que la puerta provocó al abrirse fue escalofriante. Margaret sintió estremecer con las palabras de Mario. Jamás lo había escuchado así, era

diferente.

-¿Qué quieres Marcos?, no fastidies.

-Hablar. Sólo eso necesito. Hablar, esclarecer contigo.

Ella bajó la mirada al suelo, tratando de esconderse; sabiendo que él ya sabía todo, con lujos de detalles el problema que ella empezaba a tener.

Cuando al fin lo mira, decide caminar sin que él le pidiese hacia la cocina.

Al principio la conversación se tornó incomoda, pero el ambiente fraternal era perfecto.

Cuando Marcos le ofreció una galleta, ella lo rechazó toscamente. Fue allí que se dio cuenta del verdadero problema por el cual estaba atravesando.

Sabía que el problema no era su flagelación, sino su abstinencia alimentaria. aníela González Miss Hueso^{42 43}No dejó salir ninguna palabra de su boca al respecto, dejaría que ella misma se diese cuenta de lo que verdaderamente importaba, que la belleza es sólo símbolo de caducidad.

Pasaron varios días. Margaret seguía cada vez más trastornada en que perder peso traería a sus amigos y los demás la verían como una persona bella (de cuerpo-no de alma). Vomitaba sin impulso, a cada comida su paso por el baño era diario, ofreciendo un "provecho" y retirándose impetuosamente a encerrarse en su cuarto y allí dentro encerrarse en el baño. Cada vez más delgada, famélica, consumida por un vicioso deseo. Lo obvio aún no era tan notorio.

Su hermano ya estaba en casa luego de dos semanas internado en el hospital. Su estado de beodez fue mejorando muy bien, desde aquel momento prometió no volver a beber una gota de alcohol para no perder los estribos. Mario vigilaba a Margaret cuando se encontraba en casa.

Se lamentaba por no tener las llaves de su cuarto, pues era allí donde en realidad se daría cuenta de lo que estaba sucediendo.

Una mañana se levantó temprano, el hambre le retorció el estómago, la ración que había comido la noche anterior era mínima y lo poco que comió terminó vomitándolo en el baño. Ese mañana se comió una caja entera de chocolates que encontró escondidos en el refrigerador. En la penumbra de la habitación devoraba cada trozo. Inconsciente. Todo la turbaba. Acabó por comer y quedándose dormida se olvidó que tenía que devolver lo que

había ingerido. Sin pensarlo, al despertar, largó en llanto.

Se había quedado sin aliento pensando que había consumido tantas calorías en vano, que su cuerpo podía volverse gordo, ser un monstruo.

-Margaret, ven a desayunar, tienes que ir al colegio- habló Gaide desde la cocina.

-Espera ya bajo.

Hizo esperar a su madre intentando descargar aquellas calorías acumuladas en su cuerpo. La azoraba. Necesitaba librarse de ellas a toda costa, cueste lo que tenga que costar. Por más que lo intente 100.000 veces, su cuerpo no adoptaba las ganas de vomitar. No logró hacerlo.

Abrió la puerta de su habitación casi en una situación crítica.

Sus fuerzas eran más débiles aún. Por un instante sintió desvanecerse.

Esa mañana su actitud anoréxica se notó demasiado.

En la mesa familiar negó toda clase de comida, hasta dejó de lado la "dieta naranja" por optar por algo mejor y seguro, "la dieta cero".

-¿No vas a comer nada Margaret? – preguntó Marcos.

-No, no tengo hambre- susurraba mirando al plato que tenía en frente.

-Tienes escuela y últimamente no comes mucho. Estas en pleno crecimiento, debes alimentarte bien.

-No Marcos, no insistas. No tengo apetito.

-Margaret, hija, tu hermano tiene razón. Debes alimentarte bien. De cualquier manera te voy a preparar un sándwich para que lleves.

-No te molestes; igual no lo voy a comer.

-No es molestia, eres mi hija y sabes que te cuido- dijo la madre, tomándola cautelosamente la mano.

-Bueno, vamos que ya se hace tarde- proclamó Margaret.

-Ya vamos; espérame un minuto que preparo y vamos de inmediato.

-En serio, mami, no insistas- su voz se quebró en una súplica.

Ella no hizo caso, fue hacia la cocina dejándolos solos.

Los tres hermanos quedaron totalmente solos en aquella habitación; mirándose como desconocidos. El silencio parecía hacerse eterno. Hasta el ruido de las moscas que revoloteaban se escuchaba. El viento hacía volar las cortinas del comedor.

El clima, tenebroso.

-Y bueno... Margaret, porque últimamente actúas con esa rareza. Tú no eras así.

-Eso no es de tu incumbencia Marcos, yo no te he interrogado por tus acciones.

-Yo soy mejor que vos y sé lo que hago.

-Eres mayor. Sí claro está que de edad, pero puede que tengamos o no, tal vez, los mismos pensamientos.

-No le hables así- habló Mario, con cara de descontenta.

-Pues bueno, que él no me provoque- musitó Margaret entre dientes.

-Marcos tiene razón. Tú no eras así, no te comportabas de esa manera.

-Hijos, vamos que llegaremos tarde- interrumpió Guide.aniela González Miss Hueso44 45Se levantaron de la mesa con una impetuosidad enardecida. Margaret llevaba en pensamientos que muy pronto su familia se enteraría por lo que estaba pasando; pero eso era lo de menos, sabía que lo que estaba haciendo lo hacía feliz y pronto daría un buen desenlace.

Subir al auto fue el escenario perfecto para que el silencio sea el protagonista principal. Todo el viaje fue inescrupuloso. Nadie se tornó valiente para decir palabra alguna. Ese día que fue martes, Margaret tenía un examen de filosofía; por desgracia no había estudiado nada. Saber la vida y obra de platón y Sócrates le valía cuernos. Tanto Marcos y Mario habían subido sus calificaciones durante su estadía en el colegio, le había prometido a su madre que lo harían y así fue. En cuanto a Margaret, todos sus amigos le volvieron a hablar. Pero no era porque había reducido de peso, sino porque últimamente era muy compinche con el profesor de

turno, era por interés que ellos se volvieron a acercarse.

-¡Margaret!, esta noche se hace una fiesta en casa de Lucas. ¿Quieres ir?

-Sí claro, no tengo problema. Pero por las dudas preguntaré a mi madre.

Al darse cuenta que todo a su alrededor cambiaba a su favor, su ego aumentaba. Ya nada quedaba de aquella niña de corazón incomparable, omnipotente.

La fiesta aquella noche empezó tarde, como cualquier fiesta de adolescentes. Hubo una sola pregunta que la turbó, < ¿qué="" vas="" a="" comer="" margaret?="">> No podía hacer nada. Debía comer. Lo hizo. Sentir la comida en su boca era un placer único, no había probado comida sólida hace muchísimo tiempo. Comió un trozo de pizza de queso.

Fue lo primero y último que había probado. Su estómago no tuvo la capacidad de digerir esa cantidad de comer en un tiempo tan reducido, salió corriendo al baño, estaba estallando en vomito. Sentía la comida en la garganta, ella no lo había provocado, su propio cuerpo se acostumbró a no llevar nada en el estómago. No se daba cuenta del daño que se estaba causando.

Al llegar al baño sus "amigas" siguieron sus pasos.

-¡Margaret!- gritaron golpeando la puerta.

-¿Estas bien?- del lado de adentro no se oía nada- Contesta amiga, te vimos corriendo y nos preocupamos.

-¡Cállense! Estoy bien, váyanse no quiero hablar con nadie.

Su egocéntrico ser se adueñó de ella, pero acabó por vomitarlo, literalmente.

Las chicas se fueron dejándola sola y a oscuras. Empezó a llorar incólume, sus vagos recuerdos y a la vez fornidos con su padre la atormentaban. Por más que lo intentó él iba a estar presente en todos sus actos. Incluso en un desvarío de perder peso. Descontroladamente.

Al salir del baño, camino en dirección contraria al salón en donde tenía que ir. Se dirigió a una habitación e interrumpió un amor de verano que estaba a la penumbra. La abrió sin querer la puerta de la recámara y los vio besándose como dos prófugos, para sorpresa o eran una pareja

homosexual.

Bajó y volvió a la fiesta como si nada había pasado. El vestido que estaba usando notaba excesivamente sus curvas huesudas; solo podía pensar que estaba como siempre quería –Ser sexy-. Todos la miraban y no por el hecho de ser una muñeca, sino que su extremo marasmo.

Bailó hasta el cansancio, es decir, en menos de una hora ya estaba extenuada; su apatía por el hecho de no haber probado bocado se hacía sentir a cada paso que daba en la pista. Al cabo de una hora de estar allí, se quería ir, estaba agotada. Uno de sus amigos la llevó a su casa, en todo el camino no cruzaron palabra alguna. Se enteró años después que le sabía por lo que ella venía atravesando, pues tenía amigas que tenían los mismos síntomas.

Al llegar a su casa se saludaron, sus recónditas miradas escupían la verdad de la noche. Margaret era una anoréxica, enterrada en un dolor olvidado.

Toda la casa estaba a oscuras. En un rincón se encontraba Gaide, esperándola, como lo hacía y lo hace hoy en día.

-¿Cómo te ha ido en la fiesta hija?- preguntó

-Bien, bien.

-¿Podemos hablar?

-Sí- Susurró Margaret. [aniela González Miss Hueso46 47](#)

-Vamos a mi cuarto ¿Te parece? Caminaron hacia la habitación. Margaret con voz lánguida y con la garganta roja de tanto obligar a que vomitara no pudo decir palabra siquiera mientras subía por las escaleras.

En cambio, su madre la hablaba sin límites, tratando de descifrar un acertijo que en su rostro las piezas encajaban.

Al llegar se sentaron en la cama, era increíble la virtud de Gaide para entablar conversaciones y esa noche se notó demasiado. Efectuó tantas preguntas desde < ¿cómo="" te="" fue="">>, hasta donde quería llegar en realidad < ¿tienes="" algún="" problema="" con="" la="" comida="">>. La última pregunta fue crucial en el interrogatorio de tipo

gastronómico que su madre trataba de sobrellevar.

-No tengo ningún problema con la comida. ¿Qué estas insinuando?

-No es para que te alteres. Es que últimamente he notado que comes poco y evitas la comida que antes hubieras dado la vida por comer más y más- sollozó tomándola de la mano.

El silencio se tornó aterrador. Margaret quedó entre la espada y la pared sin poder decir algo a su favor. Y mirando hacia abajo dijo:

-No quiero ser una gorda infeliz; como tú.

Fueron las únicas palabras que dijo durante la plática. Su madre quedó muda por un instante y retirándose del cuarto dijo...

Esa noche ambas lloraron. Derramando su dolor en la almohada. Con lo cansada que se sentía Margaret no pudo conciliar el sueño, aunque lo intentase sería en vano su esfuerzo. Lo mismo le sucedió a Gaide; el remordimiento le carcomía el estómago, pensar que su hija estaba así y puede que era por su culpa.

Al día siguiente su desvelada salió a la luz. Recuerda Margaret que ver al alba tocar su ventana fue algo que la llenó de emoción dejando de lado su tristeza desvariar por la misma.

En el desayuno, ya no tuvo miedo de no tener una excusa inverosímil para que no la descubriera cubriendo aquella enfermedad que se escondía tras un inmenso dolor.

No tocó nada, absolutamente una mínima migaja de lo que estaba servido sobre la mesa. Sus ojos estaban hinchados, destapando la cruda noche pasada.

-¿No comerás nada Margaret?- replicó Marcos.

-No molestes. No tengo hambre.

-Está bien, está bien, solo preguntaba.

-¿Quieren que los lleve ya al colegio?

-Sí, vamos. Ya se me hace tarde para mi clase- musitó Margarte escabulléndose con la mirada en la bolsa de galletitas recién horneadas,

tratando de disimular el hambre.

Margaret tenía ganas de volver a ver a aquel profesor que la conquistó con su encanto y su cultura alocada por las letras. Pero algo había cambiado esa mañana. Al entrar al aula, se presentó la directora acompañada de una mujer, de anteojos, flaca como una muñeca y una mirada misteriosa que podía atrapar. A la primera impresión, una profesora.

Ese lunes por la mañana el profesor Alfredo no asistió al colegio y estaba destinado a no hacerlo más. Esa profesora era una cruel titular y él un simple profesor suplente. Desde aquel día no lo volvió a ver nunca más por el colegio. Solo lo llamó en sus vagos recuerdos de adolescente.

Pasó todo un mes en el cual la rutina fue siempre la misma, nada había cambiado, excepto la relación con su madre en el cual las últimas semanas habían mantenido discusiones alimentarias.

iss Hueso49CAPÍTULO TERCERO

-El arma preferida de mama era el rodeo; el viejo, en cambio usaba y abusaba del silencio anulado- le decía al abuelo con el que tiempo atrás había cruzado palabras.

-¿Ellos entienden por lo que estás pasando?

-Lamento tanto que no.

¡Mesero!. Traiga dos cafés y un trozo de pastel.

-¿Me decías?

-¿El pastel lo comerá usted verdad?

-No te aflijas; sí, lo comeré yo.

-Creo que tu problema no es verte flaca. Creo que fue tu dolor lo que te llevó a negar la comida. Creo que fue...Sí aquí por favor. No gracias, el azúcar le agregó yo.

-Creo que el fallecimiento de tu padre causó tu anorexiaEl café como ritual, como misterio masculino, tenía para felisberto dos colores de atracción. El colorido arte de conversar- conversador ineludible- y el color de un día gris por la mañana.

-Esa palabra... esa palabra la había escuchado en el hospital- dijo agitándose veleidosamente.

-¿Hablas del S.kiara?- preguntó llevándose el trozo de pastel a la boca- y agregó: pues es allí donde atienden a los chicos y chicas con esa enfermedad.

-¿Entonces es una enfermedad lo que tengo?-Sí mi niña, estas enferma.

Su sentido de complicidad no desfalleció nunca. Felisberto un veterano de una casa de hogar. Humilde pero acogedora y abierta para quienes aniel González Miss Hueso quisieran acomodarse allí. Se encontraban o en realidad el destino los topaba juntos todas las tardes cuando el sol ya desvanecía.

A pesar de los conflictos con Gaide, nunca bajó los brazos o en este caso nunca dejó de vomitar para poder adelgazar. Pasó un largo tiempo para que Gaide se dé cuenta de que por más que haga todo, Margaret no iba a cambiar de idea. No cambiaría de idea a la que tanto fervor se amarró.

La recóndita conversación terminaba a las nueve de la noche, ya que debía ir al colegio al otro día. Era su único amigo, el único que le quedaba, el auténtico y no un como lo eran los de la escuela.

-Debo irme- anunció levantándose y corriendo la silla hacia el interior de la mesa- . La conversación de hoy estuvo exquisita; espero verlo mañana por aquí.

-Lo siento nena- habló lánguido- Mañana tengo turno con el cardiólogo.

Tengo que viajar.

-Usted nunca me dijo que estaba enfermo del corazón- replicó.

-Pensé que te había contado. Ya sabes... la edad te altera hasta la memoria. Discúlpame.

Su jubila mirada se consumió.

-Quédese tranquilo. Pasado mañana me cuenta. Hasta luego Felisberto, lo quiero- saludó con tono desolador, como que le estuviera arrancando la vida.

-¡Hasta mañana chiquita! Quedó en el café sentado, con su único compañero y mal invitado; la soledad. Íntima y sigilosa soledad de una noche con recuerdos pasajeros.

En la pared hacía dos años que habían quitado el cuadro con la hoguera simbólica y la mujer puros ojos. En su lugar habían colgado uno de esos almanaques suizos que tienen un enero de 1997 con asombrosas montañas pulcramente nevadas y primorosas casitas a las que solo falta darles cuerda para que entonen su stille nacht.

Desde su mesa se podía ver la calle. Se notaba que los vidrios no fueron limpiados ese día. Una mujer llevaba consigo a cinco chicos revoltosos.

Uno de ellos estaba a punto de cruzarse cuando un hombre lo detuvo encarecidamente. Evitó una gran tragedia. Pero la mujer echó un vistazo al hombre y siguió caminando.

Era un hombre puntual. Nueve y media estaba en su casa, preparado para dormir. Pero esa noche no lo fue; llegó con media hora de retraso.

Sus pensamientos volaban, el café no sabía igual sin la compañía de ella, nada sabía igual desde que ella enfermó. Cuando acabó dejó diez pesos de propina como lo solía hacer y se dirigió por la misma avenida que siempre lo hacía. Una monotonía letal. Estaba casado. Con una señora a la cual los años empezaban a notársele como ciruelas maltratadas por el sol, los ojos apagados y todo el cuerpo disminuido por los signos de una vejez injusta. Injusta.

Felisberto caminó entre la muchedumbre de gente que había esa noche en el café. Abrió la puerta, sigilosamente, y salió por una avenida acechada por vehículos de todo tamaño y color. Caminaba como si el mundo se estremeciera a sus pies.

Cuando Margaret llegó a su casa, su madre estaba –como todas las noches– leyendo a Benedetti. Su favorito. La escena no era sorprendente; toda una colección acomodada en una biblioteca ya casi olvidada.

-¿Cómo estás? - habló Gaide, cuando notó que una luz se prendía a lo lejos.

-Bien madre ¿Y vos?

-Bien –respondió Gaide mirando fijamente el libro, tratando de que su respuesta fuera la más sensata de todas para no desviarse de su lectura.

-En la nevera te deje comida- agregó

-Está bien- respondió con tono piadoso - . Pero creo que hoy no comeré.

Y así fue, no comió bocado de lo que Gaide le había dejado.

Al despertarse la mañana siguiente servía en su plato (como desayuno-almuerzo-cena) una naranja y un trozo diminuto de pan;

-Creo que hasta las hormigas comen más que vos- dijo Mario sarcásticamente, jugando con una cuchara sobre la mesa. Ella vaciló antes de contestar.

-Puede que sí. Pues hoy no tengo apetito.

-Creo que estas enamorada.

-No, ni loca- habló lanzándole una mirada iracunda.

A pesar de que su cuerpo se negaba a bajar de peso, lo hizo. Consiguió Aniela González Miss Hueso52 53 reducir tres tallas en un mes. Vestimenta que antes solía usar en destruidos recuerdos, ahora milagrosamente se los ponía.

-¿Sigues con esa idea absurda?- decía a menudo Marcos mirando al suelo.

-Cuantas veces he de decirte que esta no es una idea absurda. Querer verse bonita no es absurdo Marcos.

-De la forma en la que pretendes bajar creo que sí es una mala idea.

Utópico.

Se volvía habitual esa clase de conversación en la mesa.

Cuando iban al colegio en el auto no se hablaba. El decir, solo el silencio podía ser protagonista de la escena. Gaide se encerró en su angustia; una tristeza que solía ser fácil de entender, pero llegaba un punto que tenía que dejar de lado su dolor y centrarse en las personas que todavía tienen vida.

Sus hijos.

Las clases dictadas en el colegio eran como las anteriores, infames y aburridas. La nueva profesora apenas si se levantaba del banco a explicar, una apatía completa. Y si pedías dos veces la misma explicación te llevabas un regaño peor del que tu padre podía darte.

Cuando tocaba la campana para salir, todos querían escapar por la puerta, una puerta tan chica en tamaño y tanto el contenido que quería escabullirse por ella. Cuando al fin logró salir, se dirigió a su casa para "almorzar", fue allí donde el destino la topó con un vagabundo tirado en plena avenida.

Estaba descalzo, vestido con unos vaqueros y una camiseta gris, los cabellos leonados alborotados alrededor de la cabeza, tenía el aspecto de recién levantarse. Pedía limosna.

-¡Señorita!, ¡Señorita! – suplicó el pobre hombre llamando la atención de Margaret.

-¿Qué le sucede? ¿Le pasa algo?- preguntó está acercándose.

-Me puede ayudar... necesito ir a un hospital, me duelen demasiado las piernas –habló con sufrimiento, tomándose las piernas.

Margaret estaba consiente que aquella situación la llevaba a un pasado automático. Era como ver a Marcos pidiendo ayuda de la misma forma y en la misma situación. Un andrajoso.

Al fin pudo decir palabra:

-Venga. Y agregó: lo llevaré al centro médico de...La interrumpió

-No, señorita no tengo un miserable centavo. Lléveme al Kiara.

Ella se acercó para tomarle de la cintura, ayudarlo a caminar. De su cuerpo expedía un olor repugnante, casi moribundo.

-Pues... no es privado- contestó con zoncera.

-Está bien, está bien. Si lo deajo, ¿Puede caminar por si solo?

-Creo que sí.

-Bueno, haremos el intento.

V asto que caminara dos pequeños lánguidos pasos para que el

vagabundo cayera sobre la hierba. No logró apoyarse por sí solo.

-Venga, venga. Iremos despacio, pero iremos juntos.

-Creo que probar muchas veces lleva al fracaso- habló con una risita oculta.

-Pero lleva al éxito- contestó ella, siguiéndolo.

En el resto del camino no dijo palabra alguna. Concentraba toda su fuerza en cada paso que daba. Como que si en cada uno el mundo se hundiría.

Quedó en observación. Ella no podía entrar a la sala con él, así que quedó sentada al frente del altar de la virgen. Un altar que relucía diáfano.

Fue puesta una semana antes.

La observaba en sigilo; era bonita muy bonita. Sus ojos delataban el dolor de las tantas personas que cruzaron por aquel hospital. Renovado hospital; lo habían pintado y cambiado aquel color y clima a inhumano.

Con ese aspecto inspiraba a consolución, a tener esperanza, a tener vida.

Tener vida, eso anhelaba un mes antes. Ser fuerte, tener una vida de más -extraviada al menos- para donarle a su padre.

En aquella espera pudo escuchar el canto no comprometido de un grillo. A su izquierda y a medio metro se encontraba una señora, colosal, que llevaba en sus brazos una chiquilla pecosa, callada como agua que corre por los ríos.

Pasaron unos veinte minutos y al fin salió.

-¿Qué le dijeron?- preguntó levantándose de un salto de la banquilla. aniela González Miss Hueso54 55

-Es una enfermedad... en realidad no sé cómo se llama, lo he sufrido desde los once años- dijo sombrío, tratando de interpretar sus propias palabras.

La mirada de Margaret se desvió cuando el doctor se acercaba al lugar donde ellos estaban.

-Allí viene el doctor, ¡Doctor! ¡Doctor!- levantó la voz. La mirada de la niña se situó en ella.

-¿Puede explicarme que es lo que tiene?Éste respondió con una pregunta rotunda:

-¿Es su padre señorita?El aire frío había cambiado

-Sí- Respondió a quemarropa.

-Su padre padece de Osgood- Schlatter.

-¿Y qué es eso doctor?- preguntó perpleja

-Bien te explicaré. Pero pasemos a mi consultorio.

Pasaron. El consultorio estaba al fondo del pasillo, los recuerdos volaron mientras caminaban. El doctor era muy profesional para preguntar siquiera un < ¿y= "" cómo= "" estás?= "" >>, se limitó todo tipo de platica. Dentro del consultorio había un escritorio que deslumbraba, una silla móvil, y unos cuadros fantasía de Da Vinci.

El doctor sacó del maletín una radiografía. Y empezó a explicar en su adiestrada habla.

-Es una hinchazón de la protuberancia en la parte frontal y superior de la tibia, llamada espina tibial. Generalmente afecta puerilmente, pero observo que su padre es un caso especial.

Y agregó: ¿Usted no ha sido tratado nunca?Margaret giró su cabeza buscando en los ojos del vagabundo una respuesta.

-No- respondió acercándose a una de las sillas móviles que estaba en un rincón y sentándose en ella.

-Eso me parece muy extraño. Y agregó: bueno... espero que siga con el tratamiento que le acabo de dar, y no se quite la rodillera por favor- dijo levantándose.

Margaret que quedó parada le hizo señal inusual a Emilio para irse. Este no hizo caso omiso, fijando su mirada en la ventana.

El doctor los miró y se retiró del recinto. Quedando solamente y exclusivamente los dos, siendo público para el grillo que cantaba a sus espaldas.

-¿Estas bien?- preguntó Margaret dejando a un lado la distancia.

El movió lentamente la cabeza para asentir.

-¿Por qué dijiste que soy tu padre?

-Hable más despacio... -dijo en tono amigable-. Lo dije porque sé que si no eres familiar del paciente no pueden atribuirte información. ¿Me entiende?- dijo volviendo al formalismo.

-Sí, entiendo. Y gracias.

-¿Dónde va a pasar la noche?- interrogó metiéndose en algo muy íntimo.

-Todavía no lo sé- dijo lentamente, como si pronunciar esas palabras le apenaran-. Tal vez vaya a la estación de trenes, tienen unos asientos muy cómodos ¿Sabes?, e incluso...

-Espere, espere ¿Duerme en la calle?- preguntó Margaret interrumpiéndolo.

-No tengo casa, es decir- empezó y su voz se apagó.

-Salgamos del consultorio- dijo ella, invitando a salir de allí-. ¿Lo ayudo?

-Sí, sí. Por favor.

Las palabras

Lo volvió a tomar de la cintura; caminando a pequeños pasos lograron salir del hospital y sentarse en unos bancos que estaban afuera. La suciedad los tapaba, al parecer solían ser blanco, pero ahora habían tomado un color casi negruzco.

-¿Hace cuento estas así?- inició ella la conversación.

-No hace mucho.

-Veo que no quieres hablar del tema. Lo entiendo, nadie querría.

El silencio se emanó en él.

-¿Y si te propongo que duermas en mi casa?aniela González Miss Hueso56
57

-¿En tu casa?

-Sí. Es decir, en la cochera. Al menos hasta que consigas un lugar mejor para hospedarte.

-Es mejor que me vaya. Se está haciendo tarde – respondió con mala gana.

-¡No te vayas!, ven a dormir en mi casa. Te estoy ofreciendo de caridad – insistió –. Por favor.

Se hizo de rogar, como un vagabundo vanidoso, pero ella tenía ese don de poder de convencer a cualquiera.

-Se levantó y se acercó a él tomándole del brazo. Verdaderamente el olor emanaba en él; necesitaba un baño urgente.

-¿Te quedarás? – preguntó con insistencia.

-Está bien. Solo porque tú me lo pides – habló como que si la voz ya no le quería salir –. Solo por un tiempo.

Esa noche lo llevó a su casa, Gaide no estaba enterada de su tragedia.

Fue al día siguiente que por ruidos fantasmales provenientes de la cochera se enteró.

Pegó un susto horrendo. Y tanto como el vagabundo

Sentados en la cocina no podían decir palabra alguna. Emilio se moría de la vergüenza y Margaret del miedo a un castigo más grande que su

cabeza. Hasta que la voz autoritaria pegó entre las paredes:

-Haber... Margaret, tú señorita dime, explícame que es todo esto – Preguntó más por autentica curiosidad -. ¿Quién es este hombre? Las comisuras de la boca de Margaret se crisparon.

-Lo encontré en la calle – respondió al fin.

-Ah. Entiendo; ¿o sea que traerás a casa a cada persona con la que te topes en tu camino? – preguntó con tono sarcástico.

-No, no. Lo encontré vagabundeando en plena avenida. Me pidió ayuda y no... Emilio la interrumpió

-Señora no se preocupe; a su hija no le pasó nada – dijo levantándose –.

Ya debo irme Margaret.

-¡No puedes irte!, No tienes donde vivir... - negó levantándose también de la mesa.

-¡Espere! – Habló Gaide -. ¿Usted en realidad no tiene un lugar donde vivir? Él dedicó una mirada la cual daba respuesta a todo.

-No – Asintió

-No puedo dejarlo así. Puede quedarse todo lo que quiera.

El repentino cambio de Gaide puso colorada a Margaret.

-Ah... pero antes, Margaret cuéntame todo lo que pasó desde el principio – preguntó siguiendo a su curiosidad.

Ésta dio una rápida mirada a Emilio.

-Está bien. Su nombre es Emilio; lo encontré en la calle con un dolor de rodilla desolador, me pidió ayuda y no se la pude negar. Lo lleve al hospital S. Kiara – su voz se tornó baja por un momento - . Por eso es que tardé en llegar para el almuerzo.

-¿Y cómo pasó sin ser percibido? – la interrumpió

-Lo hice pasar por detrás, y como sé que el auto no se ocupa, lo dejé en la cochera. Temí en decírtelo. Lo siento madre.

La luz de la tarde entraba oblicuamente a través de las cortinas descorridas. Ella miró a Emilio desconcertada.

-Bueno, he escuchado bastante – dijo levantándose.

-Tal vez nos pueda ayudar en casa, digo... como papa...

-No hables, mejor cállate Margaret – dijo, y dando media vuelta se dirigió a la cocina. Y añadió cuando estaba a punto de abrir la puerta: pero hasta que consiga algún otro lugar.

Se abrazaron. Nada había cambiado en el aspecto y olor de Emilio. Lo que había cambiado era el pensamiento el él hacia Margaret. Al abrazarla quedó asombrado por tocar su espalda huesuda y frágil que tenía. Podía decirse que estaba más flaca que el vagabundo. Cuando el abrazo acabó, la miró con desconcierto, tratando de disuadir una nube de interrogativos.

Pensaba que tal vez esa era su fisonomía natural, lo que no podía entender era por qué una chica tan linda no usaba otro tipo de ropa y no esa vestimenta suelta.

-Margaret ¿Tú eres así de flaca? – preguntó examinándola
Miss Hueso 58 59

-Dirás, así de gorda.

-¿De qué hablas niña?, estas demasiado flaca. Tienes 16 años ¿verdad?

-Sí, pero... ¿Y eso tiene algo que ver? -Sí, esta anémica.

El silencio volvió a hacerse presente. Ella bajó la mirada contemplando un suelo sucio.

-Me ofendes – habló al fin Margaret.

-Siento haberte hablado con brusquedad – dijo tratando de no volver a meter la nariz en asuntos que no le corresponden – .Discúlpame.

-No pasa nada, olvidémoslo – habló tomándole de la mano y llevándolo a la cochera –. Vamos a arreglar un poco tu nueva casa.

Al caminar hacia el garaje sintió el cuerpo debilitado como si llevara una mochila que la cansaba a cada paso. El clima del garaje era lo suficientemente agradable. Cuando la puerta de éste se abrió, una rata se escabulló dentro de unos muebles de roble olvidados en una esquina. El auto brillaba de una mugre en todas sus partes; el suelo estaba embadurnado de una gruesa película de suciedad como si nunca hubieran

limpiado el aparcamiento.

Margaret movía sus brazos tratando de desvanecer el polvo levantado por sus propios pasos. Emilio quedó estático en la entrada, viéndola.

-Ven – dijo, moviendo los brazos de manera cada vez más constante –
.Acércate, que la mugre no te asuste.

-Despreocúpate, que no es la mugre lo que me aterra – añadió.

Lo tomó de los brazos, clavándole la mirada.

-Cuando pueda decírtelo. Lo hare – carraspeó –. Ahora, arreglemos este lugar. Parece una ciénaga.

-Ignoraré mi curiosidad; Movieron muebles, libros que con solo tocarlos se deshacían de viejos, dos tazas de té de porcelana (en buen estado), tornillos, bujías, clavos.

Entre tantas cosas ya olvidadas.

Cuando al fin acabaron, ella se dio un baño. T enía que asistir al colegio.

Las horas de clase se habían atrasado y le daba tiempo para desayunar. Pero en su mente ya estaba escrita esa meta sin corazón

Emilio la invitó a matear luego de acabar con la limpieza. Esta negó rotundamente la invitación, poniendo una excusa sumamente valida:

Ella si debía estudiar, pero lo tenía que haber hecho el día anterior o varios anteriores.

Caminar por la misma avenida ya no le sonaba placentero, se volvió tedioso. El día estaba nublado de vez en cuando, los rayos de sol lograban sobrepasar y llegar a la cabeza descubierta de Margaret. Faltando tan solo media cuadra de ingresar, una voz violenta llamaba a sus espaldas.

-iMargaret!, espérame.

Era Emilio caminando hacia su dirección, con algo en la mano que metió con suma velocidad en los bolsillos de una campera muy conocida.

-¿Sucede algo? – preguntó dándose vuelta y lanzándole una mirada huronea.

Cuando al fin se acercó, jadeante. No dictó palabra, agachándose y tocando con sus manos las rodillas en señal de un cansancio ya previsto.

-Quería acompañarte, simplemente – su voz era suave y meditabunda.

-¿De veras?

-Si – respondió cortante.

Aunque Margaret tratará de eludir lo que Emilio en realidad quería saber no podría. Podían tener presente sus interrogantes en cada mirada devuelta.

Su tremulosa pierna daba indicios de que caminar a una velocidad mayor que la de promedio no era buena idea. Margaret acompañaba su ritmo sin preocupación ya que siempre salía media hora antes de clase para poder ser la primera en elegir entre todos los bancos el mejor. Siendo una egoísta de primera.

-Bueno, aquí es. Es mejor que vuelvas a casa y te recuestes – anunció lanzando una mirada a la institución y luego fijando los ojos en él.

Él la miró. Hubo un silencio cuando dejó de hablar.

-¿A qué hora regresas a tu casa? – preguntó Emilio, emitiendo un pequeño siseo, aspirando entre dientes.-A las 12.

-Puede que te venga a buscar – anunció sin dejar de mirarla.aniela
González Miss Hueso60 61

-Está bien. Pero si no puedes, deja, es decir, deja que venga mi madre.

-Está bien – dijo y dirigiéndole una rápida mirada saludó:

Las ganas de que él ya se fuera reinaban en su corazón.

-¡Espera! – advirtió Emilio cuando ésta ya estaba a dos pasos de ingresar por la puerta principal.

-¿Sucede algo? – hizo la misma pregunta de segundos antes. Dio media vuelta.

-Sí, toma – extendió sus brazos sigilosos –. Cómelo por favor; me da cuenta que no has desayunado y te hará mal forzar tu cerebro sin antes darle un poco de fuerza.

Sintió que el estómago le daba un vuelco. Al fin estrechó sus brazos y lo tomó.

-Está bien, si esto te hace feliz.

Agarró en sus manos al turrón. Lo contempló. Aferrándose a él de una forma tímida pero a la vez súbita. Se remontó a un pasado, a uno tan lejano que la acechaba con recuerdos de un progenitor.

Aquel andrajoso podía voltear los recuerdos más pueriles. A pesar de que ya un mes y medio había pasado, seguía más presente que nunca.

En cuanto le se alejó unos metros; sin pensarlo lanzó el turrón al cesto de basura. Lo arrojó de una manera facilona. Ya su uniforme le quedaba grande. Daba jolgorio verla así.

Sentada en un recinto ya casi desconocido. De esa chica locuaz ya no quedaba nada. El aire flotaba libre por la inmensidad, y a cada suspiro pensó en él, en Alfredo. Un amor ingente que va más allá; su primer amor y su primer olvido.

Plenamente desconcertada, sus calificaciones quebrantaron al máximo.

Quedó en el olvido esas notas de nueve o diez, ahora eran de cinco o seis (máximos).

Cuando al fin llegó la hora de la salida, esperó a Emilio en la puerta.

Había tardado un poco en llegar, pero lo hizo. Nada había cambiado en él, seguía igual en todo.

-¿Qué tal el colegio Margaret? – preguntó Emilio.

-Bien – contestó con amargura.

-Me contó tu mama que...

-Todo lo que diga Gaide es execrable – habló interrumpiendo

-Pero tu madre te ama.

-Ella no me ama. Solo tenía ojos para mi padre y desde que el murió solo se pasa en la biblioteca leyendo novelas románticas con finales fantasiosos y felices. No piensa en nosotros – Soltó aire con cautela.

-Tú egocéntrica declaración puede que me haya conmovido; pero eso no significa que tu madre no te quiera, no los quiera – le dirigió una mirada rápida -. Hablé con ella mi niña, y su etérea seriedad sirvió para darme cuenta – agregó.

Se negó a seguir hablando. El silencio reinó.

Caminar era un ejercicio móvil, módico para ella. T al vez eso la ayudaría a bajar de peso mucho más rápido. Y así fue. Al llegar lo primero en hacer era recostarse. El cansancio la atrapó; anhelaba como majaceta poder acostarse. Hacer lo que fuese ya no tenía significado. Solo anhelaba pasar ese día (con vida).

Su almuerzo consistía en un trozo de pan y la infaltable naranja. Se encerró en su habitación y en un rincón se puso a llorar; sin consuelo, sin serenación. Esperando que la noche cayera a sus pies para por fin volver a ver a Felisberto. De alguna forma u otra él sabía calmar su ansiedad, esa maldita ansiedad que la rebuscaba. No era de acero, más de una vez se devoró más de la ración acordada. Como siempre esa cantidad salía despedida con un vomito bien provocado.

Al fin llegó la noche, salió casi en vuelo hacia el café. Sus ojos la descubrieron.

-¿Vas a salir? –preguntó Gaide, poniéndose pedante i incrustando su tímida mirada en ella.

-¡Bah!, que pregunta – contestó mirándola con frialdad-. Pero sí, iré al café de la esquina, ¿Hay algún problema en eso?

-No. Por nada. Ningún problema.

-¿Quieres que te ayude en algo?, ¿O qué?

-No, no. Es que...

-¿Qué? – preguntó ella insistiendo.

-Nada Margaret. Ve.aniela González Miss Hueso62 63

-Bueno, ¡Chau! – saludando y cerrando la puerta con un estruendo se perdió en la avenida.

La estridencia hizo que Emilio que se encontraba detrás de la casa regando las plantas, saliera corriendo, arrojando todo lo que llevaba en las manos. Asustado pensando que algo había pasado dentro. Cuando penetró al comedor se quedó viendo a Gaide a una distancia prudente, pero capaz de percibir su dolor. Aquel dolor guardado en las extensiones de su alma.

Sin poder hacer nada. Sabía a la perfección que él solo era un arrimado y meter la cuchara en una sopa en la cual no era el chef, eso sí era suicidio gastronómico, o suicidio solamente.

Él la miró con curiosidad y volteándose volvió al jardín. Gaide ni siquiera notó su presencia.

Cuando Margaret llegó, notó rápidamente la presencia de Felisberto sentado, observando aquel reloj. Cambiado, con unos tonos añil que provocaba en cualquiera que pase por la puerta se volteara a admirarlo al menos cinco segundos.

Llegó casi a cuestras; su vejez ya causaba estragos en su cuerpo.

Se miraron; él la barrió con su inhóspita mirada. Cuando ella se sentó se dignó a empezar la conversación esta vez.

-¿Cómo ha estado Felisberto?, ¿Qué le dijeron de su corazón?El silencio fue egocéntrico. Si no fuese por un mesero insolente él estaría callado, más reticente que estar en un velorio.

-Por favor, traiga lo de siempre – atinó a decirle.

-Está bien – respondió el obediente meseroSu mirada se centró en ella nuevamente y salió de su boca...

-He estado bien. Y con respecto a mis análisis, mejor. Mejoré me dijo el doctor.

-Eso es espectacular – expresó Margaret, mostrando una sonrisa jaranera.

Aquella felicidad tapó todo rastro de tristeza antigua.

-Y... ¿Todo bien en el asilo?El silencio se hizo añicos, rompiendo esa fría barrera que al principio se tornó inútil, incomoda.

-Sí, todo bien. Gracias a Dios.

-Gracias mesero; agregó Felisberto.

-Le coloco...

-No, no, el azúcar le agrego yo. Gracias Se alejó perdiéndose entre las mesas.

-Te decía que el asilo todo bien. Aunque pleitos, riñas entre añosos, ya sabes... peleas comunes entre ellos. Pero bueno – su voz vaciló –. Y, ¿Tu? ¿Cómo has estado?

-No muy bien – Murmuró.

-Tu semblante te delata – su voz era suave, y agregó: ¿has probado bocado?

-No, ni me lo mencione. La comida es mi enemiga mortal.

-¿Qué ganas con dejar de lado la comida?

-Mucho.

-¿Qué tanto?-Lo suficiente para tener amigos.

-¿Amigos?, estas con un viejo ochentoso en un café. Cuando en realidad deberías estar en tu casa con amigos tomando el té – dijo, agachando la mirada a la taza de café mientras lo revolvía –. ¿O acaso eso ya no se hace?Margaret se largó a una risa esporádica que contagió inmediatamente a Felisberto.

-En realidad todavía existen niñas que toman el té. Puede que yo sea una de ellas...

-¿Y entonces?

-Y entonces... ¿Qué?

-¿Qué haces aquí?

-Odio cuando respondes una pregunta con otra pregunta – dijo Margaret dejando que su voz se apagara.

-Es que... no tengo amigos; bueno si tengo, pero...Pero ellos no son Álvaro, Gabito, yyy... menos que menos Morena – dejó de farfullar.

-¿Qué pasó con ellos?

-Se alejaron de mí. Y no encuentro la razón.

-Encontrar la razón a veces es difícil.

-Deberías intentar hablar con ellos – agregó.

-Lo intenté, pero se negaron.aniela González Miss Hueso64 65

-Morena no es la chica que...Lo interrumpió

-Sí, sí. Ella es. Quedó embarazada.-Ah.

-Bueno Felisberto... ya no hablemos de mí, mejor cuéntame tú las travesuras en el hospital.

Esa conversación duró diez minutos más de lo habitual. Enriquecedora completamente.

Cuando el café llegó a su punto de agotarse hasta la última gota, Margaret pagó o intentó pagar, ya que siempre Felisberto se las ingeniaba para pagar él. Arrimó la silla zaparrastrosa hacia la mesa y se alejó como siempre con un < ihasta="" luego="" don="" felisberto!="">>Quedaba solo. Pensativo. Cavilando como seguir escribiendo su historia.

Cuando ella llegaba a su casa; pegaba un vigoroso grito para anunciar su llegada.

-¡Mamá!, ¡Llegué! – su aviso tornaba a resonar en todas las paredes.

Gaide no dio importancia de aquella advertencia, siguió leyendo.

Sus ojos ya estaban completamente en desvelo, necesitaba dormir, pero como toda madre y siendo ella un caso especial prefería esperar en silencio en aquella terrorífica biblioteca hasta que sus polluelos estén en casa.

Como siempre Margaret llegaba puntual o al menos esta vez se demoró diez minutos. Poca cosa. Sus hermanos no llegaron ni siquiera a cenar.

Alarmante. Pavoroso imaginar que volvería a suceder lo mismo de un mes atrás.

-Gaide, voy a dormir – se escuchó desde la habitación de Margaret.

Ella no contestó, quedando completamente muda.

-¿Me escuchaste? – se volvió a percibir.-Sí – contestó con amargura.

Eso sí fue limitado. Tanto Gaide como Margaret estaban fuera de sí, incomunicadas. Su relación ya estaba en coma.

La mañana siguiente fue tranquila. El colegio se tornó rutinario. Las horas pasaban rápido como querían. Morena empezó a traer a su bebe; la profesora una que otra vez engañaba a un muchacho o rara vez a una muchacha y esa muchacha siempre solía ser ella. Sus notas se redujeron lo bastante para llevarse una reprimenda de Felisberto; eso sí era excepcional ya que Felisberto no pertenecía a su familia. Gaide no se mosqueó siquiera.

Esa noche se volvió a encontrar con Felisberto, con la discrepancia que esa noche era día de visitar en el asilo y fueron para allá.

Se escabulleron por la puerta principal tratando de no provocar ruido alguno. Fue en vano. Más uno notó la presencia de descabellada de Margaret. La saludaron como correctos y bien educados abuelos. No sacaban la mirada de ella. La seguían con la vista a cada paso que daba.

-¡Hola! – saludaron en conjunto.

-Hola, ¿Cómo están?

-Muy bien – contestaron con placer.

-Me alegro – dijo Margaret, dibujándose en ella una sonrisa hipócrita.

Tomó del brazo a Felisberto que apenas caminaba con su bastón.

-Oye Felisberto ¿Tu cuarto no era aquí? – Preguntó en murmullo, quedando en frente al respectivo cuarto.

-Me lo cambiaron.

Margaret no se dio cuenta, pero tenía que echar un ojo a la puerta semiabierta.

-Ven, ven – dijo agarrándola impetuosamente del hombro.

El cuarto siguiente sí le pertenecía.

Allí estaba Susana, sentada en una silla meciéndose. Se oscilaba de una forma extraña. Dejaba entrever una zona inescrutable flácida surcada de venitas casi violáceas con dos verrugas simétricas que contribuían a dejar malparado el sentido estético de Dios o por lo menos de sus vicarios en el acto de crear cuerpos al azar.

-Hola señora – ella habló tímidamente.

-Hola. Ven, acércate y dame un beso – su voz sutil le agradó.

Margarte acercó su rostro con desprecio, diría que hasta con un milímetro de asco. La besó, claro. A pesar de no conocerla, le caía un cachito bien.

Volvió a alejarse de ella. Parecía temer de su presencia.

-Ven, anda, siéntate y come una de mis galletas.

Echó una rápida mirada a sus costados. En la izquierda había una anielita González Miss Hueso66 67insignificante mesita con dos tazas de té y platitos haciendo juego, colocadas con esmero frente a dos sillones.

-No, gracias. Es usted muy amable; pero ya había comido algo antes de salir de casa – negó rotundamente.

-No, no pongas “peros”. Vas a comer. Hice exclusivamente para vos – dijo, dejando me mecerse y levantándose con dificultad –. Felisberto habla tanto de vos que hasta me asusta, es más, no me parecería remoto si te adoptase.

Largaron en una risa ya casi tirando a la falsedad repentina.

-Está bien, está bien – acentuó Margaret, llevándose una a la boca.

Platicaron tanto de política hasta como cuidar una planta sin necesidad de químicos. Temas variados. La señora Susana era igual a Felisberto, poseía una capacidad inevitable de conversar, ella sí que era su media naranja.

Entre tanto parloteo existió en ese pequeño mundo que armaron las dos, una pausa, un silencio que hizo notar. Felisberto se había fugado. Se había retirado diez minutos después, dejando a Margaret en manos de su mujer.

Ella sintió una presión repentina en el estómago; pero esta vez el sufrimiento no venía de afuera. Se inclinó un poco hacia delante y al fin pudo vomitar, cuando cesaron las arcadas. Dejando el piso recién lavado de doña Susana convertido en un escenario de vomito de galletitas.

La impresión que se llevaron fue mutua. Felisberto que estaba en su despacho no escuchó no estuvo al tanto de nada. Susana no habló. Se levantó del sillón con una destreza olímpica y empezó a limpiar nuevamente el recinto; allí no tenían empleada doméstica ni nada parecido, cada cual debía limpiar su habitación.

-Lo siento – dijo ella, afligida –. No sé qué me ha sucedido.

-No, no me des ni trates de explicarme nada. Ya Felisberto me puso al tanto de todo esto.

-¿Qué? ¿Felisberto habló de todo esto? – dijo pasándose la mano por la boca.

-Sí – Y agregó: Pero no sabía que fuera tan grave meneando negativamente la cabeza.

-¡Espere! ¡Espere! – dijo deteniéndole el paso hacia el cuarto de limpieza.

-Dime.

-Le pido por favor que no le diga a nadie lo que acaba de pasar; ni siquiera a Felisberto. Lo quiero mucho, y no quiero que me regañe. La

verdad no encuentro explicación para lo que acaba de pasar.

Susana no dio una respuesta sensata. La miró y agachó su mirada con impetuosidad tratando de no dar ni un sí, ni un no.

Pasaron diez minutos y la hora de visita al fin se habrá acabado. Margaret salió disparada del asilo, sin siquiera despedirse de su amigo. En esa rápida escapada tuvo la desdicha de chocar con dos personas; jóvenes, al parecer también salían de visitar a alguien.

En esa colisión se le cayeron de la mano de la mujer unos documentos, no lograron mojarse ya que el sentido común de Margaret era muy perspicaz que ellos. A simple vista el muchacho era delgado y recto como un junco, de piel curtida y huesos firmes y de una dignidad a toda prueba. Ella una señorita coqueta que prefiere que se mojen los papeles más importantes a que su vestido se descosa en un intento fallido. En realidad, ellos no encajaban. Sea lo que fuesen, estaban juntos.

Al levantar los papeles caídos, notó en los ojos de los dos jóvenes, la misma tristeza, la misma angustia desolada que su madre llevaba como prenda preferida.

-¡Disculpe!, no los vi – acentuó Margaret, dándole en las manos los papeles de la mujer.

-No, no importa. Nosotros también salíamos apurados – habló ella clavando la mirada en las escuálidas piernas de Margaret.

Su rostro tenía un aspecto foráneo, un cutis tirando a una perfección perfecta.

-Aquí están sus papeles – dijo levantándose con dificultad.

-Bueno, gracias – esta vez tomó la palabra el muchacho observando a Margaret con desconcierto.

-Ya iba de salida así que el acompañó – declaró Margaret guiándolos por una puerta que ellos ya conocían.

-Gracias nena. ¿Para donde es tu casa?, si quieres te llevamos – la voz del muchacho se tornó débil y suave.aniela González Miss Hueso68 69

-No, no hace falta; no se molesten. Mi casa queda acá a unas cuabras y

me hace falta caminar un poco.

¡Pero qué dices! – exclamó la mujer, tomando confianza y agregó: está muy delgada.

-No señorita...

-Señora – la interrumpió con tono energético.

-Está bien, señora. Estoy gorda y lo sé. Nadie me quita de la cabeza este pensamiento.

-Hablas igual a... - habló el chico dejando que sus palabras se mitigaran.

-¿A quién? – interrogó Margaret

-Mejor olvídalo, ya sabes... Problemas de adultos – respondió rápidamente tratando de desviar la conversación.

-Bueno, si no quieres que te llevemos, nos retiramos – sus fanales varoniles descubrían un problema antiguo, quizás algo que la involucraba íntimamente.

-Hasta luego – saludaron llevándose por delante la puerta.

Margaret miró rápidamente al reloj y salió disparada detrás de ellos.

-¡Hasta luego señores!
CAPÍTULO CUARTO
Se marchó a su casa indignada por la situación vivida. Había seguido al pie de la letra el consejo casi obligatorio de su madre < no="" le="" des="" articulo="" a="" aquel="" que="" quiera="" obsequiarte="" un="" dulce="" o="" que="" te="" quiera="" llevar="" o="" traer="" a="" casa="">>. Sabio consejo.

Abrió la puerta de entrada con sosiego. La luz tenue de la cocina era acogedora. Distinguió en la penumbra un plato, se acercó y vio que era la cena que Gaide le había preparado y dejado muy sencillamente en su honor.

Lo miró, una, dos, tres veces y con una angustia ya fatigada se sentó en la punta de la mesa, agarró cuchillo y tenedor entre manos y empezó a comer; Gaide la observaba desde un rincón reservado para la oscuridad.

Apenas si se percibían sus brillosos ojos; Margaret no notó su aparición.

Esa noche fue la primera en la que no vomitó y en la que no intentó por ningún medio hacerlo. Su desgastado cuerpo estaba a punto de quebrarse por completo, se postró sobre la cama y quedó íntegramente dormida.

La mañana siguiente ya todo había cambiado; es decir, su rostro se había trastocado de un tono menos pálido, más sonrosado. Estaba linda, linda.

Se levantó de la cama con un brinco alborozo, lavó su cara, se vistió y bajó. Gaide la estaba esperando debajo. Sola. Completamente sola.

Nuevamente sus hermanos hicieron de las suyas.

-Buen día – dijo ella bajando con lentitud por las escaleras.

-Buen día – contesto Gaide tardando unos minutos en hacerlo.

-Al parecer desayunamos solas. Como lo hicimos últimamente – su tono irónico llevó a una respuesta nunca dada de su madre. *aniela González Miss Hueso* 70 71

-Bueno, yo comeré una naranja – agregó, siguiendo a dar una pequeña risa.

-No hay – advirtió Gaide con tono malévolo.

La risa que había adoptado la apartó de sí en un abrir y cerrar de ojos.

-Pero si siempre hubo naranjas en esta casa.

-Últimamente no. Así que ve y come el pastel de chocolate que he preparado.

-Eee... No creo que sea buena idea – negó con la cabeza, la boca curvándose hacia abajo en las comisuras -. Debe de tener tantas calorías.

Mejor paso.

-Acostúmbrate a la dieta, de ahora en más en esta casa se comerá así -la voz de Gaide había cambiado furiosamente.

-Me parece injusto – murmuró Margaret mirando hacia el suelo.

-Injusto es que a tu edad quieras hacer esas clases de dietas que solo te llevaran a un solo lugar. La muerte.

Salió de la casa dejando a sus espaldas una cruda verdad. Para completar el cuadro perfecto de la desgracia, el tiempo no mostraba buena cara. Una pálida llovizna golpeaba en su rostro, como si hubiera transpirado de ida.

Caminó las ocho cuadras hasta llegar a la escuela. Nadie había asistido ese día. Excepto él, Alfredo.

Sus ojos desorbitados por su presencia. Tal vez venía a dictar clase nuevamente.

Se tuvo que bancar a la profesora titular toda la mañana. Era insoportable, y se tornó más aún cuando se enteró que solo un alumno había asistido y esa alumna era Margaret. Egocéntricamente ella.

Fue solo un destello la presencia de Alfredo, solo hizo unos papeles y se marchó. No la vio. No pudo sacarlo de sus pensamientos en todo el resto del día.

La noche había caído. El cielo todavía diáfano se revelaba. Debía acudir al encuentro con Felisberto, esta vez en la cafetería de la esquina, como lo era habitualmente. No quería ni deseaba tener que volver a ver el rostro de su mujer, puede que ella tampoco después de lo ocurrido.

Cuando se deslizó por la puerta tratando de no hacer tanto ruido para no llamar la atención, captó la mirada de Felisberto que ya estaba esperando; ésta vez se había adelantado un poco. Lo inicuo fue verlo acompañado de un señor. De un bagre con lentes, que al acercarse Margaret permaneció callado, se mantuvo en silencio observándola, como actor de cine mudo, con cara de malandra mal y ropa de yriart.

-Hola. ¿Qué tal? –saludó humildemente y desconcertada Margaret.

La muchacha vio a un lado y otro del recinto, como que si se le hubiera perdido algún objeto de valor.

-Hola Margaret, siéntate hija. T e lo presento, él es Gerardo Hernández, mi primo.

-Un gusto – agregó Gerardo deslizando su trémulo brazo hacia Margaret.

Ella acudió a su encuentro estrechando también su brazo izquierdo.

-Ooo... El gusto es mío, encantada.

-Vino a pasar unos días en la ciudad. Es psicólogo en EE.UU.

-¿Deberás? – los ojos de Margaret se crisparon ante la afirmación, sus manos apretaron fuertemente la mesa.

-Sí – respondió Gerardo sacándole las palabras de la boca a su primo.iss
Hueso73CAPÍTULO QUINTO

-Sabes Emilio, el amor tiene demasiadas aristas desconocidas, suficientes para que salgamos corriendo cada vez que sentimos que el corazón late más fuerte de lo normal.

-¿Eso sientes por él? –le preguntó casi sin pensar.

-Sí. Es decir – vaciló –. Es extraño no poder verlo, sentirlo. Estaba totalmente fuera de mi alcance, pero eso más me enamoraba.

-¿Él lo sabe?

-No.

-¿Se lo dirás?

-No. Ni siquiera lo veo – su voz era sedosa.

-¿Y si lo vieras?

-Creo que no. Es demasiado para mí.

Esa mañana le confesó. Confesó que amaba a Alfredo. La voz de Emilio no era piadosa sino exultante.

Su estadía en la casa seguía alargándose; ya no se quería ir de allí.

Consiguió un trabajo en una panadería del centro, trabajaba de ocho a doce y de tres a ocho. Un buen horario. Llevaba dinero a casa, llevando a cuentas un gran parecido a Nasar. Se volvió habitual en él. Con esos chapuzones su piel aclaró y la maraña que llamaba cabellera se tornó en un rubicundo brillante, con la mugre que llevaba guardada en sus cabellos podía hasta hacer alfarería manualmente.

Gaude a pesar del tiempo aceptó su estadía en la casa. Daba un aire protector. Además era un jardinero de primera.aniela González Miss Hueso74 75La conversación acerca de Alfredo dejó de avanzar. Enseguida tomó otro rumbo.

-Oye Margaret... ¿y cómo te va en el colegio?; no me hablas nunca de eso.

-Es mejor que ni te enteres Emilio – habló, contestando una pregunta con total dejadez.

-¿Y tú boletín de calificaciones?Ella alzó un hombro con gesto de indiferencia.

-Por ahí está.

-¿Por ahí? ¿Dónde?

-Por ahí. Y agregó: Mejor hablemos de vos, hablar de mí es una completa pérdida de tiempo.

-¿Qué tal te va en tu trabajo?

-Muy bien. Tuve la suerte de que mi padre me haya enseñado desde chiquito sobre el arte de ser panadero... es difícil, ¿Sabes?

-Eee... eso es genial, ¿Pero, y tu padre? ¿Dónde está?Tardo unos minutos en contestar, tratando de disuadir la pregunta. Su mirada quedó fija en el suelo, cuya suciedad saltaba y pegaba directamente en sus pupilas. Ella sin embargo se dedicó a apagar su voz con aquella pregunta; era imposible huir de ella.

-¿Para que desees saberlo? – contestó al fin.

-Sabes... me irrita eso de responder preguntando. Es estúpido en verdad.

Los ojos de Emilio se crisparon con una suave capa de agua. Levantó la mirada, pero no respondió.

-Oye, discúlpame. He sido muy atrevida. La verdad es que no sé porque quiero saberlo – habló tratando de que el la comprendiera -. Bueno, en realidad porque me importas Emilio. Y tú lo sabes. Nunca me has platicado de él, bah, si quieres contarme o sino simplemente olvídale.

Sus palabras sirvieron de desahogo para él. Apoyó sus trémulas manos sobre las de ella.

-Tanto mi madre como mi padre me abandonaron en un reformatorio o al menos eso es lo que me dijeron y lo confirmé escuchando detrás de las paredes.

-¿Y porque lo hicieron? – Margaret frunció el ceño ante la sorpresa.

-Según... Porque no tenían dinero para mantenerme – respondió llevándose un mate a la boca.

-No sé qué decirte. Lo que acabas de contarme es muy triste.

-Lo es. Y agregó Emilio – Pero no te aflijas.

-Pero... ¿Cómo fue que terminaste en la calle?

-Por vago. No me gustaba estudiar; en vez de asistir a clases salía y caminaba por toda la ciudad.

-¿Y cómo hiciste para alimentarte?

-Cuando salí del reformatorio me dediqué a la música, tocaba con unos chicos de la villa. Esos gurús sí que eran buenos tocando, me aceptaron automáticamente en su grupo sin ningún problema.

El trabajo de hacer música no me dejaba gran ganancia. Y mucho menos si eres muy poco conocido. Pero bueno, todo trabajo es digno.

La mano de Margaret se retiró de la de él. Se sintió acalambrada por la posición que había adoptado. Se puso cómoda y siguió escuchándolo y formulando preguntas al azar.

-¿Y después que pasó?

-Con el tiempo la banda tuvo que separarse, ya no había la misma química de antes. Las peleas fueron emancipando todo – suspiró y agregó: La vida es dura mi niña.

-Pero a pesar de todo saliste adelante. Es decir, no te diste por vencido... como yo.

Esta vez fue la mirada de Margaret que desvaneció.

-¿T e parece que anda vagabundeando es salir adelante? Creo que los dos nos dimos por vencido. En realidad, tú no estás vencida, estas temerosa de lo que ahora en más puede pasar en tu familia.

Lo miró detenidamente sin hablar. Acercó un asiento y al cabo de pequeño intervalos de segundos lo abrazó. Fue eterno y placentero. Una lagrima

brotó de ella; Emilio era un tipo duro, incluso más que ella, un original quebracho colorado.

-Prométeme que no te irás – susurró Margaret, sostenida de su hombro.

-De tu vida no lo haré. Lo prometo.

Ese sábado fue un lindo día. Su confesión quedó guardada en la anielita González Miss Hueso76 77 memoria de Emilio, incapaz de poder contárselo a alguien. Los sábados se encontraba con Felisberto a las siete de la tarde, se veían temprano ya que era el día en que Margaret descansaba de toda tarea ya sea física o intelectual.

Apenas si tenía fuerzas. Sus ojeras delataban a un cuerpo indefenso, débil. Se había vestido con lo primero que encontró en el armario y salió furtivamente al encuentro.

Su ropaje consistía en un vestido tirando a antiguo, que se revoleaba con el tímido viento de esa tarde. Y un aro en forma ovalada colgaba de su lóbulo izquierdo. Lo que más llamaba la atención eran sus sandalias, que irradiaban la luz brillante de un calzado recién estrenado.

Cuando llegó al café uno de los meseros lo detuvo antes de que se sentara en la mesa. Éste estaba detrás del mostrador limpiando las tazas recién ocupadas de un café semi- amargo. Se acercó a ella y le dijo:

-Don Felisberto dejó dicho que lo encuentre en su casa, que no iba a poder venir.

El mesero extendió su mano con apatía entregándole un papel escrito de puño y letra por él. Su rostro reflejaba a una persona que aborrecía trabajar pero que obligatoriamente lo tenía que hacer.

Tuvo que volver a caminar unas cuantas cuadras más; ya sin ganas.

Antes de salir del café se comió unas galletas que dejaban en el mostrador (Sólo para aquella clientela fija), sin embargo mucha gente tomaba de ellas.

Hurañas.

A medida que el sol volvía a meterse en el horizonte, la noche se iba tornando linda, muy linda. Se anunciaba sin embargo lluvia torrencial.

Cuando ingresó al asilo una de las mujeres que estaba detrás de una ventana le hizo una seña con la mano derecha. Decía y gesticulaba un

“no” y apuntaba a la vez a los dormitorios.

Margaret sabía que no era día de visita, pero sin embargo comprendía que si se prestaba una urgencia podía arreglarlo con la auxiliar de geriatría.

Iba a ser difícil, pues esta tenía un carácter...Decidió acercarse a la ventanilla en donde estaba la mujer y preguntarle a quemarropa donde se encontraba su jefa. Primero se negó a decirle, pero ante la insistencia y la obligación de decir su paradero tuvo que decirle.

Se arregló. Ingresó a los cuartos, tuvo inconvenientes en encontrar el que pertenecía a Felisberto, su memoria se aminoraba cada vez más.

Cuando al fin encontró, ingresó a él con toda cautela. Persistió el miedo de que el cuarto no fuera el correcto.

-¡Hola Felisberto! – dijo alegrándose al verlo.

Felisberto yacía en su sillón leyendo el diario.

-Hola chiquita. Discúlpame por no haber ido.

-No te preocupes. ¿Qué te ha sucedido?

-Me ha dolido mucho el pecho últimamente. Creo que debe ser por el cambio climático. ¡Sí! , eso debe de ser.

-¿Te parece?-Sí.

-No sé. Para mí deberías realizarte otro chequeo.

-¡Felisberto es un haragán! – interrumpió Susana ingresando al despacho sin hacer el menor ruido.

Las dos giraron la cabeza para inspeccionarla; detenidamente corrieron sus miradas. Impávidos respondieron o más bien preguntaron.

-¿Qué dices? – Y felisberto agregó: No sigas, esto no me causa gracia.

Margaret miraba paralizada la situación. Otra vez Susana habló haciéndole un interrogante a ella.

-¿Felisberto no te ha dicho nada?

-¿De qué hablas Susana? – Su voz se tornó perpleja.

-El jamás fue a atenderse a ese dichoso doctor – respondió a quemarropa.

-Pero si el faltó un día al café para ir al cardiólogo.

-Eso crees.

-¡Oye Margaret! – Exclamó Felisberto casi suplicando piedad –. No me atendí por miedo.

-¿Por miedo?, ¡Por Dios!, tienes 78 años. No deberías temer.

-Él no tiene miedo al doctor sino miedo de defraudar en la escritura.

Como decía mi abuela, “el problema no es del médico sino del tratamiento; porque el tratamiento no se proponía curar al enfermo, sino matarlo. Es lo único que él quiere – actuó de metida Susana.

Margaret fatua en aquella habitación, que por cierto ese día estaba un poco mugriento. Felisberto sabía con exactitud de lo que su mujer estaba anielando González Miss Hueso⁷⁸ ⁷⁹hablando. En la penumbra y sin prudencia desapareció del cuarto. Cuando ella se escabulló por la puerta del despacho lo vio tras bambalinas sentado en un sillón, en uno nuevo que el intendente había donado “caridad”. Se hacía curioso pues las elecciones se iban acercando.

-¿Qué pasa Felisberto? – empezó con la interrogación Margaret.

-¿Qué pasa de qué? Sus manos estaban postradas en su cabeza.

-A ti. A vos. Últimamente has actuado muy extraño y lo peor es que conmigo has actuado así. Me desconciertas.

Bajó la mano izquierda a un lado del sillón para mirarla.

-He tenido problemas con mi mujer, es eso noma chiquita.

Ella abrió los ojos de par en par, incrédulos.

-Emmm... No lo sé, no se te ve muy seguro. Susana fue muy amable conmigo, parece pacífica – dijo ya sin energía –. Pero ven, cuéntame.

Margaret empezó a acomodarse en un sillón de menos valor del que estaba sentado Felisberto, pero muy cómodo y acogedor.

-Prométeme que no le contaras a nadie y mucho menos que te indignarás.

Negó con la cabeza haciendo que sus aros se balancearan.

-Lo prometo.

Así fue que le contó paso a paso todo lo sucedido con él. Él se llamaba en realidad Felisberto Hernández, un escritor Uruguayo, compositor y pianista. Se dedicaba a narrar en sus escritos historias basadas con experiencias personales y lugares reales. Como lo era con Margaret.

Su esclarecimiento fue lo más sutil y sincero que pudo haber dicho. Ella no podía creerlo, un escritor estaba llevando su vida en unos papeles que tanto mezquinaba. La contrariedad no era sino que Susana ponía trabas en el proyecto. Felisberto sufría del corazón, por lo tanto no podía realizar viajes de larga distancia, era un inconveniente enorme ya que para la tercera edición de su libro (ya que esta historia sería la tercera) debía viajar a los Ángeles. Toda una situación.

-Yo... Margaret empezó a farfullar.

-¿Tú qué? – la interrumpió Felisberto.

-Yo te ayudaré. Tú terminas de escribir, y yo haré lo posible para viajar allá y representarte.

Ella no sabía que siendo menor de edad no podía viajar; fue así que cuando cumplió los 18 años, viajó ya siendo mejor.

Desde que Felisberto testificó, Margaret no dijo nada, no intentó decirle algo para llevarle la contraria.

Fue su única respuesta, corta y simple.

Al salir, tuvo la impresión de volver a ver a las dos personas con las que había tropezado tiempo atrás.

Salió temprano y volvió temprano a casa. Gaide no estaba, le cena tampoco. Sus hermanos dormían como unas bestias en el dormitorio contiguo al de ella.

Cuando la puerta una vez sonó en la penumbra.

-Hola Margaret – saludó Emilio.

Ella giró con asombro hacía dónde provenía la voz.

-Hola – respondió tirando las llaves en la mesa.

Emilio salió de la penumbra y comenzó a hablar casi farfullando.

-Me ha contado tu mama que... - carraspeó -. Es decir, que tienes un amigo...Hizo un gesto de negación con la cabeza, la boca curvándose hacia abajo en las comisuras.

-Y... ¿Ella como lo sabe? – su voz ya no contenía suavidad.

-Te siguió.Lo miró con frialdad.

-¡Fue capaz!

-Uno por los hijos es capaz de todo... bueno solo algunos – su voz se apaciguó.

-Tú lo dices por...

-Eee... mejor dime quién es él. –le preguntó casi sin pensar.

-Es un anciano. Su nombre es Felisberto.

-Fue él seguramente que te metió todas esas ideas.

Ella frunció el rostro y sus ojos se crisparon perplejos.

-¿De qué ideas hablas?

-De ésta maldita enfermedad ¡No te hagas Margaret! – exclamó levantando la voz y acercándose más a la luz que la luna regalaba esa noche.

Margaret no pudo resistir a esas palabras que de alguna forma cubría aniel González Miss Hueso80 81una verdad. Ya no tuvo coraje de decir algo, su vocablo se disipó. Su mirada se nubló.

CAPÍTULO SEXTO

-Quiero que vuelvas a ser tú. Quiero que vuelvas a ver éste sol, éste sol. Sin esas nubes flacas, consumidas, a tono con el país, sin esos pobres, avergonzadas, legítimos restos de la pasiva; sin esa rutina (bendita, querida, dulce, afrodisiaca, abrigada, perfecta rutina).

Deseo tanto poder ver aquellos ojos canela que me miraban fijamente en los momentos tensos, de cólera.

Quiero que te levantes de esta cama – hablaba Gaide a los pies de su moribunda hija.

De su parte jamás llegó una respuesta. La dejaron internada, postrada.

Su desnutrición la llevó a amarrarse a esa cama maloliente. Y para su infortunio el hospital era S. Kiara.

La puerta del cuarto comenzó a abrirse, crujía dejando al descubierto la falta de grasa.

-¿Cómo esta doctor? – preguntó Gaide mirando la puerta que sola volvía a tomar su lugar original.

El doctor metió las manos en los bolsillos y se plantó frente a ella para dar su explicación.

-No le mentiré señora. Su hija se está recuperando. Colocarle suero ha sido su salvación – Y agregó: Debe vigilar a su hija si no quiere verla en una cama de seguido.

-¿Cómo hago eso doctor?, ella nunca me escucha. Para ella simplemente no existo.

-Me contaron que usted (con todo mi respeto y condolencias) ha anielado González Miss Hueso82 83perdido a su marido hace poco. Creo que eso puede ser el causante del problema. Yo soy nuevo aquí, pero entiendo lo que es perder a un familiar.

-No consigo olvidarlo – sollozó.

-La entiendo. Pero trate de entender que su vida sigue, que debe seguir a pesar de las tempestades que asechen – sacó la mano de los bolsillos y

abriendo la puerta en sigilo se perdió por el pasillo.

Una lágrima cayó y resbaló por su mejilla. Compungida. Todos le habían dicho lo mismo, pero no aceptaba lo que le estaba pasando. Su hija decaía cada vez más y ante sus ojos. No encontraba salidas, puertas abiertas para ayudarla.

Pasó dos días dormida, sedada por completo.

Cuando despertó sus ojos parecían café. Un café digno de pureza. Ya su mirada no era la misma. El suelo administrado impactó en su cuerpo como una bomba nuclear e impactó directamente en la brillantez de sus ojos.

Apenas si podía caminar. Tanto Gaide como Marcos, Mario y Emilio no se movieron del hospital en aquellos días. El pobre Felisberto no estaba enterado de lo había pasado. Su indigente y vejestoria cabeza desterraba pensamientos anónimos, incapaz siquiera de poder hablar con su esposa. Estaba fuera de sus casillas.

Al llegar el segundo día Margaret abrió sus pequeños ojos nuevamente.

Cuando quiso abrir su boca le resultó engorroso. Alcanzó a decir unas palabras que ni siquiera ella podía entenderlas. Su voz sonaba asqueada.

Cuando contempló la claridad, vio al doctor a un costado, llevaba en sus manos una carpeta forrada de piel y unos fulgentes estetoscopios.

Cuando lo vio volvió a cerrar los ojos, fingiendo no haber despertado.

-Fingiré que no te he visto – habló el doctor moviendo la lapicera como si estuviera tomando nota de todo.

Margaret se lamió los labios secos, todavía teniendo los ojos herméticos.

-Por más que lo intentes...Abrió rápido sus ojos.

El impacto de la luz fue chocante. Miró a sus costados y no había nadie. La habitación permanecía solitaria.

Se levantó de la cama; sus pies pesaban, el cuerpo entero parecía contener un material pesado.

Se sostenía por la cama mientras caminaba. Se tuvo que hacer paso entre unas sillas mal acomodadas que el día anterior sus familiares habían dejado allí. Tomó el picaporte con su mano derecha; en ese momento la puerta se abrió y precipitadamente su cuerpo cayó al suelo. Lanzó un

gemido ante el golpe.

Marcos se escabulló y vio a Margaret tirada en el suelo, ya desconectada de todos aquellos cables, se abalanzó hacia ella para ayudarla. La recostó sobre la camilla nuevamente y haciendo un par de señas y hablando como un desquiciado salió del cuarto en busca de los demás.

Todos ingresaron a la sala mirándola fijamente. Ella seguía recostada en la camilla, parecía un ser sin vida. La puerta se cerró tras los simples pasos de Marcos. Sus ojos reflejaban aquella tímida decepción. Fue Emilio el que primero habló.

-¿Ya estas mejor? – carraspeó -. Te ayudo a levantarte.

Se acercó a ella. Margaret se levantó y quedó sentada en la camilla.

-Sí. Ayúdame – dejó que su voz se apagara. Mientras tanto los demás la miraban sin decir palabra alguna.

Cuando Emilio la ayudó a bajarse Gaide acudió a ella. La llevó a cambiarse, e hicieron todo los trámites para sacarla de una vez de allí. El inmundado olor a hospital se tornó rutinario.

Cuando salían del hospital, Marcos atinó a decir:

-Ahora Margaret... Ya habrás aprendido la lección.

No contestó.

-¡Sí Margaret habrás aprendido y bien aprendido he! – habló Emilio entonando una voz aguda y encolerizada.

-¡Esto es insulso!, ya no mortifiquen. Fue sólo un momento de debilidad.

Fueron muchas emociones. Creo haber pasado a segundo plano. Ya dentro de cuatro meses cumpla 17 y voy a festejar a lo grande – Su voz parecía burlarse del sentido común.

-¿Y eso? – preguntó Gaide mientras jugaba con las llaves al caminar por la avenida.

-Sí madre. Festejaré mi cumpleaños y espero de su apoyo – su cabello le molestaba así que se pasó las manos por la frente acomodándolo perfectamente en la sien con una hebilla que sacó de su enorme

saco.aniela González Miss Hueso84 85

-Ven Gaide. Necesito decirte algo – atinó a decir Emilio parándola justo en la vereda de uno de los comercios de la zona.

La agarró violentamente de la muñeca penetrando dentro del negocio.

Los dos hermanos miraban sin poder creer su ímpetu hacia la mano que le dio de comer. No dijeron nada. Se quedaron en la espera junto a Margaret.

-Antes de salir el doctor me advirtió que perdería sus facultades. En pocas palabras actuará como una demente hasta que su cabecita tenga una adecuada alimentación – le hablaba sin soltarle el brazo, que cada vez más le hundía sus uñas.

Ella estaba sorprendida, aterrada, indignada, con la sangre golpeándole fuerte y el alma destrozada viendo la cara de dolor de Emilio cuando le contaba.

-Primero suéltame el brazo que me haces daño – declaró y de una sacudida logró desprenderse de él-. Ahora, me explicas ¿Por qué te lo dijo a vos y no a mí que soy su madre?El dueño del negocio chismoseaba la entretenida discusión detrás de un oxidado mostrador. Ni siquiera disimulaba. Por un instante Gaide giró la cabeza y vio al hombre mirándola por debajo de la falda.

-No tengo la menor idea. Solo sé que me dijo eso y cuando ella habló de cumpleaños automáticamente recordé.

-¿Qué otra cosa te ha dicho? – interpeló.

-Eso es todo.

-Bueno vamos, nos esperan. Luego le cuentas a Marcos y Mario – su mirada volvió a pasearse entre la multitud de gente que estaba en el negocio.

-Espera – advirtió Emilio cuando notó que ella se abría paso entre una pareja que le estorbaba el rumbo –. Eres tú la que debes hacerlo.

-Sí, no te preocupes que yo lo hago – musitó y siguió caminando hacia la salida.

Siguieron, ambos con su pesar. Emilio había descuidado profundamente

su trabajo y era seguro que su patrón lo iba a correr.

Los chicos los miraron perplejos ante lo ocurrido. Lo disimularon diciendo que tenían que comprar unas cosas con urgencia, pero nada grave.

Cuando llegaron a casa (a duras penas), Margaret se acostó. Por más que trataba de apartar su apatía no lo conseguía. Esa noche tenía la obligación de ir a ver a Felisberto.

Su plácido descanso acabó cuando Gaide la levantó con gritos rezumbadores.

-¡Hija! ¡Ven a comer!, vamos a merendar.

-Espérame. Ya bajo.

Mentira.

Debía poner alguna excusa certera, que dé en el blanco para que los demás no sospecharan. No sospecharan que la dieta regresó. Que fue enteramente en vano su desmayo.

Tardó alrededor de unos diez minutos en bajar. Inventó la excusa de que le dolía el estómago y que tenía que ver a su amigo. El amigo que nadie conocía. Fue la excusa perfecta, pues bien podría comer algo con él.

Salió. Así como bajo las escaleras, sin desviar la mirada hacia los presentes.

Caminó esas cuerdas interminables, como el pasillo de aquel hospital. Su memoria pudo recopilar recuerdos inolvidables. Recuerdos que tiraban a confundirte en una agonía mortal, como lo era con su madre.

Contemplaba el suelo, caminaba como si algo se le hubiera perdido el él. Levantó la mirada para ver de lado a lado la calle ya menos transitada.

Dos motocicletas la saludaron de improviso. No saludó; los sonidos de los vehículos la aturdieron.

Para su desgracia. Al llegar, felisberto no estaba en el café. Eran las 7 de la tarde y no estaba aún. Eran las 8 y tampoco. Aguantó hasta las ganas de lanzar (lanzar algo que su estómago no llevaba) pero lo esperó. Debía

verlo y explicarle lo que había pasado, nada podía detenerla.

A pesar de la hora, fue hasta el asilo. Caminó las ocho cuadras más con tal de verlo nuevamente. En el recorrido una pareja comía ante sus ojos, unas salchichas. Sintió vomitarse encima al verlos. Júbilos ante una anoréxica o bulímica, o ambas.

Su corazón aumentó considerablemente su ritmo, no encontraba una razón contundente, si su caminar era el más lento del planeta.

Ingresó al geriátrico con tal placer que no notó que la misma señorita de unos días atrás la estaba observando y que movía la cabeza con gesto aniel González Miss Hueso⁸⁶ ⁸⁷negativo, pero esta vez no para que no entrase. Sino que negaba por verla cada vez más enterrada.

Del cuarto del matrimonio salía Alfredo ¡Vaya! Pasmada ante la sorpresa de verlo otra vez ni siquiera lo saludó. El tampoco notó su desmesurada presencia.

Tocó el timbre, que para su pequeña estatura le quedaba en las alturas.

Fue Susana que la atendió.

-Hola pequeña. ¿Cómo has estado?, pasa, pasa – habló, haciendo gestos con la mano hacia dentro. Parecía verla contenta con su presencia. O tan solo se ocultaba tras su máscara de hipocresía.

-Hola doña. Bien – su voz sonó ronca –. Bueno, en realidad, no tan bien.

La mujer parecía comprender de qué estaba hablando, así que no dio importancia a la explicación y cerró la puerta con tal violencia para que ella se callase.

-¿Está Felisberto?

-Sí – su voz ya no sonaba igual –. Pero antes debo decirte algo – agregó dejando un clima desconcertante.

Margaret se arregló el cabello.

-Sí, claro. Dígame, la escucho.

Susana desvió la mirada hacia los dos sillones en la sala.

-Ven, toma asiento – dijo mientras acomodaba uno a uno y bien cerquita

los sillones.

Ella empezó a ponerse nerviosa. Con su cabeza un poco chiflada apenas si podía decodificar información.

Al sentarse Susana hizo una corta pausa. El ruido de los vehículos se podía escuchar a través de las finas y descuidadas paredes. Sus ojos se llenaron de una fina capa de agua.

-Felisberto empeoró. Por eso no fue al café en estos días.

Ella tragó saliva con fuerza.

-Ah, yo no lo sabía... es decir.

-Sabía que estabas internada.

-¿Él?

-No, no. Yo lo sabía.

-Ah – su voz se quebró. Seguido de un suspiro silencioso –. Usted... ¿Usted le dijo eso?

-No. No tuve el valor; viendo ya su estado sería complicar las cosas – hizo un movimiento con la mano y las apoyó sobre sus piernas.

-¿Su corazón?La pregunta impactó terriblemente en Susana.

-Sí. No paró de preguntar por vos.

¿Y qué le dijo para ocultar la verdad?

-Le dije que tenías examen y no podías venir por ello.

Se callaron. De vez en cuando ella le dirigía una mirada, como si estuviera a punto de decirle algo, antes de volver a caer en un desacostumbrado silencio.

Margaret miraba fijo al suelo, como si estuviera examinándolo.

Pero de nuevo volvió a levantar su trémula mirada.

-Bien. Acabemos con todo esto, ¿Qué quiere que yo haga? – su habla pareció largar fuego por la boca.

Susana se tomó de las manos frotándose.

-Quiero que no vuelvas a ver a mi marido. Es lo mejor para todos. Si sigue preocupado por vos no sé cómo terminará.

Margaret se levantó con furia del sillón, llevándolo un poco más atrás. El ruido ejercido fue tal que los vecinos salieron al corredor para chismosear.

-¡Usted no puede pedirme eso!, ¡Yo no quiero! – dijo mientras tenía el puño bien cerrado.

-Por eso, por eso. Si lo quieres déjalo en paz.

Ella le dirigió una mirada iracunda. Saltó del comedor, directo a la habitación. Sus pisadas dieron en el blanco para confirmar las sospechas de los vecinos.

Abrió la puerta ya sin fuerzas. Felisberto estaba postrado en la cama leyendo lo que parecía ser una novela francesa. El libro parecía decaer de viejo en sus manos. Verlo con esos anteojos fue fenomenal, parecía disminuirle unos cuantos años.

-¡Felisberto! – la puerta se cerró suavemente en la cara de Susana que la siguió.

-¡Hijita!aniela González Miss Hueso88 89Se acercó hacia él, lo abrazó y lo besó. Él dejó caer el libro al suelo ante la emoción de verla otra vez.

-Te extrañé – le susurró al oído sollozando en cada palabra.

-Pero ya estás aquí. Yo también Margaret.Lo soltó.

-¿Qué tal te ha ido en tus exámenes? – cuestionó el pobre hombre engañado. Ella le dirigió una rápida mirada a Susana que los miraba desde la puerta semi-cerrada de la habitación.

-Eee... Bien, bien. Pero ya no hablemos de mis exámenes, sería perder el

tiempo.

Mostró una tenue sonrisa.

-Pero si recién comenzamos la plática. Además no te dejaré ir así porque sí.

-No, es mejor que no hablemos del colegio. Últimamente... eee... no, mejor no – volvió a mirar atrás. Todavía la presencia de Susana la incomodaba –. Mejor cuéntame cómo sigues – volvió a mirar a Felisberto.

Sintió unos pasos a su espalda, no tuvo valor para voltearse otra vez. Una mano se posó en su hombro, suave. Notaba como empezaba a ponerse la carne de gallina en los brazos.

-Margaret – habló Susana –. Ella volteó para mirar.

-Debes irte.

Ella volvió a mirar a los ojos de Felisberto que estaban clavados en los de ella.

-¡No, no te vayas! – habló Felisberto moviéndose un poco en la cama.

-Tu esposa tiene razón, es mejor que me vaya.

Lo abrazó para despedirse y le susurró al oído: -De tu lado no me separaré. Quédate tranquilo.

-Hasta luego señora. Disculpe la molestia.

Cuando se retiró le lanzó una mirada descabellada. Pero sabía que Susana tenía razón. Ya sus pensamientos no eran los mismos de antes.

Ella se fue desdibujando de sus pensamientos como un recuerdo antiguo, debía aferrarse a la tediosa idea de verlo una vez a la semana o hasta a veces si verlo.

Caminar por el pasillo del geriátrico ya daba lo mismo, remontar al pasado se volvió aburrido.

De camino a casa se topó con el lugar donde había encontrado a Emilio, nada había cambiado en aquel remoto lugar. El pasto seguía de igual tamaño, una que otra chatarra yacía boca abajo sobre un suelo casi

desnudo.

Al llegar a casa Emilio todavía seguía despierto, sentado en el sillón más grande de la casa y mirando la nada en la penumbra. Todo parecía ser sacado de una película de terror, donde Margaret era la triste víctima.

Eran como las once. El reloj a sus espaldas lo indicaba, suicidándose con cada tic tac pasmando una pared llena de recuerdos. Se escucharon con tal perfección sus tímidos pasos cruzando el comedor. Tanto su madre como sus hermanos dormían, placidos. Menos él. Su cuidador.

Desde la oscuridad se escuchó.

-Y... dime Margaret, como te fue con tu amistad, esa de la que hablas.

Ella lo vio a través de una pequeña ventana de vidrio por la cual se podía ver la cocina al otro lado. Allí, parado y con algo en la mano le habló. Por un instante parecía ser una manzana.

-Bien, bien. ¿Pero qué rayos haces despierto a ésta hora?, acuérdate que mañana tienes que trabajar.

Las manos de él danzaban de una forma especial. Parecía ponerse nervioso ante sus palabras.

-Desvías la conversación, pero ya que sales con esto te diré de una vez... Me corrieron.

-¿Qué? ¿Pero porque? – dijo meneando la cabeza, parecía una demente.

-Sabía y tenía en claro que me iban a correr. Estar dos días ausente y sin explicación alguna...Lo interrumpió bruscamente.

-Espera, espera... ¿Estar ausente dos días?, me quieres decir que...

-Sí. Estuve a tu lado, no me separé de vos, y claro que no me arrepiento.

Fuiste la única que se atrevió a ayudarme y sin vergüenza al qué dirán – su voz por un momento pareció quebrarse –. No te sientas con culpa he, lo hice porque te quiero y quiero verte bien.aniela González Miss Hueso90
91

-Eso... oye no estaba enterada de eso, perjudicarte es lo último que quiero y lo sabes.

Emilio se dio la vuelta apoyando las manos sobre la mesada salpicada de agua. A la luz de la luna que penetraba por la ventana sus cabellos adoptaron un color amarillento que centelleaba. Había engordado y

adquirido un buen físico.

-Ya no importa – si no fuera porque se dio la vuelta, ella apostaba que lagrimeaba –. Hay otra cosa que quería contarte.

-Si dime.

-Me voy. Yo no pertenezco aquí, soy un arrimado, un mendigo, alguien que fue ayudado por una buena chica. Nada más.

Lo miró sorprendida.

-Voy a irme de tu casa, no sería justo para tu madre que esté aquí sin aportar con un mísero centavo. Prefiero volver al mundo del que no debía salir.

Giró mirándola con angustia. Los redondos ojos negros centellaron en la escasa luz.

-T e juro que no entiendo. ¿A dónde piensas ir? – sus manos comenzaron a temblar.

-Pues...Calló por unos segundos. Un tímido viento hizo mover las cortinas de las ventanas, la luna penetró más.

-La verdad es que ni idea. Pero sé que estaré bien, lo que sí prométeme una sola cosa – hizo un gesto con el dedo señalándola en forma de advertencia.

Margaret sabía que si seguía hablando rompería en llanto.-Sí, sí.

-Prométeme que te vas a cuidar. Que tomaras tus medicamentos, pero sobre todo que vas a olvidar esa obsesión de mirarte al espejo y decir que estas gorda. Come, come, mi niña. Aliméntate bien – carraspeó – Es lo único que tu padre hubiera querido.

-¿Por qué dices eso? – inquirió mirándolo fijamente.

-La vida tiene tantas vueltas. Sabía quién era él. Por eso te lo digo.

-Bueno, dime que es ese algo.

-Conocí a tu padre.

-¿Qué?

-Sí, era un buen hombre. Fue él, el que me dio mi primer trabajo como músico solista.

Ella tragó saliva.

-¿Y porque jamás me lo dijiste? Pensé que éramos amigos que confiabas un cachito en mí.

-Porque tampoco lo sabía. Hace poco me di cuenta por una fotografía que vi en la habitación de tu madre – hizo un gesto señalando el cuarto por el pasillo.

-¿De mi madre? – enarcó las cejas observándolo con firmeza -. ¿Y qué hacías en su habitación? - Tardó en contestar. Se metió en dedo índice en la oreja que comprobaba que no sabía que responder.

-Pues ella... eee... Ella me pidió que limpie un poco la casa. Por eso.-Ah – dijo ella sombría.

-Mañana me voy. Quería decírtelo esta noche porque sé que despertarás tarde. Los sábados te pegan duro.

Ella se abalanzó a él, tomándolo de los brazos e incrustando los ojos en él.

-No quiero que te vayas – habló suave.

-No puedo quedarme. Vendré a verte igual, de vez en cuando pero lo haré.

Lo soltó.

-¿No cambiarás de idea verdad?

-Creo que no. ¡Qué digo!, claro que no.

-Eres terco ¿Sabes?Rió.

Salió de la cocina con su andar despreocupado.

Fue así como salió de su vida provisoriamente. No la despertó como habían quedado. Salió de la casa sin dejar rastros; pues sólo una carta de agradecimiento lo decía todo. Todito.

Para Margaret: Lo que me interesa es el contenido de la botella y no la forma o la etiqueta.

Posdata: Emilioiss Hueso93CAPÍTULO SÉPTIMOEn los dos últimos dos meses su vida dio un giro de 180°.

Mario se había ido de la casa, con un porque enigmático a cuestas... todavía nadie lo sabe, al igual que su interés por la vida y obra de Margaret.

Gaide sigue internada en su novel locura. Y lo peor de todo esto es que Emilio no la ha venido a ver siquiera una sola vez; y no la dejaban ver a Felisberto. Peor aún.

En el colegio ya estaban por terminar las clases, se estaba llevando más de la mitad de las materias. En doce se llevaba ocho. A nadie le interesaba; a nadie más que Marcos.

Una noche la volvió a sorprender en pleno acto:

-¡Margaret! ¡Margaret!, ábreme ésta puerta por amor a Dios.

Él la interrumpió con brutalidad, golpeando con la mano cerrada la puerta.

-No, ¡Vete! ¡Vete! – dijo ella limpiándose la boca de su propia saliva.

-Hermana. Por favor, estoy aquí, no estás sola – su voz pareció calmarse.

-¡Sí, claro que lo estoy! – T ragó saliva -. ¿Por qué te interesa?Su silencio fue descarado.

Se escuchaban las arcadas a través de la puerta del baño. Arcadas si contenido, simplemente...Ingería alimentos para luego regurgitarlos en un maldito baño; un baño donde aquellos esfuerzos de hospital fueron en vanos.

El único que podía captar y vigilar era su fiel hermano, quien sabía la hora exacta en las que avanzaba la enfermedad. aniela González Miss Hueso94 95Se alejó dejándola sola, como siempre lo hacía. Lloraba dejando su vida a través de esas gotas cristalinas de sal.

Declaraba en una nota: Las lágrimas. Me limpian, me equilibran, me depuran, me ajusta.

Al otro día en la mesa, sentados Marcos y Gaide iniciaron como era común esa conversación alargada sobre economía; hasta que llegó ese silencio que pudo matar antes y ahora nuevamente viejas nostalgias.

-Estoy muy preocupado por Margaret – inició este la conversación.

-¿Por qué? – preguntó Gaide llevándose la taza de café a la boca, actuando como que si no le importara.

-Tú sabes de lo que estoy hablando. No puede seguir así.

-Bueno... tú la hiciste, tú te encargas de ella.

-¿De qué hablan? – interrumpió Margaret hablando detrás de las cortinas.

Tanto Marcos como Gaide se miraron sin saber cómo actuar ante la situación.

-Eee... debo ir a la fábrica, hoy hay mucho trabajo – se levantó de la mesa, examinando a Margaret de los pies a la cabeza -. ¡Hasta luego Madre! Yyy... Hasta luego Margaret – Se acercó a ella y le dedicó un suave beso en la mejilla.

-Espera. Espera Marcos.

Él se volteó a mirarla perplejo.

-Pero es que... ya no puedo ni confiar ni en mi propia familia. – empezó a ponerse nerviosa -. Y agregó: -Tú una mentirosa, y tu un misterioso engreído y además metido. ¡Vete!, ¡Vete!, ya no quiero notar tu presencia aquí.

Margaret salió de casa gritando.

-¡Vete!, ¡Vete! (que paradójico, si era ella la que se estaba yendo)Avanzaba sin un rumbo fijo. Llegando a el peor lugar. A la escuela. Un domingo. Estaba completamente cerrado, ni una mosca se acercaba. Ir

a otro lugar no podía, ya no le quedaba nadie.

Se sentó en uno de los bancos, que actuaban en una mañana sin público.

Estaban andrajosos, completamente descompuestos. Sus largos cabellos, listados como los de un tejón se le escaparon del moño que estaba sujeto a lo alto de la cabeza.

Aspiró profundo antes de volver a mirar hacia la calle vacía; fue allí que vio pasar a Morena. Llevaba cargando al nene. La miró, tuvo el coraje de destinarle un tímido saludo. Ella actuó indiferente como lo venía haciendo.

Se le ocurrió la brillante de ir al café, tal vez por esas casualidades encuentre a Felisberto y pueda hablar con él y que éste la aconseje sabiamente. Tenía locas ganas de saber cómo le estaba yendo con su libro.

Y así como emprendió su viaje. Ese viaje que antes duraba diez minutos en llegar ahora duraba el doble. Hasta la ropa se volvía pesada.

Por suerte el café estaba abierto, lo malo fue que Felisberto no estaba.

Su absurda pero imprescindible presencia no estaba. Una pareja a sus espaldas lanzaba carcajadas burlonas hacia ella. Los ignoró; sabía que la ignorancia mata y es eso lo que quería probar. Una que otra lagrima le volvió a brotar de aquellos ojos cansados, cansados ante la adversidad. La maldita adversidad de ser aceptada por una sociedad cruel. Cruel en sus ideales.

Habrán estado unos diez minutos y luego se fueron dejando a Margaret y a los meseros solos.

Fue en ese momento en donde uno se le acerca y pregunta entrometido:

-¿Comerás algo niña?

-Que entrometido – susurró

-Eee... No, no comeré nada.

La mano del mesero temblaba, sosteniendo una libreta y una fea lapicera.

-Felisberto hoy no vendrá.

-Lo sé. ¿Acaso me está corriendo?

-No, no. Puedes quedarte todo lo que quieras niña.

Fue la gota que derramó el mal humor de Margaret.

-Pero ya me tengo que ir. Gracias igual por su más cordial atención. Aniela González Miss Hueso 96 97 Al salir hizo un gesto de desprecio hacia el camarero.

Su vida ya no giraba en torno a Felisberto. Decidida a resignarse que la única compañía era esa inmaculada soledad.

Vaciló antes de tomar la decisión en irse. Ya era tarde y tenía que irse antes de que Gaide pegue un grito al cielo. Avanzaba sigilosa entre taxis, autobuses, y utilitarios que congestionaban la avenida.

Al traspasar esa puerta ya nada iba a ser igual, el entorno sería diferente, ese aire diferente. Gaide no estaba en la biblioteca; no estaba en el baño, no estaba en la cocina, en sí, no estaba en la casa.

En la heladera estaba una nota, muy formal para dirigirse a ella:

-Hija, como verás no estoy en la casa. Me vine al cementerio. Creo que no lo entenderás.

Por favor sírvele de cenar a tus hermanos. Llegaré tarde. Besos, Gaide.

Desde ese momento confirmó que la relación Madre- hija había cambiado por Gaide- Margaret.

Caminaba con un sonambulismo profundo, debía dormir o comer, elegir una de las dos opciones, o en realidad elegir ambas. Prefirió dormir, ir a la deriva de un mecanismo sin futuro. Aferrarse a una dieta que no cesaba en consideración con su ya débil cuerpo.

Durmió toda una mañana. Ya habían pasado 62 días de su tremenda dieta. Tenía 72 kilos al comenzar, ya sólo tenía 50 kilos. Y seguía bajando inconstantemente. Fue un ruido en medio de la noche que interrumpió su sueño. Era Gaide, llegaba a casa alrededor de las doce de la noche.

Margaret había olvidado todo, en realidad sus hermanos no habían llegado a comer. Se ausentaban en las mayoría de las noches, sin avisar siquiera donde iban.

-¡Margaret!, ¡Margaret! – gritaba detrás de la puerta de la habitación –.

Sal, ven rápido.

Salió. Su rostro reflejaba un gran cansancio y sus ojos tenían una mirada vaga y poco perdida.

-¿Qué te sucede? – preguntó con esa voz ronca que solía tener al recién despertarse y que había agudizado con meterse los dedos en la garganta inconstantemente.

-La comida sigue en el refrigerador. T e había dicho que la calientes y des de comer a tus hermanos. ¡Eres una desobediente! – su voz se elevó hasta convertirse en un grito agudo.

-Espera, espera. Ves, ya estás hablando de más. Mis hermanos no llegaron a casa. ¡Son ellos los irresponsables! Una cachetada dirigida a Margaret alteró el clima.

Estaba alterada. Completamente. Margaret levantó la mano para devolver el favor y fue cuando Marcos la interrumpió tomándola de los cabellos y tirándola al suelo con ferocidad.

-¡Ni te atrevas a levantarle la mano a tu madre! Sintió la frigidez del suelo. Su cuerpo había pegado duro contra el piso.

-¿Qué haces?, vete de aquí Marcos. Fue ella quien me pegó, vino aquí a insultarme sin siquiera preguntar – miraba a su hermano buscando un poco de compasión, intentó levantarse pero no tuvo fuerzas para hacerlo.

-Te estás pasando de insolente – gritó Gaide, acercándose a ella y apuntándola con el dedo acusador.

Ella miró hacia abajo.

-Ya basta Margaret. Metete a tu habitación, después hablo contigo con más calma. Y tu madre ve también a la tuya. – habló Marcos tratando de aligerar el clima.

Se miraron. Tanto Gaide como Margaret llevaban en sí un resentimiento mutuo. Ambas llevaban en sus recuerdos a Nasar, pero de formas muy distintas.

Gaide como una fiera se aferraba a que todo tenía sentido mientras él estuviera allí, apoyándola, viéndola sonreír, abrazándola, besándola.

Ahora besaba, abrazaba, y sólo sonreía con aquel fúnebre lapida de cementerio.

En cuanto a Margaret se aferraba a una dieta que supuestamente su padre habría querido. Pero sobre todo por tener la atención de las personas que más quiere.

Se levantó del suelo a duras penas; caminó a pequeños pasos sosteniéndose por la pared hasta llegar a su habitación. Cerró la puerta con llave para que su hermano no entrase; armaría su sermón de padre, como siempre.

Gaide fue a la cocina acompañada de su hijo. Hablaron un buen rato, discutiendo sobre la nueva conducta adoptada por ella.
aniela González
Miss Hueso98 99

-Su rebeldía traspasa los límites – declaró Gaide.

-Lo sé. Pero no puedo hacer nada madre. A menos que...

-¿A menos que?

-A menos que le dijera la verdad y la llevase de aquí.

Gaide empezó a ponerse nerviosa.

-No, eso no. No te voy a permitir eso. No se puede enterar – alzó la voz

-. ¡Hicimos un pacto!, sería nefasto para ella.

-Está bien, está bien. Como acabas de decirlo, tenemos un pacto y cuando cumpla los 20 años la llevo conmigo.

-Sí, estoy al tanto de eso. Y lo voy a cumplir, de eso no te preocupes.

-Se recuperará, lo sé.

-Ojalá Dios mejore de su sordera.

-¿Y eso madre?

- Es mi modo de decir que Dios de oiga.

La conversación terminó una hora después.

Margaret trataba de conciliar el sueño en su cuarto. No pudo dormir.

Sus pensamientos se mezclaban.

Bajó y notó que en la mesa tenía visita. Era la tía Marta, recién llegada de Formosa.

Todos la miraron; apenas si podía sostenerse entonces venía agarrándose por las barandillas. Sus rodillas le temblaban un poco; las escaleras empezaron a crujir en una sinfonía acorde a la situación.

Tía Marta estaba vieja. Sí, de cerca parecía todavía más vieja, tenía una verruga en la mejilla izquierda y olía rancio, como si hubiera estado encerrada en un frasco de aceitunas.

Al fin soltó palabra de su boca:

-Hola Margaret, ¡Sobrina mía! Se levantó de la silla con ligereza, y se acercó a ella. La abrazó con tanto fervor que Margaret sintió que le exprimía los pulmones.

-Hola tía. – su voz se tornó cabizbaja.

-Dame un beso – dijo la tía.

Margaret besó su senil rostro. Y la firmó con un tímido abrazo.

-Y cuéntame Margaret ¿Cómo te va en el colegio?

-Eee...

-Mal – susurró Gaide a sus espaldas.

-Bien tía – su voz sonó asqueada.

-Ahora iremos al dentista. Me dijo tu madre que tienes una tos fuerte.

-¡No! ¡No! –ella se alteró pegando un grito estremecedor.

-¿No qué?

-Tía no hace falta que me lleves. En serio.

-No mi niña. Iremos, de paso quiero comprarte algunas cositas.

Fue un fastidio tenerla allí. Margaret faltó al colegio. Una falta que al fin y al cabo no le importaba.

Fueron caminando. Ya que Marta quería "disfrutar" del aire fresco.

Cada parada que hacían era en tiendas de ropa femenina. La ropa que promocionaban era tan pero tan pequeña.

-Me encanta la ropa que venden aquí – acentuó Marta observando detenidamente un vestido de encaje.

- Es linda la tienda. Pero te habrás dado cuenta que la ropa es tan pequeña. A vos tía no te entrará ni por más que estés en un sueño.

-Claro que sí. Llevo a cabo una dieta fantástica. Dentro de un mes estaré hecha una diosa.

-¿Qué dieta?

-Ven, entremos – interrumpió Marta tomándola de la mano.

Entraron impulsivamente. Una de las vendedoras quedó mirando Margaret. El calor que estaba haciendo no daba para que lleve una prenda tan holgada.

-Hola señora – dijo la vendedora.

-Hola. Señorita por favor.

Largaron a reír. Margaret las observaba detenidamente. La vendedora era una mujer muy bonita, con una cintura de avispa.

aniela González Miss Hueso100 101

-¿Qué llevarán?

-Quiero ver aquel vestido.

-Está bien. ¿El negro?-Sí, el que está en vidriera.

-Buen, espéreme un segundo.

La vendedora salió en busca del vestido meneando sus caderas de una forma muy particular.

-Oye tía, dime una cosa.

-Sí, dime...

-¿Qué dieta es la que haces?

-Después platicamos de eso. Ven a mirar estas playeras fantásticas.

-No; gracias. Pruébate tu playera y después vamos.

-¿Tantas ganas tienes de ir al dentista?

-La verdad no... quisiera ir a...

-Mire aquí está – otra vez la interrumpieron.

-Sí señorita. Me lo probaré.

-Bueno, pase por aquí.

Quedó sola mirando hacia la calle. Tenía muchas ganas de ver a Felisberto. Su antiguo inolvidable. Recurrió a los recuerdos; suspirando levemente. Una de las empleadas preguntó incesante si ya estaba atendida.

Cuando salió Marta sus ojos brillaron. Ya quería poder hablar con ella, sacarle esa información amena que le serviría.

Preguntó con su voz gangosa:

-¿Te gustó algo Margaret?

-No tía. Es mejor que ya nos vayamos.

-¿Po que el apuro?, Disfruta.

Ver aquellos trajes tan pequeños daba nauseas. En realidad, no eran asquerosas. Margaret antes de salir había ingerido una naranja y una galleta de agua, y estaba a punto de despedirlos de su estómago.

Vomitó. Toda la tienda quedó impregnada de aquel líquido intestinal.

-¡Margaret! – pegó un grito al cielo Marta.

La miró. No podía hablar de tan asustada. Cuando lo consiguió su voz estaba llena de prudencia.

-Vamos. Quiero salir de este lugar – se agarraba del estómago, conteniendo el impulso de seguir vomitando.

-Pero debemos limpiar el local. No podemos dejar esto así.

-No se preocupe señora. Nosotras nos ocupamos – habló la señorita que unos minutos atrás le había atendido.

Fue tan amable.

Margaret al oír esas palabras salió disparada de la puerta dejando atrás a su tía. Una de las empleadas se acercó a Marta y se susurró al oído,

Palabra crucial y simple. Otra persona más que sabía. Otra persona más que se alejaría de ella.

La alcanzó. Margaret había quedado en un bar que estaba a unas cuerdas del local.

-Al fin te encuentro – habló la tía mintiendo sin escrúpulos; queriendo no haberla encontrado.

-¿Vamos?

-Sí vamos. El consultorio está a unas cuerdas.

El silencio esas pocas cuerdas.

Marta hizo una pausa y comentó muy seriamente.

-¿Tienes alguna enfermedad Margaret?

-¿Por qué lo dices? – contestó con una pregunta capciosa.

-Te pregunto nada más.

-No tengo nada y si mama te metió cosas en la cabeza anda ella. Yo no tengo nada.

-Está bien no te alteres.

-Mira, ya llegamos – advirtió la tía.

Margaret quedó nerviosa ante la pregunta que ella había hecho. ¿Será que estoy enferma? ¿Lo estaré? Entraron. En la sala de espera había una pareja. La chica que aguardaba por la consulta era una joven morena, parecía estar sufriendo de su muela.

Se agarraba el cachete con tal fuerza que fue lo primero que piensas al ver algo así.

Saludaron. El chico fue el único que contestó. Aguardaron unos minutos; iba por lista. Pasó primero la pareja y luego prosiguieron ellas. El aníela González Miss Hueso102 103dentista revisó la dentadura de Margaret, los dientes estaban demasiados podridos y no encontraba la razón para una niña demasiado pulcra como lo era ella.

Prosiguió a decir:

-¿Hace cuánto tiempo no te lavas los dientes?

-Y hace tres horas doctor – contestó ella.

-No lo parece. Me estas mintiendo.

-No tengo porque hacerlo. Usted se daría cuenta sin dificultad.

Rio.

-Bueno.

-La verdad no encuentro explicación para que los dientes de la pequeña estén en ese estado – habló dirigiéndose a la tía.

Y agregó:

-Tiene que consultar a un especialista en garganta, tiene demasiado inflamada.

-¿Escuchaste Margaret?Ella quedó callada.

-Tienes algo extraño nena- dijo el doctor. Su voz era casi una sentencia.

Estaba a pasos de averiguar lo que verdaderamente pasaba.

La consulta acabó. Margaret fue la primera en deslizarse por la puerta, la tía seguía sus pequeños pasos. Ella sintió como las manos le temblaba.

El misterio seguía en pie.

Al llegar a casa tía Marta fue a la cocina donde yacía Gaide. Ella en cambio marchaba a su cuarto, haciendo crujir con desprecio las escalera, con el ánimo lleno de un secreto innoble.

CAPÍTULO OCTAVO Desde el cuarto de Margaret se escuchaban arcadas.

Vomitaban.

Mauro fue el único confidente de la situación. Todos habían salido.

-¡Margaret! , ¡Margaret!, abre la puerta.

-¿Qué estás haciendo?

-Vete. No me molestes – contestó con una voz diferente.

-¿Acaso estas vomitando?, sí eso es. Ahora entiendo porque no comes nada en la mesa – quedó paralizado frente a la puerta –. Anda contesta.

Margaret quedó callada tratando de disuadir la presencia de su hermano de allí. Pero no se iba.

Mauro se quedó sentado al frente de la puerta, se agarraba de la cabeza buscando una solución coherente para todo lo que estaba pasando. Detrás de la puerta Margaret dejó de vomitar, o por lo menos dejó de intentarlo.

Pasó media hora para volver a ver su rostro.

Estaba flaca, las costillas se combaban. Ya iban tres días que faltaba al

colegio.

Mauro se apresuró a decir:

-Tú no eres mi hermanita. Eres un monstruo.

Sus ojos reflejaban una tristeza. Esa tristeza inmaculada.

-No me molestes.

Él la tomó de la mano. De inmediato ella lo soltó.

-¡Vete de aquí! – exclamó Margaret mirando por la ventana que daba a la sala de estar.

- ¿Te preocupa algo?, ¿Te preocupa que venga mamá acaso?aniela González Miss Hueso104 105Ella no contestaba.

-Está bien. Te dejaré. Te dejaré para que sigas con tu ritual.

Se alejó dando unos pasos y gritó:

-¡Anoréxica!Por primera vez escuchaba completa esa palabra. La ahogó en un mar de lágrimas. Entró a la habitación, estaba rodeada de fotografías de modelos, todas con cuerpo espectacular y ella – que se estaba mirando al espejo – una gorda llena de grasa que por más que haga todo tipo de dietas no conseguía tener un cuerpo así. Se miraba detenidamente cada porción de sí misma, buscando una perfección que ya había perdido tiempo atrás.

Notó que la ropa de las modelos, eran de un color oscuro, entonces ella también usaría.

Ya no estaba bien, estaba en crisis.

Esa tarde quedó encerrada mirando y leyendo sobre dietas en la computadora. A cada momento se pasaba con o sin ropa, notando la diferencia. Había perdido 20 kilos ya.

Al llegar las siete de la tarde, salió en busca del café. Aunque sabía que Felisberto no iría, ella sí lo haría. La tarde estaba fresca pero ella sin embargo sentía un frío polar. Salió. Cargada de dos buzos y una campera invernal – Regalo de la abuela Teresa – al café.

Caminaba por la avenida con una inseguridad tremenda. La gente se quedaba detenidamente a observarla. No era normal verla así, blanca,

pálida.

Cuando llegó, se sentó en la misma mesa de siempre. No había gente en el café. Uno de los meseros se le acercó para levantar el pedido.

Pidió un café (sin azúcar) y el mesero siguió sus órdenes.

Otro de los meseros la encaró curioso;

-¿Y tu amigo?Ella la miró con perplejidad.

-¿Felisberto?Sabes que contestar una pregunta con otra...Lo interrumpió

-Lo sé. No hace falta que me enseñe el mundo.

La conversación resultaba forzada, dificultosa.

-Está en el asilo. Creo.-Ah.

-¿Se le ofrece otra cosa? – preguntó Margaret con indiferencia.

-No eso es todo, discúlpame la molestia.

Al retirarse, Margaret hizo un gesto habitual de desprecio.

-¡Le dije que no le ponga azúcar maldición! – exclamó Margaret levantando la voz al mesero incompetente, novel en su trabajo.

-Disculpe señorita. Me olvidé.

-Tiene el descaro de decirlo encima – dijo levantándose.

-Espere, espere. Ya le traigo otro – tratando de que ella no se vaya.

De nada sirvió, ella estaba con un genio de mil demonios. Se levantó – NO PAGÓ – y se marchó.

Caminaba con la misma debilidad, esta vez un poco más aguda.

Cuando iba por la avenida se encontró con la misma pareja del asilo.

Con la que se topó y sin desearlo tiró todo sus papeles al suelo.

Al parecer iban al mismo asilo. Se acercó y los saludó, la reconocieron al

momento.

La chica se dio cuenta, pero no preguntó nada. Conversaron sobre los cambios en la bolsa; un tema nada interesante. A pesar de todos los temas que sacaran, Margaret no hablaría demasiado, igual no podía.

Al llegar, el chico le abrió la puerta. Un caballero de pocos. La nostalgia se adueñó del aire que Margaret respiraba. Los chicos se alejaron de ella, sabía que quedarse o irse sería lo mismo, no vería a Felisberto. Su mujer no lo permitiría por nada.

Prefirió seguirlos. Pasaron. La miraron y notaron su presencia indiferente hasta que el muchacho se decidió a hablar parando frente a un kiosco:

-Niña... si vienes a visitar a Felisberto, él no vive por esta sección.

Ella lo sabía perfectamente. La chica, apresuró a decir:

-Oye, déjala que venga con nosotros. Sirve y les presentamos a mis padres. Hace mucho no ven a personas distintas que no sean nosotros.

Él la miró con vergüenza. [aniela González Miss Hueso106 107](#)

-Tienes razón. Discúlpame nena.

-No hay problema. Entiendo que soy una entrometida.

-No, nada de eso. Ven – acentúo la chica tomándola de la mano.

Había una escalera en forma de espiral. Novel para sus ojos. Por más que lo intente, subir se volvía dificultoso. Sus piernas no la acompañaban.

-iCarajo! – exclamó con todas las fuerzas que se restaban en ella.

-Deberías alimentarte bien; estas sin fuerzas al parecer – dijo un viejito que se había acercado sin que se diese cuenta. Le sonreía, pero sus ojos se perdían en la nada. Estaba ciego.

Hasta un no vidente podía notar su marasmo, su estado anoréxico.

Amablemente la pareja cargó con ella. La escalera no era gran cosa al igual que cargar con su cuerpo.

La habitación de los señores Rawson dejaba de entrever una luz tenue muy acogedora. Tanto la señora como el estaban sentados; los sillones oscilaban a un ritmo diferente al clima; se podía escuchar el silencio. Ella tejía, al parecer la familia iba a ser más grande; pues los pequeños carpines eran símbolo de nueva vida. Y el señor leía un libro, los ojos de Margaret no captaron el título del libro ya que ni bien él los vio dio un salto del sillón dejando todo a la deriva.

-¡Hola hijos!, que sorpresa verlos por aquí. ¿Cómo están? Después tornó su mirada hacia ella.

-¿Y quién es ésta pequeña? – preguntó más intrigado que sorprendido.

-Ah. Te la presento. Ella es Margaret. La conocimos el otro día, veníamos distraídos y topamos con ella. Es amiga de Felisberto el hombre de...-Aaa... sí, sí ya sé quién es.

-¡Mucho gusto Margaret!

-El gusto es mío don.

-Bueno Margaret, ya conoces a don Fabricio. Mi querido padre – se acercó tímidamente a él, abrazándolo.

Margaret se limitó a mirarlos y dar una sonrisa falsa que se perdía en la penumbra.

Conversaron. Don Fabricio era un gran conversador como Felisberto, de lo que le hables él lograba sacar conclusiones interesantes. Ella pensó

El viejito dijo algo que no entendió y luego dirigiéndose a su hija dijo:

-Ya es hora de cenar. Espero que quieras compartir con nosotros nuestra humilde comida.

Miró la hora: las dos agujas coincidían en el mismo número.

Eran exactamente las diez de la noche.

Con tanto palabrerío no se dio cuenta que debía regresar a casa y que si no lo hacía pronto Gaide lanzaría un grito estremecedor al cielo.

-Me encantaría poder quedarme. Pero viendo la hora es mejor que me

vaya.

-Está bien. Entiendo perfectamente. ¿Cuántos años tienes? ¿13? ¿14?-15.

-Ah. Pareces de menor edad.

Rieron.

Margaret simuló una risa falsa.

-¿Me pueden llevar? – preguntó con descaro con descaro a la pareja.

-Claro.

-Papá, voy a llevar tu auto por unos segundos ¿Me prestas verdad?

-Sí hija, ve.

Sin más que pensar la regresó a su casa.

Todo allá era oscuro. Al parecer en casa no habitaba nadie más que aquel silencio fúnebre habitual.

Durante el camino a casa, Margaret adoptó volver a su mutismo. Apenas se despidió de ella.

Como todo coincidía nadie estaba en casa.

Al pasar por la cocina el olor a recién cocinado abatía su hambre. Debía comer algo para satisfacerse. Comió. Comió como nunca, desde el sushi recién preparado hasta los dulces que su mamá guardaba para eventos especiales.

Todo.

Cuando escribió se sentó en medio de la cocina observando a su alrededor. El miedo volvía a contrarrestar su decisión.

Temblaba con deseos de vomitar. Todo le había salido de las manos, aníela González Miss Hueso108 109se estaba dando cuenta que ya no tenía que provocar el vómito, que sólo venía.

Salió corriendo al baño. Y de nuevo lo hizo, vació repletamente su estómago. Fueron como quince minutos que estuvo dentro que no se dio cuenta que Emilio se había metido a la casa. Pues Gaide le había invitado

a cenar.

La puerta del cuarto estaba abierta y él se convirtió en uno de los participantes de la fúnebre escena. No lo podía creer. Había confirmado al fin sus hipótesis.

Salió de la habitación sin que ella se diese cuenta que él estaba y mucho menos que se retiraba empapado de lágrimas. No sólo salió del cuarto sino que se fue de la casa y al salir tropezó con Gaide que venía cargando unas bolsas. Que al parecer una de ella contenía velas.

Se saludaron. Ella se inquietó; quería saber por qué se marchaba. No encontraba ningún motivo y decir la verdad haría explotarla, entonces inventó que lo llamaron para un trabajo.

Cuando ella escuchó la puerta principal abrirse dejó de hacer su ritual y se acostó en su cama. Su boca contenía un sabor ácido, casi podrido. Sus ojos cansados comenzaban a pesarle. Miraba y miraba a las chicas en las fotografías y pensaba:

-¿Cuándo le diremos? Tanto Gaide como Marcos lo miraron.

-¿Decir qué? – preguntó intrigado Mauro

-Y lo de...

-¡Basta Marcos! – exclamó ella poniendo orden en la mesa.

Marcos suspiró. Tomando aire tuvo el valor de decir casi a los gritos.

-Ella es mi hija y ni tu ni tu – señalando a Gaide y Marcos -. ¡Lo van a impedir!

-¡Cállate Marcos! Se levantó de la mesa dejando sin terminar su plato de sopa.

-No sé qué haremos con él. Margaret no puede enterarse de esto.

-Madre, tu hiciste un pacto con mi hermano y él ahora está reclamando, por derecho de sangre, lo que es suyo. Lo que es de sus entrañas – carraspeó -. Me duele mucho tu actitud. Come sola Gaide; Buenas noches.

Ella quedó despoblada, vacía. En una oscuridad; navegando en recuerdos

aferrados a su marido. Con ellos alejaba a todos de su lado.

No pudo hablar. Le había arrebatado el aire de los pulmones.

Al otro día Margaret se levantó en medio de gritos. En la cocina discutían. Otra vez Mauro y Marcos estaban a los gritos. Se levantó agarrándose por las paredes, dejando en sus manos un polvillo blanco que luego al llevarse al rostro le dejaría una marca. Ellos dejaron de gritar para girar y contemplarla fríamente. La miraron con espanto, su rostro delgado, de pómulos salientes. Se desfiguraba.

-¡Qué son esos gritos!

-Nada, nada Margaret – habló Mauro Sus miradas lo decían todo.

-Sí, no es nada Margaret – acentuó Marcos.

-Si tienes que ir a la escuela te puedo llevar.

-No, no gracias Marcos. Es mejor que haga ejercicios.-¿Tú hablas en serio? – mírate, estás flaquísima.

-Deja que te lleve y así sirve y platicamos un poco.

-No, no. Iré sola.

Contenía el impulso de vomitar.

-Está bien. No insistiré.

Ella se cubrió la boca.

-Iré a mi cuarto – dijo farfullando - ¿Mamá todavía no se levanta?

-No. Está en la cama. Creo que alguien anoche la lastimó – dijo Mauro.

Fingiendo su mirada acusadora a Marcos.

-¿De qué hablan?

-De nada. De nada. Ve, cámbiate y baja, te hice un desayuno especial.

-¿Desayuno especial?, pero si hoy no es mi cumpleaños.

-Lo hice porque te quiero – Le dijo Marcos tomándola de la mano.

Ella se sacó, fijando su mirada en un vacío. aniela González Miss Hueso110
111

-Está bien. Pero nada de sorpresas. Ya bajo.

Se marchó. Dejando un eco en la cocina. Los dos la quedaron mirando hasta que se perdió en su habitación. Marcos siguió exprimiendo las naranjas que el mismo había comprado por la ausencia de las mismas y Mauro salió a la panadería.

En un momento se estremeció al escuchar la puerta cerrarse con tanto fervor cayendo en un sonido agudo. Provenía de la habitación de ella. La cerró para volver a hacer su ritual

De los 50 kilos que tenía, bajó 2. Tenía 48 kilos. Desde la cocina podía escucharse su subir y bajar de la balanza constante. V olviéndose una tortura tener que permanecer allí justo en ese momento.

Se colocó la ropa para bajar gustosamente de la habitación.

Rio gozosamente.

-Y... ¿Qué pasa Margaret? – interrogó Marcos llevando entre sus manos el jugo recién exprimido.

-Nada de tu incumbencia.

Dejó de lado su alegría improvisada.

-Bueno está bien, está bien. No voy a meterme che, pero no hace falta que contestes de esa manera – él pareció entender su humor de mañana, riendo con sus propias palabras –. Siéntate, te preparé un juguito de naranja.

-Eee... NO, voy a tomar agua nomas.

-¿Y eso? – preguntó perplejo –. Adoras el jugo de naranja recién exprimido.

Empezó a rascarse los brazos, sin saber que decir.

-¿Entonces? – volvió preguntar.

-Me gustaba. Pero ahora prefiero la fruta. ¿No hay más?

-Creo que quedaron dos en la bolsa.

-¿Me puedes traer?

-Sí claro, aguárdame un momento.

La atención que recibía de parte de Marcos era sospechosa. A pesar de que siempre tenía algún que otro acto de amabilidad para con ella, esto sobrepasaba los límites.

A sus espaldas la puerta se abrió. Era Mauro que llegaba con una bolsa de pan horneado.

-¿Y Margaret? – preguntó él, dejando la puerta semi abierta.

-¿Y qué? Sabía con exactitud que no se debía responder una pregunta con otra, pero que más daba. Ya nada importaba.

-¿Ya van a desayunar?

-Sí. Marcos fue por unas cosas a la cocina, ya viene.

Ya Mauro se alejaba cuando lo detuvo.

-Espera, espera Mauro.

-¿Sí? ¿Sucede algo?Le explicó sus celos.

-No lo sé. Puede que quiere mimar a su querida hermanita, nada más – fue su respuesta.

Se alejó a la cocina. Ella quedó en el comedor pensando.

-Creo que algo sospecha – declaró Mauro, hablándole bajito a Marcos.

-¿Sospecha que?, habla claro.

-Hablo de Margaret. Es tu atención la que despierta en ella desconfianza.

-Tú crees que...-Sí, debes de ser menos convincente con tus actos.

-Está bien, está bien, ya déjame – le lanzó una iracunda mirada.

Fue hasta el comedor para sentarse en la mesa. Detrás de él le seguía los pasos de Mauro.

Movió la silla con desprecio, parecía nervioso ante ella. Estar en la mesa era estar como en el cementerio. Un silencio de hielo.

Fue allí donde Gaide aparece vestida de negro vistoso. En sus ojos se reflejaba un cansancio acusador. No habló. No dijo un "buen día" cuando Margaret se levantó abandonando la mesa.

-¿Y ahora que hice?

-La espantas madre – declaró Mario.

-No hice absolutamente nada. aniela González Miss Hueso112 113

-Bueno. Está bien, como digas. ¿Y esa ropa? – discriminó Mauro.

-¿Esta?-Sí, esa.

-Es mi nuevo look.

-Ah. Entiendo – su tono era sarcástico -. ¿Ahora eres gótica?

-No, no. Lo hago por...

-Mejor ahórrate tus explicaciones baratas. Sé porque lo haces.

-Vamos Mauro, tengo que entrar a clases dentro de unos 15 minutos – él los interrumpió antes de que empiecen a discutir -. ¡Vamos Margaret!Y de nuevo apareció. Quedándose en la penumbra de la puerta. Apenas si lograba sostenerse. Caminó en dirección a la salida con pasos de recién nacido aprendiendo a dar sus primeros pasos.

Fueron en taxi, gracias a Dios no tuvo que caminar. Le quedaría el sacrificio de ir hasta el salón y ya estaría libre. No debería ni levantarse para ir a los recreos; total, amigos no le quedaba ninguno.

La clase inició. Todo un día de sacrilegio aguardaba. Y lo único que desayunó fueron esas dos naranjas que su hermano guardó en la cocina. En medio de la clase de filosofía un dolor de panza la acechaba, más violento que las ganas de vomitar. Escondió la cabeza en el banco con el deseo de desaparecer, de morir. La profesora se acercó, intrigada en su conducta, preguntando que sucedía con ella.

-Margaret ¿Qué sucede? – preguntó por segunda vez insistiendo –. Te acabo de hacer la misma pregunta y no me has respondido.

Ella parecía hacerse la tonta, levantando y volviendo a decaer la mirada.

Su pálido rostro parecía maquillado.

-Si sigues así, voy a tener que llamar a tus padres.

Esta vez levantó la mirada para responder.

-Sólo podrá llamar a mi madre.

La profesora la miró perpleja.

-¿Y tu padre?Volvió a bajar la mirada entre sus brazo apoyando sobre el banco.

-El murió señorita.

-Lo siento mucho.

-No lo sienta. Nadie lo siente.

Con la punta de los dedos, la profesora levantó su barbilla e hizo un gesto desanimado. Se marchó hacia su pupitre.

-Está bien chicos, demos por terminado la clase. Pueden hablar si quieren; ¡Pero en voz baja, por favor!Un barullo se formó en el salón haciendo caso omiso a las palabras recién lanzadas por ella.

De inmediato la calma llegó cuando haciendo un ruido estremecedor con el borrador sobre la mesa hizo retumbar las paredes.

-Señorita Margaret, quédese en el recreo que quiero hablar con usted.

Uno de sus compañeros entrometidos habló diciendo.

-¡Profesora!, ella nunca sale.

Margaret levantó la cabeza del banco para lanzarle una mirada de advertencia a su compañero.

Éste la miró y trató de disuadir sus palabras, ya que las cosas se estaban poniendo tensas.

-¿Eso es verdad Margaret? – preguntó la profesora.

No respondió.

-Disculpe profesora, es sólo una mentira.

-Méndez, como va a mentir en contra de su compañera. No lo vuelva a hacer. ¡Ahora retírese! Que... ¿no escuchó el timbre del recreo?

-Sí, si ya me voy.

Él volvió a mirar a Margaret, pidiendo disculpas sin hablar.

-Ahora tú y yo hablaremos.

-Nosotras no tenemos nada de qué hablar. Disculpe yo ya me voy.

Cuando ella se dignó a pararse la profesora la tomó de la muñeca violentamente. Las manos de Margaret iban perdiendo fuerzas. Casi se cae cuando sintió la rudeza de la profesora.

La miró perpleja. Y sin dudarle se arrojó en sus brazos casi desfalleciendo.

Lloraba sin impulso. Del lado de afuera del salón, Alfredo las observaba.

No podía creer que Margaret fuera amiga y tan íntima – por la manera que sollozaba – con su hermana.

-¿Qué pasa Margaret?, te he notada extraña. Estas muuuuy delgada.

-Disculpe, disculpe. No debí hacer eso. Me dejé llevar. Es mejor que salga al recreo – dijo comiéndose su propio mar salado.
aniela González Miss Hueso114 115

-Quédate, puedes hablar conmigo.

-No, no. Me voy.

-Está bien. Ve.

La miró como a ella le gustaba que la miren.

Se fue. El resto de la clase no fue igual, la profesora no sacaba los ojos de ella, buscando de alguna forma una respuesta convincente para su intriga.

Cuando marchó a casa, un auto la seguía. Era blanco con un poco de polvo pero bastante limpio. La siguió tres cuadras hasta que al fin pasó por su lado. Era Emilio. Para sorpresa y paro de su corazón iba con Felisberto.

Se quedó helada, con un sudor frío. Los miraba buscando una respuesta y sobre todo posando su cansada mirada sobre su viejo amigo. Claro que Emilio no sabía nada sobre su amistad así que no tomó la iniciativa en contar, ni siquiera se sorprendió cuando Felisberto dijo:

-Ven chiquita, sube que aquí Emilio te dará un aventón a casa.

Emilio lo miró. Pues la confianza de su padre para con ella era señero.

-Sí, sube Margaret.

Subió sin decir palabra.

La estrechó en sus brazos. Lo abrazó con tanto gusto que exclamó:
¡Cuidado que me tiras al suelo!

-Pero... ¿Y ustedes se conocen? – preguntó Emilio

-Sí. Él es Felisberto. ¿No?

-Sí. T e lo presento. – pareció confiado en sus palabras –. Él es Felisberto.

Mi padre.

Ella frunció las cejas, perpleja.

-Pero... ¿T u padre?

-Sí, mi padre. Al fin lo encontré.

-Ósea que él es tu hijo. ¿Emilio es tu hijo? – interrogó Margaret con su voz ya destrozada.

-Sí. El hijo que he buscado por cielo y tierra. Me arrepiento tanto de...

- vaciló-. Será mejor que esta noche vengas al asilo y allí te cuento mejor

todo.

-Sin duda alguna iré.

El viaje hasta su casa era demasiado corto para entablar una conversación.

Una revelación.

Cuando Felisberto bajó pisándole los talones, tomó su mano izquierda con retraimiento y acomodándose los anteojos atinó a decir:

-Cuídate.

Sus ojos se cruzaron una vez más.

-Lo haré. Padre.

El auto descendió por la avenida, perdiéndose entre un tumulto de coches que iban y venían.

Entró a casa. Estaban preparando la mesa para sentarse a almorzar. Ese día le tocaría a ella tener que lavar los platos.

Los miró a todos antes de proseguir.

-¿Ayudo en algo?

-Sí Margaret. Puedes ir por el pan que esta sobre la mesada de...

-Sí, ya sé Marcos.

-Bueno...Rieron.

Gaide había levantado con unas ojeras terribles. Las disimulaba muy bien con un maquillaje barato comprado en una feria.

Al terminar todo se sentaron. Ella empezó a servir la comida.

Visualmente devoraba los platos, a cada uno le cargaba hasta el tope.

Mientras los demás hablaban del último asesinato, ella ya había empezado tiempo atrás a comer.

Para ella se sirvió un plato henchido de verduras. Lechuga y tomate.

Nada más.

-¿Es lo único que comerás? – preguntó Marcos limitando no levantar la voz.

-Sí. ¿Algún problema?

-Veo que a nosotros nos has servido demasiado, en cambio tu plato está muriendo de pena.

-¿Morir de pena?, gira tus palabras para la que está en frente de ti.

Gaide estaba en frente.

-¿Hablas de mamá?

-Saca conclusiones.

Su voz había salido tan anémicamente como la del grillo – del hospital – pero ya jubilado. aniel González Miss Hueso116 117El recinto recobró el silencio.

Margaret fue la primera en levantarse de la mesa. Yendo directamente, y sosteniendo el desabrido impulso de vomitar, hacia el baño. A vomitar. O al menos intentar hacerlo. Porque cuando lo quería hacer el entrometido de Mauro se fue a su baño diciendo que el baño principal estaba clausurado por un tiempo, problemas con la plomería. Se había averiado.

Al salir del baño quedó plasmado contra la pared del pasillo.

-¿Y todas esas fotos? Su tono se tornó horrorizado.

-¿Hablas de ellas?-Sí. Las modelos.

-Ah.

Se sonrió.

-Son mis ídolas.

-¿He?

-Ídolas. Es decir – empezó a señalar a cada una de ellas desde afuera –.

¿No ves lo lindas y perfectas que son?

-Sí. Son lindas. Pero toda mujer es bonita. Tú lo eres.

-Eso dices porque soy tu hermanita.

-No soy el único que lo piensa.

-¿Cómo? ¿Qué tratas de decir?

-Trato de decir que el niño de aquí al lado ¿recuerdas?, el que se mudó hace unos dos meses.

-Sí, si lo recuerdo. Pero habla ya.

-Huu... bueno, mandó saludos a la familia. Pero en especial a vos.

-¿A mí? ¿Y yo que tengo que ver con ese?

-Oye sólo te lo decía.

-Bueno salte de mi cuarto.

Quedando sola, cerró la puerta con desesperación y fue directo al almanaque. Lo miraba con atención. Ya iban a ser exactamente tres meses que no le bajaba. Su período se había retrasado. En su desesperación volvió a optar por un llanto desolador. Pasaron dos horas cuando todo parecía calmado.

Tenía que cumplir lo que había acordado con Felisberto. La hora que tenía que salir, tenía que ser una hora bien, bien tarde. Para que Susana no se entrometiera.

El final del día se aproximaba. Dio unas vueltas, descalza, por la biblioteca; Gaide leía y sus dos hermanos dormitaban.

Ya todo estaba planeado. Saldría exactamente a las diez, cuando su madre – cansada de ese autor, para ella desconocida, la lleve a un sueño profundo – esté en su habitación rogando por el alma en pena de su marido.

La noche sin viento, tibia y agradable, no ofrecía peligro. Miró el cielo, tan negro que dejaba entrever las estrellas brillantes como recién lavadas.

Escapar de su habitación no iba a ser tarea fácil, pero esta vez debía

aprobar, no como en la escuela que últimamente le iba de mal en peor.

Abrió la ventana, topándose con una noche fría, muy fría. Se abrazó a sí misma, implorando no ser vista por nadie. Penetró por ella, pudiendo al fin salir. Su alcoba se encontraba en el segundo piso, así que bajaría por un árbol que yacía cerca; sus ramas casi logran entrar en la habitación. No había problema ya que sus ramas eran tan resistentes. Bajó a la vereda.

Estaba libre de transeúntes. Eso era bueno porque servía para que hablara a solas con su confusión. Pensar que Emilio era hijo de Felisberto y que ella era la última en enterarse no le cerraba en aquella cabecita.

Sus piernas le temblaban a cada paso y debía caminar para poder llegar.

La somnolencia se apoderaba de sus ojos rápidamente; cayendo desvanecida en plena avenida. Fue allí donde por milagro apareció Javier levantándola con todas sus fuerzas fuera de aquel peligro. Trato de despertarla y todo fue en vano. Hasta se atrevió a cachetearla en medio de aquella penumbra.

Nada funcionaba.

La observaba de pies a cabeza.

En sus pensamientos Margaret volvió en sí. La primera reacción fue despertarse y levantarse del suelo con ímpetu, mirar a Javier y preguntar con profundo desconcierto:

-¿Qué pasa?, ¿Qué haces vos acá?

-Oye Margaret. Discúlpame.

-¡Contéstame!

-Mi mamá me mando a comprar en la cafetería de la esquina. Pan. aníela González Miss Hueso118 119Y cuando salía te vi. Por un momento te vi caer y salí corriendo para auxiliarte. Estabas tirada en plena avenida.

Levantándose él sacudió su pantalón para retomar su camino a casa.

-Oye... discúlpame. Fue sólo un momento de debilidad.

-Es exactamente por eso que no voy a mentirte. La verdad es que me escapé. Salí por la ventana de mi habitación, la que da para la avenida –

dijo ella, apuntando hacia su casa.

-No tienes que hacer eso. Está mal. Mira si te descubren.

-No pasa nada. Haya en casa todos duermen.

-Bueno, si tú lo dices, te creo.

-Bueno, ya tengo que irme. Me esperan en casa. La miró y caminó unos pasos.

-Espera.

Giró y la volvió a mirar.

-Con todo esto se me pasó agradecerte.

-No importa.

Siguió caminando.

-Ah. Tu nombre es Margaret, ¿verdad? Rio.

-Sí, me llamo Margaret.

-Qué bonito nombre. Un gusto Margaret, mi nombre es Javier. Javier Portillo, tu nuevo vecino, para servirte en lo que gustes y mandes.

Retrocedió y se dieron las manos.

-Me olvidaba.

-Sí. Dime.

-No, mejor olvídale. No deberías andar a estas horas por las calles, ya es tarde yyy... Su boca se curvó en un gesto de desprecio.

-Sí, ya lo sé. No me des sermones. Me voy a cuidar.

-¿Me lo prometes?

-Te lo prometo Javier.

Volvió a una tenue sonrisa.

Siguió por su camino. Lo ocurrido había sido tan extraño que mediante lograba pisar un paso trataba de analizarlo todo detenidamente. En su cabeza rodaban preguntas como: <él hijo="" de="" felisberto="">>, pero... no tienen parecido alguno, ¿Sería posible? ¿Lo abandonó? Llegó. Sana y salva, según lo prometido. Todos en el asilo descansaban.

Se acercó a la ventana que daba a la pequeña oficina de Felisberto. Tocó y hablando despacito lo llamaba.

A la primera llamada él atendió, abriendo la ventana ella se introdujo sin problema alguno. Cuando tocó el suelo de la oficina la presencia de un espejo la cegó. Su figura causaba daño al espejo. Felisberto la tomó de los hombros, y agregó a su silencio:

-Ahora veras que no soy el único que piensa que estas demasiado...Lo interrumpió.

-Gorda. Sí.

-No, no. Que estas demasiado flaca.

Volteó viendo su rostro. Sus ojos le proporcionaban una pequeña dosis de esperanza.

-Quiero lograr barrer esa tristeza que tienes o en otras palabras que te persigue mi niña.

-Nadie puede. Lo único que puedes en éste momento es abrazarme.

Necesitaba tanto poder verte, hablarte. Haya en...Fue bajando la voz, como si hablara para sí misma.

-Ya, ya no hables. Entiendo con solo mirarte.

Quedó el silencio hasta que ella rompió el hielo.

-¿Y tu mujer? ¿Duerme?

-Sí. No se sentía muy bien. Con todo esto de haber encontrado a Emilio.

-Es eso exactamente lo que quiero que me cuentes. Yo no sabía que él era

tu hijo. Bueno en realidad nunca supe si tenías hijos.

-No te lo conté porque la historia es muy triste. Y deberíamos tomarnos unos cuantos cafés.

Rieron.

-Y con todo esto... ¿En tu casa te dieron permiso para salir a estas horas de la noche?

-Eee...

-No me mientas, que yo te conozco.

-Y no lo haré. Me escapé por la ventana de mi habitación. aniel González Miss Hueso120 121Él se pasó las manos por la nuca.

-No debes hacer eso.

-No pasa nada. Haya todos duerme también.

-Bueno. Espérame aquí, traeré un café y...

-Ya sabes.

Margaret se sonrió.

-Claro. Una naranja.

-¡Sí que me conoces! Se buscó en busca del café y la naranja para ella.

Una cálida somnolencia le pesaba. Decidió sentarse en el escritorio de Felisberto. Sintió curiosidad por unos papeles fosforescentes. Los tomó.

Una citación para entregar su libro. La puerta se abrió, ella soltó todo de prisa.

-Bueno, aquí está. ¿Qué hacías?

-Nada, nada. Solamente miraba el cuarto – ella movió el brazo con violencia, haciendo caer al suelo una lapicera del escritorio. Se agachó para ponerla en su lugar –. Es muy bonita, ¿Sabes?

-Eres fisgona...Él rio de sus propias palabras.

-Oye...

-Bueno, es aquí donde comienza la magia.

-¿Magia?

-Sí, ya sabes escribo.

-Ah, sí entiendo. Pero dime una cosa Felisberto, ¿Cuántos libros llevas publicado?

-Hasta ahora tres libros mi niña.

Callaron, un suspiro lanzado por Margaret volvió el tiempo atrás.

-¡Cierto!, me tienes que contar que pasó con tu hijo.

-Te explico.

CAPÍTULO NOVENO

-Nos casamos con Susana en 1970. Era muy complicado.

Sus padres se oponían en todo momento a que nosotros estuviéramos juntos. Sabes, ella tenía una hermana. Odiosa en todos sus aspectos. Hasta te cuento... ella gustaba de Mauro – el chico rockero del barrio – pero la causalidad sucedió cuando éste terminó por quedarse completamente enamorado de Susana.

Esperó unos segundos. Al parecer para respirar.

-¡Ah tiempos!

-¿Y luego que pasó? – preguntó ansiosa Margaret.

-Susana terminó saliendo con éste chico, solo para fastidiar a su hermana.

Se odiaban mutuamente. Una a la otra. Salió con el chico unos meses; fue allí donde aparezcó yo. Estuve siempre enamorado de ella, pero jamás se hubiera fijado en un chico de barrio, sin nada que ofrecerle.

El rockero tenía el campo totalmente ganado.

-¿Entonces la invitaste a salir?Él asintió con un movimiento de cabeza positivamente.

-La enamoré. En el café donde siempre nos encontramos.

-¿En ese café? ¿Allí?

-Sí. Ese café lleva enterrado recuerdos que jamás borraré.

-¡Cuéntame!, ¿Cómo lograste que se fijara en ti?

-No fue nada fácil.

Mi mamá siempre me daba dinero para ir a comprar en pan allí. Siempre compraba menos, para poder tomarme una tacita de café. Adoraba el café de Don Mariano...aniela González Miss Hueso122 123

-¿Mariano? – interrumpió.

-Sí, Mariano era el antiguo, pero antiguo he, jefe de allí. Esa cafetería fue pasando de generación en generación.

Bueno ¿en dónde estaba?;... ¡Ah!, bueno una tarde que mi mamá me había mandado, la vi sentada, sola. Diría hasta con un aire de tristeza. La vergüenza me llegaba hasta el cuello, pero mi valentía, mi amor, superaba todo mi apocamiento al verla así. Me acerqué, claro, y le dije:

-¿Puedo hacerte compañía?Ella dudó en aceptar tan tremenda invitación.

-Sí – respondió trémula.

Hablamos y me contó que estaba embarazada del rockero. Que no sabía qué hacer. Sus padres la matarían al enterarse, y por más que haya salido con el rockero sólo por un capricho logró quererlo y el hecho de alejarse de su hermana le dolía profundamente.

Felisberto paró con su narrativa. No quería transformarse en motivo de

curiosidad y pena.

Margaret lo observaba mientras comía su antepenúltima rodaja de naranja. Ella sonrió, comprendiendo la situación.

Y felisberto prosiguió:

-Le pregunté si él se iba a hacer cargo de la criatura y como era de esperarse me dio un no profundo.

Me sentía angustiado por la situación. Y fue allí donde le propuse que yo me podía hacer cargo del niño. Que trabajaría de sol a sol, que haría todo lo posible para darle lo mejor a los dos. Era tanto el amor que le tenía que por ella cruzaría el brazal en pies, cruzaría el mar nadando de una punta a la otra.

T odo con tal de que ella me dedique una voz o sonrisa. Nada importaba.

Ella se negó a la primera propuesta. Pero después de unos cuantos ruegos y suplicas terminó por acceder.

Cuando dijo que sí, se levantó de la mesa y se fue.

La silueta que iba dejando con cómplice de una sombra era perfecta.

Hasta ahora lo es.

Pasaron varios días hasta que la volví a ver en ese café. Sus ojos ya tenían un color diferente. Me pidió que vaya con ella a su casa, que debía presentarle a sus padres, y de paso darle la gran noticia de que serían abuelos. Me asusté, naturalmente, pero no dije que no. Pero primero le advertí que debíamos ir a mi casa para vestirme de una forma diferente, que la forma en la que estaba era ridícula.

Accedió.

Emilio nació y como lo he dicho, me hice cargo de él, es decir, de los dos. Sus padres siempre se opusieron a lo nuestro, pero antes de las habladurías aceptaron. En todo momento mi suegro me quería dejar mal ante la familia, por supuesto, no lo permití, siempre trataba de que la moneda se de vuelta en su contra. Hasta que un día, toda la familia se reunió en el campo, y fue allí donde me retó a cortar madera. Lo que no sabía, pues yo era adiestrado en el tema. Quedó muy mal al ver que fui primero en acabar.

T uvo que echarse a reír.

-Pero... ¿Susana, como se enamoró de vos?

-Al pasar el tiempo le demostré en cuerpo y alma como la amaba. Todos los días, hasta el día de mi muerte la seguiré enamorando. Le entrego una flor roja cada mañana, para mí significa darle mi vida en esa rosa. Nunca supo de donde las adquiero. Pero esas empezaron a brotar en un costado de la cafetería. Siempre están hermosas, así que decidí llevar una todos los días.

-Pero... ¿Y cuando no es temporada?

-Bueno, ahí tengo una trampita, voy a cualquier kiosco.

Pero sea o no sea artificial, siempre le llevo una.

-Lo que me cuentas es muy romántico.

Sus palabras se apagaron.

Súbitamente recordó algo y se puso de pie.

-Ya casi son once y media. Debes irte, no quiero que te regañen en tu casa.

-Pero si todos duermen...

-¿Y si justo tu madre se levanta para ir al baño? ¿No me dijiste acaso que el baño principal se averió?

-Tienes razón. Es mejor que me retire. ¿Mañana iras al café?aniela
González Miss Hueso124 125

-No lo sé. Con Susana así, me abstengo de salir.

-Entiendo.

-Bueno Felisberto, me voy.

Se besaron. Ella se deslizó por la ventana con dificultad, pero al fin salió.

-Hasta luego – susurró poniendo un pie en la vereda.

-Hasta pronto mi niña.

Se conformó con verla. Lo que le inquietaba era verla así, así famélica como estaba. La anorexia la estaba matando, sabiendo que él no podía hacer nada, en absoluto.

Margaret caminaba por la avenida, totalmente desprotegida. Nadie andaba por allí, el peligro acechaba a cada paso. Pero el peligro no estaba en las personas, el peligro estaba dentro de ella misma.

La somnolencia se apoderaba de sus ojos rápidamente. Sentía como sus piernas temblaban, todo su cuerpo se estremeció. Cayó desmayada.

Desmayada por segunda vez.

Felisberto, luego de que ella salió terminó de tomar su café, ya frío, apagó la luz de su pequeña oficina y se acostó al lado de su esposa. Sin percatarse de lo que afuera estaba pasando.

CAPÍTULO DÉCIMO Apenas clarecía. Margaret abrió los ojos, estaba sola en una cama, blanca.

Las sábanas estaban limpias, al parecer recién lavadas. La habitación era blanca, un blanco que inspiraba a dolor.

Lo sentía. Estaba agotada. A su alrededor, una mesita de luz que portaba consigo un pequeño vaso de agua. Las ventanas se tornaban de un color amarillento con la entrada de la luz del sol, una de ellas contenía una rajadura.

La habitación adquirió una luz blanca... Pensó, que estaba muerta y se encontraba en algún tipo de paraíso muy lejos. Pero no. Estaba en el hospital S. Kiara. Otra vez volvió a la dura realidad, pero la realidad la atrapó a ella. Personas no habitaban en ella, más que su maldito y gordo cuerpo estaba allí.

Su mirada se movía de un lugar a otro haciendo un zigzag de recuerdos.

Atormentándose ella misma, fiel a lo ridículo.

Se levantó. Fue a ver detrás de una cortina. Buscó y la tocó con delicadeza. Había un espejo, grande, como el que tenía en su habitación.

Se reflejó, un mundo de lágrimas volteó el suyo. Estaba flaca, ese espejo mostró una cruda realidad, pero no lo quería aceptar. Ya iba a ir por los 44 kilos y seguía adelgazando. Por más que aquello fuese un sueño, ella

debía entender.

Se levantó toda sudada.

El viento que rondaba por la casa enfriaba su cuerpo, el sudor empapaba toda su ropa. Aníela González Miss Hueso 126 127 Abrió los ojos, contemplaba el techo, como buscando una respuesta. A sus pies estaban sus dos hermanos y su mamá. La miraban con desprecio.

-¿Qué pasó? – atinó a decir.

-Te trajeron esta madrugada.

-¿Quién?

-Unos chicos. Una pareja. Te encontraron desmayada en plena avenida.

¡Esto es el colmo Margaret!, desde ahora vas a comer porque vas a comer.

Y no pongas excusas porque ninguna será válida.

-Pero...

-Ningún pero. Anda, levántate y ven con nosotros.

Negó con la cabeza. Marcos y Mario la miraban con severidad.

Se armó de valor para poder levantarse, pero apenas si consiguió sacarse de encima las sábanas.

-Espera, espera. Te ayudo – dijo Marcos.

-Déjala, ella puede sola, si pudo ponerse a dieta, tendrá el valor suficiente como para levantarse de esa cama – habló Gaide impidiéndole que se arrime a ella.

Margaret la miró con total impunidad. Ni el pensamiento ya le funcionaba, estaba agotada. Decaída. Solo esperaba a que Gaide le preguntara que andaba haciendo a altas horas de la noche fuera de casa.

Se abstuvo a decir palabra alguna mientras intentaba a levantarse, al fin y al cabo no podría ya que apenas tenía fuerzas. Tenía ganas de llorar, pero sabía que eso no le ayudaría en absoluto y dar pena no era la solución.

Se levantó, se colocó las pantuflas y bajó. A pesar de que Gaide le prohibió que la ayude, él de todas formas lo hizo. Bajaron las escaleras, ella gemía de dolor de piernas, Marcos la consolaba a cada paso. Al tratar de bajar el quinto escalón, resbaló, golpeándose el tobillo. Pegó un grito estremecedor.

Cuando levantó la mirada, vio a Gaide esperándola con un plato de comida. Una sopa recargada de todos los ingredientes posibles. Volteó mirando hacia atrás, quería volver a su alcoba y dejarse morir haya. Prefería morir flaca, a que ser una gorda como ella, como su madre.

Rotundamente dijo:

Con el cansancio que llevaba no pudo su cerebro captar ese dato y armar la información.

Enervada cumplió esa primera misión. Ahora quedaba comer, comer todo el plato.

-Muy bien – dijo Gaide, olvidándose de que no bajó sola, sino que Marcos lo ayudaba.

-Ahora comerás todo el plato ¡Siéntate!No podía creer lo que estaba viviendo.

-No puedes obligarme – contestó ella con voz ronca.

-¡Siéntate!No le quedó escapatoria. Esta vez no podía poner excusas, ni mucho menos pedir una naranja para comer. Debería enfrentarse a ese plato.-Está bien. Lo comeré.

-Muy bien, me parece bien. Aquí nos quedaremos viéndote comer.

-Si están aquí no podre – dijo en tono desolador.

-Claro que podrás.

Movió la silla, lánguida, y sentándose empezó a ingerir. Ingirió su primera cucharada. Sintió el gusto, el gusto de algo diferente. Se dio cuenta de que por más que quiera seguir tragando no iba a poder, vomitaría allí mismo. La segunda cucharada apenas ingirió, empezó a temblar. Sollozaba.

Recordaba todo, desde el primer momento en que empezó con todo eso.

Lloraba con un plato de comida en frente, inerte. Los demás la miraban.

-Anda, come Margaret – levantó la voz Marcos.

Ella lo miró y con un suspiro alcanzó a decir.

-No puedo. La mera verdad...Se desmayó.

Gaide no hizo nada. La quedó mirando. Pensaba que sólo era una actuación barata. Algo confabulado con sus hermanos para verle la cara.

Se dio cuenta, ya que no reaccionaba ante los gritos de Marcos y Mauro, y sobresaltada la tomó entre sus brazos.iss Hueso129CAPÍTULO UNDÉCIMOLEvantarme en un lugar como aquél fue difícil. No pensaba jamás que el estar allí podría cambiar mi vida por segunda vez. Deploraba salir de allí, salir del S. Kiara. Además de ser un hospital común y corriente, era un establecimiento que recibía a anoréxicos.

Mi primer día:Hoy me levanté. Miraba las paredes blancas, pensé que era sólo un sueño surrealista. A mi lado había otras niñas. También de blanco. Estaban haciendo sus camas cuando desperté. Me miraron, una de ellas se acercó y preguntó mi nombre extasiada. Claro, se lo dije, no conocía a nadie y era mejor estar bien con ellas.

Había algo parecido que tenían todas. ¡Todas eran flacas, muy flacas!Me sentía súper gorda. Parecían robots. Algo me parecía extraño. No había espejos, no tampoco baños en la habitación.

Cuando me levanté, todas giraron sus miradas a mí. Desde los pies a la cabeza sentí sus trémulas y miedosas miradas.

Una de una larga hilera de camas parecidas, con cabezales de metal se desprendía a lo lejos.

Después de diez minutos la puerta de la habitación se abrió con fuerza.

Una señora vino a buscarnos. Yo no entendía nada.

Nos llevó al comedor. Tuve suerte ya que me senté al lado de la misma chica que me preguntó mi nombre. Estaba asustada completamente. Nadie hablaba.

Llegó el momento. Una señora diferente entró por una puerta, trayendo aniel González Miss Hueso130 131consigo un carrito con una variedad de

platos, con contenidos igualitarios.

Lleno de verduras, y carne. Repartió un plato a cada una. También un vaso de jugo de naranja. Tuve suerte porque seguiría con mi dieta.

La mala suerte es que nos obligaron a comer. Si no pude en mi casa, menos iba a poder aquí. Una de las chicas brotó en llanto, las demás miraban fijamente su plato, como si estuvieran haciendo algún pacto con él. Yo las miraba. A la que lloraba nadie le dio el más insignificante artículo. Como si aquello fuese algo normal.

Sabía que por más que las mire y tratara de hacer lo que fuere tenía que voltear mi insignificante mirada hacia mi plato, tratar de comer y concentrarme en lo mío.

Una mano me tocó el hombro, me voltee y era la que había servido los platos, distinguí en el bolsillo de su camisa un bordado que decía "conserje".

Una mujer con unas cuantas pecas, y muy muy gorda o al menos así la veía.

Me dijo que si no comía no iba a moverme de la habitación, que tenía que comer hasta la última migaja de comida que tenga. Su voz sonó con rudeza en mis tímpanos, me asustó. Volví a voltearme, miré el plato con delicadeza. Tomé en mis manos la cuchara. Ese cubierto sí que brillaba.

Parecía recién comprado. Metí la cuchara en el plato, éste era hondo, saqué el primer bocado. Lo introduje en mi trémula boca, empecé a masticar con miedo el arroz.

En mi rostro se tornó a bajar las primeras lágrimas, pidiendo piedad le dije a la conserje que no iba a poder comerme todo el plato, que con una naranja ya estaba. Como era de esperarse no aceptó mis suplicas. Me limpié la cara y proseguí. Así hasta llegar a mi sexta cucharada.

Dejé el plato a un lugar. Tomé el vaso de jugo y me lo bebí por completo.

Saciándome del líquido que me hacía bien.

Ya era la última en el recinto, todas ya habían cumplido la meta, hasta la que había llorado anteriormente. Y el conserje seguía parada en la puerta, mirándome como extraña.

De vez en cuando alzaba mi mirada decaída y también la observaba. No

sería hasta que yo termine mi plato.

El sueño se adueñaba de mí. Una que otra vez cabecee. Pero reaccioné y volví en sí, agarré la cuchara y empecé a devorar el plato. No masticaba.

Sólo tragaba. Tarde unos minutos en terminar enteramente mi plato. El conserje sólo dijo

Cuando salí, aún seguía allí. No podía creer de donde sacaba las fuerzas para no caer dormida ya. Me llevó a la pieza, entré sin decirle ninguna palabra. Y a mis espaldas retumbó su voz < anda="" acuéstate.="" buenas="" noches="">>, y el ruido estrepitoso de la puerta cerrándose.

Todas ya dormían, era la única que aún no pegaba los ojos.

Fui a mi cama así como estaba vestida, me acosté.

Día 2:Hoy me quiero volver a casa, no soporto comer toda esta basura de comida. El desayuno es un horror de cosas dulces, y no hablar del almuerzo.

Todavía no caigo que estoy aquí. Encerrada con desconocidos. Mi mamá aún no bien, y mis hermanos estoy consciente de que no lo harán. Mi dieta en éste lugar se fue por la borda, como mi vida. ¿Sabes cómo me llaman? ¡Miss hueso!, porque según escuché, me creen bonita. La verdad, no lo soy.

Me quedan las dos últimas comidas, la merienda y la cena. Las colaciones no las comeré, ni loca. Me extraña que únicamente en los baños haya espejos. Quiero verme, deseo tanto poder verme.

Hoy lloré un mar de lágrimas sobre la mesa, y otra vez fui la última en quedar. Aquí nos enseñan a tejer y a dibujar, pero odio esas cosas. Así que me quedo en la habitación viendo sus defectos, como lo hacía cuando estaba desde afuera.

La habitación era linda, hasta cómoda. Éramos diez chicas en total.

Cada una con su mesita y su jarra de agua con vaso. Las ventanas no se podían abrir del todo, no sé porque.

Hoy me di cuenta que aquello era una cárcel.aniela González Miss Hueso132 133Día 3:La miss hueso se hartó. No puedo ni salir a caminar por los pasillos del hospital. Pero descubrí algo interesante. Desde donde estoy, veo que esta clínica tiene conexiones, no directas, pero al fin

conexiones con el Kiara.

En estos tres días me di cuenta que engordé, no sé cuánto en realidad, pero en mi cara se formó un cachete de grasa espantoso. Ni bien salga de éste lugar quiero volver a comenzar con mi dieta.

Día 4:Hoy no escribiré. Estoy muy triste.

Día 5:Hoy tampoco.

Día 6:Como quisiera ver a Felisberto, a Emilio o a Alfredo. De alguna forma con verlos mis pesares disminuirían.

La comida me causa repugnancia. Apenas pruebo los bocados. Siento el deseo de vomitar. Hoy una de las chicas lo hizo, todas suponen que fue al propósito. Yo creo que no, no creo que se vaya a dejar en ridículo frente a todas. Pero bueno... cada una sabe lo que hace.

Hoy tenemos recreación, es decir, no es lo que piensas. Es salir de día de campo. Llevar los dulces que queramos. Yo no llevaré nada, no voy a comer por comer.

Ya pasaron seis días y ninguna novedad de mi familia. No sé porque no vendrán a visitarme. Estoy aquí metida con desconocidos y con una angustia tocándome los talones. Siento desesperar.

Día 7:La miss hueso se siente triste. He comido mucho, demasiado. Cada migaja era una pena. La mayoría de las chicas superaron su miedo, yo por más que intente ponerme una máscara no puedo. Hoy intenté escaparme mientras las demás tejían, para ir al baño y vomitar. No pude. Uno de los conserjes de la otra área me vio y avisó a la principal, a esa que siempre viene para levantarnos a la mañana. Un horror.

Todas la comodidades que antes tenía, ya las perdí. Me cambiaron de habitación. Ahora duermo en un cuarto del fondo.

Me dejaron castigada por diez días. ¡Imagínate! Lo único bueno es que tengo lápiz y papel.

Otra cosa: yo no quiero comer.

Día 8:Estar encerrada recibiendo comida, es lo peor. Vigilan mi pieza constantemente. Aquí las paredes están todas rayadas, la puerta verde casi se cae. Ruego a Dios que no venga una tormenta o estaré perdida.

Hoy comí una ensalada de carne. Estaba rica, pero que una persona te esté observando mientras comes no es para nada lindo. En cada comida está el conserje arriba de mí. Ha... Quiero ver a Felisberto, contarle todo lo

que ha pasado, seguramente estará preocupado. Ojalá y pueda publicar por fin su novela. Mi novela.

Día 9: Me siento fresca, fresca. ¡Me levantaron el castigo! Dicen que por mi buena actitud.

Hoy me planteé muchas cosas en mi vida. ¿Qué será del colegio?, ¿Y de mis antiguos amigos?, Morena, Gabito y... ¿De mamá?, ¿De mis hermanos?, que será de mi amigo Felisberto y su hijo. Tal vez ni me recuerden, puede que me dejaran aquí y ya no quieran verme.

Y sí, soy un desperdicio. Intenté todo para agradar y mírame, aquí estoy volviendo a engordar. Sabes, volví a recordar a Alfredo, ¡Vaya que era lindo!, un profesor delicioso. Quiero mi vida, esa en la que papá estaba incluido. Sí esa.

La comida de hoy fueron fideos con queso. Comí medio plato sin que me obligaran. ¡Me felicitaron!, estoy orgullosa de mí. Ahora impusieron una hora para que termines, son 60 minutos para que acabemos dejando brillante el plato. Es poco, lo sé, pero trataré de hacer las cosas bien para aníela González Miss Hueso134 135 poder salir pronto de aquí. Nadie me habla, es decir, nadie se habla con nadie. Es extraño este lugar, no le aconsejo a nadie.

Día 10: Ya llevo diez días aquí, y no hay novedad de que alguien vino a verme, o a buscarme. Cada vez que quieren llamar mi atención las demás chicas me dicen "miss hueso", ya me quedó ese apodo. Aunque es lindo, no deja de ser ridículo. Todas las demás no tienen apodos, soy la única. Hasta que pensé podría estar siendo yo, la líder del grupo. Me da igual, lo único que quiero es salir, salir de aquí.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

-Despierta Margaret – murmuró –. Despierta, despierta.

Ella abrió los ojos.

-¿Qué pasó?

-Te desmayaste en pleno comedor. Y gritabas cosas como: ¡Quiero salir de aquí!

-Ignora lo que dije. ¿Y mamá?

-Salió – dijo Marcos.

Estaba desvanecida en el suelo. A su alrededor había alcohol y frascos de

perfumes.

-¿Qué es todo esto? – preguntó, tomando entre sus manos su perfume.

-Era simplemente para ver si reaccionabas.

-Entiendo.

Se sentó mirándolo.

-Estoy cansada – le dijo.

-¿De qué?

-De que por ser gorda los demás me dejen de lado.

-Nadie te dejó de lado. ¿Acaso no ves que aquí estamos tu familia?

-¿Y porque Mario y mamá no están? – habló casi con dolor.

-Ellos no están en presencia, pero te piensan a cada rato.

-Pero... mis amigos, ellos sí me dejaron y sé que es porque estoy...

-SHH... - Susurró, tapándole la boca.

-Ellos no te dejaron porque estas gorda.

-¿Y entonces?

-No puedo decirte, pero créeme que no es por eso.aniela González Miss Hueso136 137Sus ojos estaban rojos, hinchados de tanto llorar; pero no pudo contenerse y se tiró de llena a los brazos de su verdadero papá. Sus manos esqueléticas tocaron el rostro caliente de marcos. Por un momento parecía que el mundo se terminaría allí.

-Quiero... quiero que me prometas que dejarás atrás éste absurdo. Que comencaras una vida nueva. – habló Marcos con sollozo.

-No puedo prometerte Marcos. Ya mi vida esta arruinada por completo.

-No, no digas eso. T u vida no está arruinada. De ahora en más podemos comenzar una vida juntos.

-¿Juntos?

-Sí, juntos. Tú y yo.

Una mueca de alegría coloreó el rostro de Margaret.

-¿Sabes lo que soñé mientras estaba tirada aquí?

-No. Cuéntame. Imagino que no será nada lindo por la forma en que gritabas. Parecías morir, me asusté mucho.

-¿En serio lo decís?-Sí.

-Soñé que me internaron. En el Kiara.

-¿El hospital que está a unas cuadras?

-Sí, ese mismo.

Un repentino dolor pulsante obligó a Margaret a llevarse las manos al estómago. Lanzó un grito ahogado.

-¡Para Margaret! ¿Qué sucede?

-Muero Marcos. Siento morir. Me duele demasiado la panza, ¡No aguanto! Cargarla no fue un martirio. Su peso rozaba los 40 kilos. Cuarenta kilos bajados con una dieta que poco a poco se llevaba por completo su vida.

Dejó de ir a la escuela, su interés desvanecía como su cuerpo.

Esa noche pasó en el hospital, acompañada de doctores y enfermeras.

Estaba conectada a muchos cables, de todos colores.

A la mañana siguiente sentía los parpados como si se le hubieran cosido.

Sentía que la piel se desgarraba mientras los despegabas lentamente para abrirlos y parpadeaba por primera vez en dos días. Sí, en dos días. No pasó sólo una noche en el hospital sino que fueron dos días interminables allí.

En la penumbra yacía Felisberto, sólo, la miraba, ella lo miró, volvió a cerrar los ojos – como no creyendo a la visión – y volvió a abrirlos. Era él,

esperando su reacción.

-Margaret, Margaret.

Ella no podía creer que la edad que tenía ya esté a su lado tocándole el brazo, cuando hace segundos la miraba desde lejos.

No puedo hablar. El dolor se desvanecía pero ella era consiente de una sensación ácida en las paredes de la garganta. Gesticulando le pudo dar a entender de su dificultad.

-Ah... Claro, no puedes hablar. Pero no te preocupes que no me separe de tu lado.

Sabes, tu familia está afuera. Todos están preocupados por ti. ¿Qué pasó Margaret?, Ve, ve en el estado que has llegado... pesar sólo 41 kilos, y estás muriendo en ésta cama, en ésta maldita cama de hospital.

Ahora que no puedes hablarme, seré yo el que te hable a ti.

¿Sabes cómo te apodaron aquí? Margaret hizo gesto de indiferencia.-MISS HUESO.

Por más que ella no pueda hablar, sabía que eso sólo pasó en sus sueños.

Su sueño se había escapado a la realidad.

-Dicen aquí que es por tu belleza. No los culpo, eres muy linda, pero no es porque estés flaca, para mí siempre serás la niña más linda del mundo.

Vas a salir de aquí recuperada, completamente.

Margaret casi se duerme.

-Ah... ¡Espera, espera!, no te duermas sin antes recibir una visita.

-Ven, ven – hizo un gesto con la mano, llamando detrás de una cortina blanca.

-Mira Margaret. Ella es tina.

No lo podía creer, era la misma nena a la que había visto tiempo antes.

Era ella. Pero más gorda. Y linda.

-Tina, ella es Margaret. Mi amiga incondicional y la protagonista de mi nuevo libro.

-Un gusto Margaret – estrechó su mano a la de ella. Aniela González Miss Hueso138 139 Ella la miraba, tratando de recordar todo. El sueño la dominaba, pero trataba ella de dominarlo.

-Bien chicas. Las dejo solas – Felisberto se perdió por entre las cortinas, dejando a Tina con Margaret.

-Bueno, he escuchado que tú también sufres de anorexia.

Margaret hizo un gesto moviendo la cabeza.

-Pero con sólo verte me doy cuenta que fuiste parte del clan.

Por más que lo intente no podía decir palabra alguna.

-Te preguntaré a que clan. Bueno, así nos llamamos entre nosotros, los anoréxicos, bulímicos.

Por cierto, me dijeron que te llaman miss hueso. Oye que te queda bien.

Masculló ella entre dientes: < ¿quién="" me="" dice="" así?="">>

-Todos los de aquí. Pero no es por maldad. A mí me dicen: "Anémica", y yo lo tomo como un cariño ya que todas tenemos el mismo problema.

Temor a engordar.

Las palabras se apagaron. Tina ya no supo que decir o que hacer. Por un segundo Margaret pensó que se iría y sin saludar.

-Bueno, puedo decirte que me encantó conocerte el otro día. Te vi saliendo del baño llorando. Sabía que no era por tu papá. Sabes mentir nena he...

-¿Nena? – interrogó Margaret.

-Sí, yo tengo 19 años. Podrás ver que una de las consecuencias – aparte de estar en una cama – es que te hace chiquita. Y tener tres años esta enfermedad no es muy lindo... soy pequeña ya que mis huesos no recibieron toda la alimentación adecuada.

Margaret la miraba con asombro. El sueño se había disipado.

-No le sigas el juego. No te metas cosas en la cabeza como: Nadie me quiere porque soy gorda, me veo fea, mi novio me dejará por ser así, todos me dejan de lado por estos kilos de más, entre tantas cosas que las adolescentes se arman en la cabeza. Trata de ser vos misma, de comer sanamente, de hacer ejercicios.

Lo tuyo son meses, pero imagínate llevar esta enfermedad a cuesta ¡Años! Ven, levántate, te ayudo.

La tomó de sus brazos y la ayudó a bajarse de la cama. Temblaba. Ya ni siquiera podía pararse sobre sí misma.

La llevó detrás de las cortinas. Había un espejo grande, muy grande como de dos metros de anchura.

-¡Mírate!, observa cómo te ha cambiado el cuerpo.

Ella entrecerró sus ojos ante su reflejo en el espejo.

-Ves, estás flaca. Lo que tanto anhelabas. Pero hazte ésta pregunta, ¿Tu familia se fue de tu lado? Margaret la miró, ella le sostenía de la cintura para que no se cayese.

Sentía el calor de sus manos.

-¡Habla Margaret!, sé que puedes hacerlo.

-Sí, mi familia está aquí. Pero... ¿Y mis amigos? Una voz a sus espaldas la interrumpió.

-Tus amigos también están aquí.

Se dieron vuelta para ver quiénes eran.

Eran los tres: Gabito, Morena, y Luis.

Sus miradas se juntaron haciéndose una sola.

-¿Ustedes quiénes son? – preguntó Tina.

-Somos los amigos de Margaret.

Margaret hizo un movimiento brusco queriendo desplazarse hacia ellos.

-¿Qué pasa? – le preguntó Tina.

-Llévame... - Habló Margaret a duras penas.

La movió despacio sin decir palabra alguna. Los amigos se volvieron a reencontrar. Se abrazaron, como si ese abrazo fuese eterno. Tuvieron cuidado, claro, porque la debilidad que ella tenía no podía resistirse a un abrazo excesivo. Fueron prudentes.

-Sentimos mucho haberte dejado – habló secándose las lágrimas Gabito.

-Porque... ¿Por qué lo hicieron?

-Fue un error.

-¿Qué error?Tina interrumpió con una tos seca.

-Fue tu papa – habló Morena.

-¿Qué pasó con él?

-T u papa me violó Margaret.aniela González Miss Hueso140 141

-¿Qué decís Morena?

-Sí. Eres tía.

Las palabras se apagaron.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

-Creo que lo mejor será internarla. Ya no puede seguir dando problemas y problemas. Esto de la anorexia sobrepasó los límites.

Puede que ella sea la cruz de mi existencia – decía Gaide a la enfermera.

Mientras la observaba desde la punta de la camilla.

-Piénselo dos veces. Su hija se puede recuperar si hablan con ella. Es para mí, solo un capricho adolescente.

-No lo es, sino ya estaría recuperada. Le he hablado de mil formas con mis hijos.

No se daban cuenta que por más que ella no podía abrir los ojos, las escuchaba plenamente.

-Creo que es una de las pacientes más fuertes. Tres meses sin comer lo adecuado.

-Querrás decir, sin comer nada.-Lamento mucho por lo que está pasando señora.

-Quiero pedirle un favor – habló Gaide. Su voz sonaba sosegada.

Ella le dirigió una mirada de perplejidad.-Dígame.

-¿Puede ayudarme con el tema de la internación?

-¿Es en serio? ¿No lo va a pensar siquiera un día?

-No, no tengo nada que pensar. Ya lo decidí y es mejor para ella.

-Está bien. Ahora preguntaré.

El escapar sería inútil. Postrada en esa cama sin siquiera poder moverse un milímetro. Margaret se resignó, su madre la internaría. Su sueño, ese sueño infernal, se haría realidad.iss Hueso143CAPÍTULO DECIMOCUARTOPasaron días. Fue internada, derivada a la parte trasera del Kiara. Según información médica si no se atendía dentro de las 48 horas ningún rastro de vida quedaría de ella.

Su anemia se extendía más y más. Lloraba cada vez que la sentaban a la mesa. Huía de la comida despavorida. Como si fuera la comida su enemiga. En la clínica con su llegada eran exactamente 10 chicas, lo que hasta ahora es extraño ya que su sueño se llevó a cabo.

Cuando llegó a la clínica pesaba dos kilos más que cuando estaba en el hospital – 43 kilos para ser exactos -, sin pensar en los tantos que bajó. Su comportamiento fue como el de cualquier adolescente

anoréxico:Engrosamiento glandular (área cuello).

Caries, erosión de la raíz dental, pérdida de piezas dentales.

Desgarramiento esofágico.Esofagitis crónica.

Inflamación crónica de la garganta, dificultad para tragar.Espasmos estomacales.

Problemas digestivos.Anemia.

Alteración del balance electrolítico.

Problemas gastrointestinales e hipopotasemias (concentraciones bajas de potasio en sangre).

Me llama la atención porque ninguno de sus familiares directos vino a aniel González Miss Hueso144 145verla. ¡Ah cierto, me olvidaba de un tal Marcos!, siempre los mismos, un anciano que se llamaba Felisberto. Muy agradable por cierto; y su hijo, Emilio. Con quien nos hicimos muy amigos, acostumbraba a dormir aquí en la clínica. Lo llevé a mi casa, para que me ayude con mis papeles ¡Pobre!, no tenía trabajo.

Una que otra vez venían unos niños aquí. Deben de ser los amigos de ella. Se ponía tan jubila con la llegada de los tres. Debe de ser duro tres meses encerrada aquí, y más sin la presencia de los que uno más quiere – Su familia – pero a ella, peculiarmente, no se le notó.

En fin. Espero que mi reporte haya gustado.

Saludos. El doctor.

Éste fue el reporte hecho a mano por el doctor que la atendió durante los tres meses.

CAPÍTULO DECIMOQUINTOEn la mesa todo era diferente. El lugar que alguna vez Nasar ocupó se veía usurpado por Emilio. Un extraño que pasó a ser algo más. Nadie notaba la ausencia de Margaret. Marcos ya no vivía allí. Sólo quedaban ellos tres; Mario, Gaide y Emilio.

-¿Qué tal mi comida? – preguntó Gaide mirando fijo a su plato.

-Rico – respondió Emilio, tratando de disuadir toda pregunta que salga de la boca de ella -. Sólo creo que le faltó un poco de sal.

-Yo también pienso eso madre – respondió Mario.

-Y tu Marcos... ¿Por qué no hablas? –preguntó fijando su mirada en él.

Alzó su hombro con gesto de indiferencia.

-¿Ahora no hablaras muchacho? – preguntó Emilio esta vez.

-No seré cómplice de un delito – murmuró

-¡Otra vez con lo mismo! – dijo Gaide levantándose de la mesa y ejerciendo una fuerza en contra de la mesa.

Emilio la tomó de la muñeca, en señal de calmarla. Ésta lo miró y se soltó de él. Se retiró del comedor.

Emilio suspiró tomando aire.

-¿Cuántas veces he de decirte que tu madre está mal, y que si la nombras ve como se pone?Hubo un silencio cuando dejó de hablar.

Marcos tomó el mismo rumbo que Gaide. Dejando con la palabra en la boca a Emilio. Mario miraba su plato, tratando de devorar los fideos y retirarse también. No habló, tampoco tenía algo que decir.

Era tarde, como todas las anteriores Felisberto la estaba recordando, aniel González Miss Hueso146 147mientras los demás la trataban de olvidar. Dejó de asistir al café, ya sin su presencia nada era igual. Seguía escribiendo, tejiendo una historia en la cual la protagonista había desaparecido. Relatando tal vez una mentira.

-¿Crees que ella volverá? – preguntó Susana escabulléndose por la puerta de su oficina.

Su mirada estaba postrada en una hoja totalmente blanca; cuando la vio se mordió el labio.

-Yo sé que sí – contestó.

-¿Todavía sigues buscando una historia? – quiso saber ella.

-Así es. Necesito retirarme con honores – Habló acomodándose los anteojos. Su mirada parecía lagrimosa.

-Deberías olvidar ya todo esto.

-¿Me lo dices ahora Susana?, ¿Después de haber vivido y haberme conocido así? Esto es mi vida.

-Está bien, está bien – dijo acomodándose en uno de los sillones y agregó: ¿Y la anoréxica?

-¡No te permitiré que hables así de ella! – su voz pareció violenta.

-Bueno, Margaret – habló tratando de arreglarlo.

Sus ojos se desviaron veloces hacia la puerta semiabierta.

-Se recuperará, lo sé. Siempre será la niña que me llenará el alma, ojala pudiera oírme.

-Veo que tus palabras poéticas no las perdiste. Ahora dime...¿Cómo has hecho para quererla tanto?Pensó antes de responder, jugando con el lápiz.

-Me mostró que la vida no sirve sin amigos; que no importa la edad que tengas para poder lograr tus sueños.

-Pero... si ella no tenía amigos, y lo que realmente quería era bajar de peso. Hasta...

-No te atrevas a decirlo – la interrumpió con brutal precisión.

Su voz se apagó. Susana no se atrevió a decir otra palabra en contra de Margaret, dejando a Felisberto con la última palabra.

-Mi recelo es verla muerta – dijo al fin en tono desolador, llorando frente al papel, que en realidad no era un papel. Sino una carta de ella.

CAPÍTULO DECIMOSEXTOQUERIDO AMIGO:Todo este tiempo he tenido la maldita y obstinada obsesión a reducir de peso, aún la tengo. Puede que cuando leas esto ya hayan transcurrido semanas que este aquí encerrada en esta clínica. Eres el único al que escribiré, pues no me juzgaste por mis acciones y decisiones que he tomado. Nunca.

Realmente te valoro.

En este lugar me están ayudando mucho con mi problema. Sabes, descubrí que lo que tengo es psicológico.

Ya no veo la hora de salir de aquí, al parecer son unos tres meses que tendré que quedarme, claro, si hago bien las cosas. Me cuesta adaptarme a algo nuevo. Las comidas son deliciosas, el ingerirlas cuesta mucho, mucho.

Estoy en la práctica de terminar de comer en 11 minutos, ¡toda un desafío! Ahora en este momento estoy sentada en mi cama, vestida con unos Jeans y una remera negra; nos quieren hacer usar uniformes, pero eso es horrible, no estamos en el colegio, ah... hablando de eso, acá da clase una profesora muy buena honda. Levanté todas mis notas anteriores, ahora me va, digamos, una pisca mejor.

Siento mucho no poder acompañarte más en el café; ojalá te pueda llegar mi carta mí querido amigo, eres lo único que me queda. Mi madre no vino. Sólo Marcos que últimamente es un gran detallista, me prometió que cuando salga de aquí me llevaría al cine, ya sabes cómo amo ver películas.

En fin, todo lo que te conté es mi vida ahora. Espero seguir comiendo.

Cuídate, te quiero.

Posdata: Miss Hueso.aniela González Miss Hueso148 149

-Mira, ve. Ésta es su carta – dijo, y dejó de hablar.

Susana lo miró sin saber que decir. Tomó la carta con sus frías y arrugadas manos tremulosas. Cuando empezó a leer meneaba la cabeza, como que si lo que estaba leyendo no era aprobado. Mostraba una expresión concentrada: Al fin habló.

-Siento hablarte de esa forma mi amor – Sus palabras parecían morir en las paredes.

-Tiene voluntad, y la voluntad va más allá. Sé que donde quiera que esté, seguirá con el tratamiento que le den – Repuso con voz débil.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

-¿Hace cuánto estas aquí? – preguntó Margaret a una de las chicas.

-Alrededor de un año, perdí la cuenta exactamente.

Sentadas en unos banquillos al aire libre. Miraban el cielo buscando

respuesta a todo lo sucedido.

-Tienes suerte de estar tan solo meses aquí – dijo Celine.

-Me dijeron que estaría aquí sólo 2 meses, ya van a ser 4 y todavía no salgo.

-Esto tarda. Debes recuperarte bien. A mí me dijeron que estaría aquí unos cinco meses y ya ves. Esto de la anorexia afecta a muchos, miss hueso.

-Sí, lo sé. ¿Pero quién fue que me puso ese sobrenombre? – preguntó, dejando que su boca muestre una tenue sonrisa.

-Aunque no lo creas fui yo.

-¿Fuiste tú?

-No te enojas. Pero sí. Eres bonita y aquí cada una tiene su sobrenombre.

-¿Cuál es el tuyo?

-El mío... a mí me dicen, raquis.

-¿Raquis?-Raquítica.

-Pero eso es demasiado ofensivo. ¿No te molesta?

-Claro que molesta al principio, pero uno se acostumbra. Y agregó: vos ere suertuda que no es tan ofensivo tu sobrenombre.

-No me molesta; me agrada. Y ahora más que sé que tú lo elegiste.

-Lo hice antes de que te pongan otro peor.

-Eee... ¿Entonces debería agradecértelo?aniela González Miss Hueso150
151

-No es necesario, por ser vos te lo dejo pasar.

Sus manos se entrelazaron.

-Dime que te acordarás de mi cuando salgas.

Celine se acercó a ella, sus húmedos labios le besaron la mejilla.

Se corrió.

-Lo prometo – dijo Margaret, viéndola y sonrojándose.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

-¡Al fin lo lograste Margaret!-Sí, así es. Al fin me iré de aquí.

-¡Mira!Giró la cabeza con todas sus fuerzas. Todos la estaban esperando.

Marcos, Mario, Gaide y el nuevo integrante de la familia; Emilio.

Caminaban hacia la puerta en silencio, unas lágrimas fluyeron de sus ojos sin importar prudencia.

-¡No pensé que vendrían!

-Claro que sí. Siempre lo hicimos, aquí estaremos con vos hija – habló Gaide.

Marcos la abrazó.

-Ahora más que nunca te cuidaré, porque mi amor va más allá de algo fraternal.

Mario interrumpió tosiendo.

Margaret miraba fijo a los ojos de Marcos, dando indicios para que siga hablando. Éste quedó mudo. Midiendo sus palabras.

Se alejó de Margaret. Emilio solo observaba la escena. Ella miró hacia atrás, alguien la abrazaba. Era Celine, susurrándole al oído:

-No me olvides... aliméntate bien, la estética es solo un espejismo consumidor. Eres bella, por eso te nombre miss hueso. No sólo por ser flaca al extremo, sino por poseer la capacidad de sobrepasar una

enfermedad muy temida en los jóvenes.

Ella escuchaba atenta. aniela González Miss Hueso152 153 Volvió a mirar hacia delante, donde todavía estaba su familia. Se volteó para dar una respuesta y Celine ya no estaba más.

CAPÍTULO DECIMONOVENA La muchacha miró a un lado y a otro de la calle vacía. Contemplaba la avenida como si fuera la primera vez que la pisaba, todo parecía novel ante sus ojos radiantes. La maldita anemia había desaparecido, sus piernas ya no cansaban a cada paso, sus ojos no se cerraban, su panza no daba indicios de vómito, ya todo había pasado. Volvió a ingresar por la puerta del café. Un sonido extraño sonó y golpeó entre las paredes, habían colocado un lindo adorno, que cada vez que alguien ingresaba se podía escuchar la acústica melodía. Miró por todas las mesas, en busca de él. Las últimas luces de la puesta de sol le arrancaban destellos de sus ojos por entre los vidrios de las ventanas. Cuando pudo notar su presencia, sin pensarlo corrió hacia su encuentro.

Lo abrazó sin importar las chusmas que los acechaban.

-¿Margaret? – preguntó dudando de ella.

-¡Claro que sí!, te he echado tanto de menos Felisberto.

-¡Y yo ni te imaginas cuanto!, sabía que volverías, y recuperada.

-Ves, ahora sí que estoy gorda, pero me siento bien. Esa enfermedad casi me mata. Pero como dice el dicho: Lo que no te mata te fortalece y así es.

Vaya que tengo tantas cosas que contarte.

-Bueno... ¿Qué tal te parece si pedimos un café y me cuentas?

-¿Con un trozo de pastel?

-Eee...

-¡Claro que sí Felisberto! Bueno comenzaré a contarte... aniela González154 La conversación duró unos diez minutos.

-¡Vaya Margaret!, todo lo que me has contado es impresionante. Un año de rehabilitación, eres toda una heroína.

-¿Te parece? No quiero que pienses eso, porque lo que he vivido fue espantoso.

-Quiero que me prometas una cosa Margaret.-Sí, dime.

-No volverás a caer en lo mismo. Nunca más. Que ésta sea una lección de vida, que ayudarás a otros, que por más que un estúpido espejismo te atrape lograrás salir. ¡Prométemelo!

-Sí, sí. Está bien, te lo prometo.

-Ahora quiero que cuando abras los ojos, puedas ver la cruda realidad de nuestra sociedad y la puedas enfrentar con las armas que yo mismo he puesto en tu vida.

-¿Cuándo abra los ojos?Una ráfaga hizo que Margaret despertara de un sueño. Exaltada salió hacia la cocina, mirando a su alrededor. Fingiendo que no había pasado nada.

En el recinto había un espejo enorme, de un tamaño extraordinario.

Llamó a su atención. Quedó mirándose, una etiqueta se desprendía de su parte trasera. No quiso verlo; agarró la taza de leche que había servido y caminando a pasos lentos se decidió a llegar a su cuarto.

Unas arcadas descendían del baño principal. Contempló el peor cuadro de desgracia, Gaide vomitando impulsivamente, metiendo los dedos en la garganta; de sus ojos unas lágrimas descendían. Corrió hacia la cocina, y contempló la etiqueta, llevando sus manos a la boca sin saber que decir.